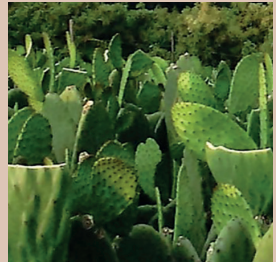
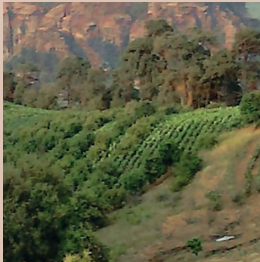
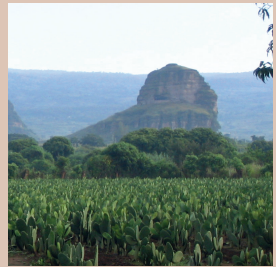




# Estrategias campesinas de reproducción social en la región de los Altos de Morelos



Beatriz Canabal Cristiani







**Estrategias campesinas  
de reproducción social en la  
región de los Altos de Morelos**



# UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, Eduardo Abel Peñalosa Castro  
Secretario general, José Antonio de los Reyes Heredia

## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rector de Unidad, Fernando de León González  
Secretario de Unidad, Mario Alejandro Carrillo Luvianos

## DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Directora, Dolly Espínola Frausto  
Secretaria académica, Silvia Pomar Fernández  
Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

## CONSEJO EDITORIAL

Presidente, José Alberto Sánchez Martínez  
Aleida Azamar Alonso / Alejandro Cerda García / Gabriela Dutrénit Bielous  
Álvaro Fernando López Lara / Jerónimo Luis Repoll  
Gerardo G. Zamora Fernández de Lara  
Asesores del Consejo Editorial: Rafael Reygadas Robles Gil  
Miguel Ángel Hinojosa Carranza

## COMITÉ EDITORIAL

René David Benítez Rivera (presidente)  
María del Pilar Berrios Navarro / Germán A. de la Reza Guardia  
Joel Flores Rentería / Abigail Rodríguez Nava / Araceli Soni Soto  
Araceli Margarita Reyna Ruiz / Gonzalo Varela Petito  
Asistente editorial, Varinia Cortés Rodríguez

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana  
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco  
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud,  
Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México. C.P. 04960  
Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades.  
Edificio A, 3er piso. Teléfono 54 83 70 60  
pubcsh@gmail.com / pubcsh@correo.xoc.uam.mx  
<http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig>  
<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico>

Beatriz Canabal Cristiani

# Estrategias campesinas de reproducción social en la región de los Altos de Morelos



**BONILLA  
ARTIGAS**  
EDITORES



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

**UNIDAD XOCHIMILCO** División de Ciencias Sociales y Humanidades

Canabal Cristiani, beatriz

Estrategias campesinas de reproducción social en la región de los Altos de Morelos /  
Beatriz Canabal Cristiani. -- Ciudad de México : UAM-Xochimilco ; Bonilla Distribución  
y Edición, 2020

144 pp. ; 15 x 23 cm. -- (Pública social; 42)

ISBN: 978-607-28-1989-4 (UAM)

ISBN: 978-607-8781-08-9 (Bonilla Distribución y Edición)

1. Campesinos – México.

2. Trabajadores agrícolas – México. l. t.

LC: HD1521 C

DEWEY: 331 C

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de su legítimo titular de derechos.

Primera edición: diciembre 2020

De la presente edición:

D. R. © 2020

Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.

Hermenegildo Galeana #111

Barrio del Niño Jesús, Talpan, 14080, Ciudad de México

editorial@bonillaartigaseditores.com.mx

www.bonillaartigaseditores.com

D.R. © 2020, Universidad Autónoma Metropolitana

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud,

Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México. C.P. 04960

Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades.

Edificio A, 3er piso. Teléfono 54 83 70 60

pubcsh@gmail.com / pubcsh@correo.xoc.uam.mx

<http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig>

<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico>

ISBN: 978-607-28-1989-4 (UAM)

ISBN: 978-607-28-1990-0 (UAM Epub)

ISBN: 978-607-8781-08-9 (Bonilla Distribución y Edición)

ISBN: 978-607-8781-09-6 (Bonilla Distribución y Edición Epub)

Coordinación editorial: Bonilla Artigas Editores

Diseño de portada: D.C.G. Jocelyn G. Medina

Diseño editorial: María L. Pons

Impreso y hecho en México

## Índice

<b>Introducción</b> .....	11
<b>Aproximaciones teórico-metodológicas</b> .....	15
Campesinado, cultura y nueva ruralidad.....	25
Estrategias de reproducción social.....	33
Región, territorio e identidad.....	37
<b>La región. Un panorama histórico y socioespacial</b> .....	41
Antecedentes.....	42
Zapatismo y Revolución.....	48
El milagro mexicano y la modernización.....	52
El proceso de urbanización.....	54
<b>Estrategia familiar campesina</b> .....	67
Agricultura en el estado de Morelos.....	67
Agricultura en los Altos.....	78
<b>En el andar, platicar y compartir en los Altos</b> .....	85
Productores de Tlayacapan.....	85
Productores de Tlalnepantla.....	90
Productores de Totolapan.....	101
Las mujeres en la estrategia familiar campesina y en contextos de migración.....	108
<b>Reflexión final</b> .....	123
<b>Bibliografía</b> .....	135





*A la memoria de mi madre, Carmen*



## Introducción

Este trabajo de investigación se realizó entre 2016 y 2019, teniendo como objetivo mostrar la manera en que los campesinos de la región de los Altos de Morelos se han conformado como actores sociales en un inter-espacio que incluye sus propias comunidades, los centros urbanos próximos, incluyendo la Ciudad de México y los lugares de migración cercanos y lejanos, como Estados Unidos. En tanto que región historizada, esta conformación de los actores sociales tiene que ver con los momentos clave que la han dibujado.

Un objetivo específico ha sido reconocer la importancia de la continuidad de las actividades campesinas en un contexto de nueva ruralidad marcado por la relación campo-ciudad, que articula los antiguos espacios rurales con los urbanos.

Otro objetivo específico ha sido reconocer la diversidad de actores sociales que han surgido ante estos cambios y, en particular, el papel de las mujeres.

El alcance de estos objetivos ha requerido de un enfoque que relacione los procesos que se desarrollan en ámbitos microespaciales con procesos globales, reconociendo la situación actual como resultado de un pasado de los actores sociales que implicó orígenes diversos, como una historia que teje y puede tejer proyectos, propuestas de futuro atendiendo al ser actual de estos actores sociales con identidades dinámicas y complejas.

Con los municipios de Tlalnepantla, Tlayacapan y Totolapan conformamos nuestra microrregión de estudio, porque sus municipios comparten fronteras y una naturaleza similar, ya que están en las zonas más altas del estado, con bosques y un área de conservación ecológica. Son pueblos con antiguos intercambios culturales y que han preser-

vado una identidad comunitaria y campesina, a pesar de estar cerca de ciudades importantes y que han buscado seguir con su agricultura para la subsistencia y el mercado. Estos municipios han conformado la región de los Altos de Morelos y se incluyeron solamente estos tres porque en la estrategia de investigación se partió de municipios donde la Unión de Pueblos de Morelos tenía presencia social. Fue con dicha organización con la que compartimos reuniones, talleres y encuentros con las campesinas y campesinos que participaban en ellos. Asimismo, concurrían también integrantes que se han asentado en los límites de Tlayacapan y Tepoztlán, con quienes tuvimos contacto y nos pareció pertinente incluir su testimonio.

Mapa 1  
Morelos. División municipal



Fuente: INEGI, Marco Geoestadístico Municipal, 2010.

Hemos partido de reconocer microespacios definidos en cada municipio seleccionado con el fin de tener un conocimiento más cercano de los actores sociales involucrados a partir del uso de fuentes documentales y de instrumentos cualitativos de recolección de datos, como grupos focales, talleres, entrevistas a profundidad y la participación en distintas actividades de las comunidades. Hicimos recorridos con campesinos de los tres municipios, reconociendo el paisaje nopalero que ha ido ganando espacio a otras áreas de cultivo y al bosque, en el caso de Tlalnepantla. En esos recorridos comentamos acerca de la práctica agrícola, de la vida campesina y comunitaria. En todos los casos, se nos mostraba con orgullo y preocupación la permanencia y los cambios que se han suscitado en estas zonas que antes mantenían una diversidad de cultivos, así como sus bosques. También participamos en celebraciones, en comidas informales y en grupos de reflexión con mujeres. Estas charlas se dieron en las casas, en tiendas y otros lugares de trabajo, en espacios comunitarios y en reuniones de la Unión de Pueblos de Morelos, intentando siempre mantener un intercambio de opiniones de manera horizontal, respetando los tiempos y las posibilidades de nuestros interlocutores para la realización de entrevistas, que percibimos más como un diálogo.

Hemos querido plantear como resultado de un proyecto de investigación a corto plazo y en espacios muy acotados la importancia de las transformaciones en las estrategias de las familias campesinas a partir del papel económico y social de sus integrantes.

Este estudio ha intentado reconocer de manera transversal los principales rasgos identitarios que asumen estos habitantes y que los colocan como actores sociales con memoria, con experiencias aprendidas y con expectativas de futuro proyectadas a través de las redes y organizaciones sociales de las que han formado parte.

En ese trabajo han participado como investigadores asociados: el maestro Gilberto Burela Rueda, entre 2016 y 2017, y la maestra Susana Beatriz Galindo, entre 2017 y 2018. Realizamos trabajo documental y recorridos en campo, así como entrevistas en las comunidades de San Agustín, Tlayacapan, y en la cabecera del mismo municipio, en las comunidades de Nepopualco, La Cañada y en la cabecera del municipio

de Totolapan, en el municipio de Tlalnepantla y en la colonia Boca Negra del municipio de Tepoztlán.

Soy responsable de este texto y por eso lo escribo en primera persona, pero en ocasiones utilizo la primera persona del plural porque se trató, sobre todo en el trabajo de campo, de una tarea colectiva.

A todos los integrantes de las comunidades que nos recibieron y accedieron a platicar con nosotros, les damos las gracias. Nuestra pretensión fue siempre poder reflexionar con estos grupos acerca de los retos que enfrentan como campesinos y campesinas del siglo XXI, en un entorno cambiante y lleno de dificultades, pero en el cual experimentan día con día diversas estrategias para salir adelante. Agradezco de manera particular a Emilio Plutarco García y a Ulises Oviedo, de la Unión de Pueblos de Morelos, quienes nos abrieron generosamente las puertas de la organización y nos permitieron conocer y acercarnos a sus integrantes.

## Aproximaciones teórico-metodológicas

Los Altos de Morelos es una región en la que algunos de sus municipios presentan rasgos comunes por su geografía, su economía, su historia y su cultura, además de que mantienen una estrecha red de relaciones.

En el estado de Morelos se han realizado diversas regionalizaciones en función de distintos aspectos de la realidad, pero también de acuerdo con los fines que se perseguían. Como señala Héctor Ávila, desde el siglo XIX ya se perfilaban las regiones del estado de Morelos que persistirían hasta la fecha:

Tres elementos repercutían directamente en la composición y el arreglo del territorio: la organización de la producción agroindustrial en torno a las haciendas y sus ingenios azucareros; la estructura del sistema de transporte, sobre todo del ferrocarril, para agilizar el movimiento de la producción entre las haciendas y los centros de consumo; por otro lado, el papel que se desempeñaban Cuernavaca, y en menor medida, Cuautla como los únicos centros urbanos de importancia en la gestión de las actividades comerciales, políticas y de administración, tanto en el contexto estatal, como en sus nexos con la Ciudad de México. Por tanto, para 1910 se identificaban en la entidad cinco grandes espacios que mantenían cierta homogeneidad, atendiendo a características de índole histórico, natural y productivo (Ávila, 2001a: 20).

Estas cinco regiones son: Norte y Altos de Morelos, Centro-Sur, Oriente, Sur y Poniente. De acuerdo con Ávila, la región Norte y Altos de Morelos es un:



Espacio caracterizado por su topografía montañosa y por sus bosques de clima templado. No contaba con grandes haciendas y la mayoría de las tierras eran de propiedad comunal. Practicaban una agricultura maicera de temporal, así como también la producción de legumbres; se realizaba la explotación de bosques, tanto para la producción de papel como para la obtención de carbón. [... La región] fue objeto de una intensa degradación [por la tala que sufrió] por la construcción del ferrocarril México-Cuernavaca-Pacífico [hacia 1890] (Ávila, 2001a: 20).

Es necesario señalar que estos municipios forman parte de las áreas protegidas de control federal, por ser parte de la sierra Chichinautzin; su altitud va de 1 637 msnm en Tlayacapan a 2 058 msnm en Tlalnepantla.

Algunos cambios ocurrieron hacia 1930, ya que Yautepec se convirtió en “uno de los espacios agrícolas del estado”, centro importante en producción de azúcar, frutales, legumbres y arroz. Dicho municipio está ubicado estratégicamente entre las ciudades de Cuernavaca y Cuautla, “donde ya se iniciaba la reactivación de algunos ingenios azucareros cercanos” (Ávila, 2001a: 24).

Este auge agrícola también ocurrió en lugares como Tlayacapan y Yecapixtla en Los Altos, que destacaban en la producción cada vez mayor de jitomate. [... Sin embargo] Las regiones montañosas del norte y parte de Los Altos mantuvieron su carácter agrícola de subsistencia, principalmente por la producción de maíz y de frutales, así como por la explotación forestal de baja escala (Ávila, 2001: 24).

En un estudio sobre esta región, Martínez Borrego construye su región de estudios de los Altos con los municipios de Atlalahucan, Tepoztlán, Tlayacapan, Totolapan y Yautepec (2008:134). Para esta autora

la región va a ser un tipo de espacio socialmente construido, una unidad multidimensional que resulta de la coincidencia de factores geográficos territoriales, sociales, económicos, políticos y culturales con cierto grado de homogeneidad, pero es importante señalar que igual puede

existir hacia el interior, como señala Giménez, una diversidad micro regional (Martínez Borrego, 2008: 133-134).

Coincidimos con la autora en el sentido de que la región puede ser considerada también “un recurso metodológico construido, una herramienta para delimitar espacialmente el objeto de estudio y que responde al problema de investigación a estudiar” (Martínez Borrego, 2008: 134).

Por su parte, Blanca Rebeca Ramírez y Liliana López Levi han hecho énfasis en que “la región se refiere más a un instrumento que permite identificar zonas homogéneas naturales o de integración natural-social cultural” (Ramírez y López, 2012: 32).

Guillermo de la Peña, en su libro ya clásico sobre la región de los Altos de Morelos, incorpora en dicha región a los municipios de Atlalahucan, Tlalnepantla, Tlayacapan y Totolapan, al considerar que constituyen una región que, con sus rasgos particulares, nunca estuvo aislada y su conformación se sustenta en su historia, por lo que su interés primordial consistió “en mostrar que algunas características importantes de los pueblos de los Altos emanan de un proceso histórico y de su participación en un marco espacial regional que incluye actores internos cuyas estrategias están condicionadas por sus relaciones con diferentes tipos de individuos y grupos externos”. En su estudio pondrá énfasis en las relaciones entre los Altos y la región de las tierras bajas vecinas, porque en el contexto de estas relaciones se hacen comprensibles muchas de sus características relevantes (de la Peña, 1980: 27-28). “Algunas características importantes de los pueblos de los Altos emanan de un proceso histórico –la combinación de la tierra y los recursos de mano de obra locales dentro del marco de la organización agrícola de las tierras bajas...”; los pueblos de los Altos también estuvieron asociados en el pasado con las haciendas, pero de manera diferente. Aunque pasaban parte de su tiempo trabajando para los grandes propietarios, los habitantes tenían una base económica propia en la agricultura en pequeña escala. Se sostiene en este trabajo que “ambas áreas han formado durante siglos, una unidad simbiótica, arti-

culada a su vez con procesos nacionales e internacionales de dominio económico y político” (de la Peña, 1980: 33).

Estos pueblos nunca estuvieron aislados y “los cambios no eran un mero resultado del impacto de fuerzas externas sino de procesos en los que participaban activamente los actores locales. En este sentido, el análisis del pasado brindó una importante perspectiva para el análisis del presente” (de la Peña, 1980: 28). En esta interacción, los pueblos no interrumpieron su liga con la tierra y su agricultura local “en pequeña escala”, que continúa hasta ahora con cambios importantes. Guillermo de la Peña arma su región, con respecto

a una unidad político-administrativa, tanto en tiempos prehispánicos –la jurisdicción de Cuauhtenco– como en el periodo colonial: el partido de Totolapan. En la actualidad, dicha región está conformada por cuatro municipios: Atlatlahucan, Tlalnepantla, Tlayacapan y Totolapan que son, a su vez, parte del distrito de Yautepec (de la Peña, 1980: 34).

Era una región muy poblada en la época prehispánica y así se encontraba al tiempo de la conquista. Además, de acuerdo con Claudio Lomnitz:

no existían diferencias extremas de población entre las villas indígenas de los Altos de Morelos, sino que típicamente tenían de 10 a 20 000 habitantes cada una. Los poblados son los mismos que encontramos en la actualidad. Existe, por lo tanto, uniformidad y continuidad de la población desde tiempos prehispánicos (Lomnitz, 1979: 444).

Había vínculos económicos y religiosos entre las zonas altas y las tierras bajas desde la época prehispánica y de la Peña marca dos tipos ideales de las dos áreas, como las llama:

En los Altos, el suelo agrícola se presenta en pequeñas cantidades. El grupo doméstico parece ser una unidad ideal de trabajo y de transmisión de conocimientos. Los poblados son esencialmente un agregado de familias que labran sus terrazas. Los vecinos se conocen y vigilan.

Los extraños no tienen lugar en una comunidad como ésta: no hay mucho que hacer fuera de cultivar maíz y legumbres en la terraza familiar (de la Peña, 1980: 46).

En las tierras bajas,

el clima y la humedad de los valles de tierra caliente parecen estimular la producción a gran escala, tipo plantaciones [...] Y, de hecho, este tipo de producción ha existido durante quizás cinco siglos. Se necesita mano de obra en contingentes masivos [...] Los asentamientos humanos son abiertos: se admite a cualquiera para trabajar en la cosecha. Con mucha frecuencia los vecinos no se conocen: llegan hoy y se van mañana. La agricultura no es la única ocupación plausible. La mayor parte de la gente no cultiva sus propios alimentos: el comercio y los servicios son fuentes de trabajo casi tan importantes como las actividades agrarias [... en] Yauatepec y Cuautla, por ejemplo, dos ciudades de buen tamaño que dominan el comercio de toda la parte nororiental de Morelos. Otra diferencia importante entre los Altos y las tierras bajas puede observarse en el uso del agua y en la actitud general de la gente hacia ésta (de la Peña, 1980: 47).

En los Altos no había agua sino en temporada de lluvias, lo que hacía que la población tuviera que trabajar en las tierras bajas. El agua se originaba en las montañas de Morelos y alimentaba, entre otros, al río Yauatepec y a otras afluentes de Cuautla y Cuernavaca. “Estos ríos fueron y son utilizados en el riego de los campos de caña de azúcar” (de la Peña, 1980: 49).

Así se fue adecuando un patrón de acuerdo con el cual el agua se fue concentrando en las tierras bajas, favoreciendo las plantaciones comerciales, mientras que los Altos continuaban proporcionando producción a pequeña escala para la alimentación y mano de obra estacional.

Podemos resumir que la región de los Altos se ha conformado siempre integrada y de manera interdependiente con las zonas bajas y las

ciudades cercanas, como Yautepec y Cuautla, a través del mercado de trabajo, de productos y de dinero.

La región que retomamos para esta investigación incorpora a los municipios de Tlayacapan, Totolapan y Tlalnepantla, debido a que, como ya señalamos, estos municipios mantienen una continuidad geográfica, comparten lazos naturales, como el agua, los bosques y la producción de diversos cultivos como el maíz, las hortalizas y, más recientemente, el nopal o el aguacate, además de otros rasgos, como el apego a la tierra, a su pueblo tradicional, al barrio, a las fiestas y a un compromiso constante por seguir construyendo una espacialidad singular donde lo rural no se ha logrado desintegrar con la presencia de lo urbano y con la participación de sus habitantes en procesos económicos, sociales y culturales que los ligan con ciudades polos económicos y políticos, como Cuautla, Yautepec o Cuernavaca, y con la zona metropolitana de la Ciudad de México.

Consideraremos la regionalización de Guillermo de la Peña y de los otros autores en la información general y la reconocemos de manera más particular, a partir de actores sociales ubicados en los tres municipios señalados anteriormente, con los cuales hemos tenido un mayor contacto.

Así, estamos pensando en una microrregión abierta que teje redes y relaciones desde puntos locales que rebasan pueblos, municipios, regiones y la entidad federativa; la inmigración de estados como Guerrero y Oaxaca, han ido dibujando esta espacialidad y también la emigración sitúa a estas redes fuera de la entidad y del país, principalmente con Estados Unidos.

Estas redes integran a los actores sociales locales en relaciones trans-locales o municipales, transregionales o transnacionales, a partir de las cuales los actores sociales van tejiendo su identidad de acuerdo con su origen y con su historia, que los ha conectado con actores sociales de orígenes, ocupaciones, edades, géneros, rasgos culturales y lenguas diversos.

Nuestro trabajo se centra en los actores sociales que se han ido constituyendo a partir de esta red de relaciones y de esta historia, coincidiendo con la hipótesis de que

si bien la globalización impone una serie de transformaciones en las formas de apropiación y utilización del territorio, son los propios actores a quienes partir de sus propias condiciones estructurales, culturales y muchas veces, coyunturales, y sus estrategias de vida y reproducción, imprimen las características que finalmente retoma el espacio socio territorial concebido como una región construida y reconstruida a partir de la relación entre las características físicas y las prácticas concretas de sus habitantes en ese ir y venir de lo global a lo local y viceversa (Martínez Borrego, 2008: 132).

Si bien el proceso globalizador ha pretendido la uniformización de las sociedades, han surgido espacios con rasgos específicos que apelan a una historia particular. Los sujetos sociales construyen sus territorios, “inspirándose en los valores que forman sus hábitos de vida (*habitus*). En ese sentido, el territorio es el reflejo de las expresiones identitarias del grupo social que se lo apropia, que lo vive” (Di Méo, 1998: 8-9). El proceso globalizador ha desarrollado una tendencia a la uniformización de las sociedades, alineándolas sobre un mismo modelo, una misma manera de organizar el espacio geográfico y de modelar los paisajes; sin embargo, los diferentes grupos sociales han reaccionado ante dicho fenómeno, oponiendo su singularidad territorial, su forma de vivirlo (Di Méo, 1998: 5-9).

Partimos de microespacios definidos en cada uno de los municipios que integran la región de los Altos de Morelos, en particular Tlayacapan, Totolapan y Tlalnepantla, con el fin de tener un conocimiento más cercano de los actores sociales involucrados a partir del uso de instrumentos cualitativos de recolección de datos, considerando de manera transversal el género, la edad y el origen étnico.

De esta forma, centramos nuestro objeto de estudio en acercarnos a los rasgos identitarios que definen a la población originaria de estos municipios que ha sido partícipe de diversos procesos históricos, los cuales la han relacionado con otros actores sociales con presencia local, regional, transregional o transnacional.

Se trata de una de las regiones históricas que, de acuerdo con Gilberto Giménez, están “ancladas en las tradiciones rurales, aisladas de los

centros urbanos con cierta homogeneidad natural, cultural y económica [...] Estas regiones son las que mejor expresan los particularismos locales y los regionales” (Giménez, 1999: 38).

Pero no se trata de regiones aisladas con rasgos culturales fijos. Una discusión central ha sido el tema de la ruralidad y de las nuevas formas que ésta asume al tratarse de una región vinculada con centros urbanos importantes económicamente, pero también culturalmente y que han propiciado cambios en la definición de esta población como campesina. Es importante, entonces, advertir la importancia de la relación rural-urbana como espacios integrados que se influyen mutuamente. Los pueblos y comunidades de la región no podrían ser reconocidos como “territorios periurbanos”, pues no mantienen una articulación espacial continua con sus ciudades cercanas.

Interesa, por la cercanía de los núcleos urbanos y por su influencia económica, política y cultural en la región, explorar “los procesos culturales que se desarrollan en sus espacios como manifestaciones territoriales de gran complejidad...y la construcción identitaria que realizan los habitantes de su propio territorio, en tanto que proyecto de vida, de su cultura y de la manera en que lo aprehenden y lo utilizan, identificándose con él mismo en términos de un campo simbólico y un patrimonio cultural que se constituye a la vez, en un lugar de aprendizaje y de preservación de la memoria colectiva (Di Méo, 1998: 8).

En este sentido, hay que considerar que en dicha construcción identitaria influyen también otros rasgos, como la edad, el género, el origen étnico y otras características de clase, como el lugar que ocupan los actores sociales en las relaciones de trabajo. En este sentido, hay que revisar la relación con el mundo urbano, dado que, como lo señala Héctor Ávila:

Los habitantes de estos espacios simbióticos se ven influenciados por la dinámica urbana, al grado que asumen y se insertan en las actividades y funciones que impone la jerarquía urbana. Mantienen, sin embargo, el proceso de producción agropecuaria por razones que tienen que ver con la tradición y su condición campesina (Ávila, 2001b).

Pero a esta afirmación añadiríamos que, en el caso de los pueblos de la región de los Altos, el mantenimiento de la producción agrícola tiene que ver todavía con la posibilidad de generar ingresos importantes para la familia, aunque tengan que ser complementados con el trabajo asalariado de sus integrantes, por remesas o por becas gubernamentales.

En estos pueblos antiguos es necesario registrar también la importancia de lo territorial, que implica la apropiación y valorización de los espacios por los grupos humanos: los territorios conforman la identidad de los actores sociales y los actores conforman al territorio (Giménez, 2000: 21-23), inspirándose en los valores que forman sus hábitos de vida (el *habitus*). En ese sentido, el territorio es el reflejo de las expresiones identitarias del grupo social que se lo apropia, que lo vive.

Giménez afirma que el territorio es “el espacio apropiado por un grupo social para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales que pueden ser materiales o simbólicas” (Ramírez y López, 2012: 41-42).

En estos espacios no hay uniformidad, hay diferencias y hasta conflicto por la apropiación y el control de los recursos productivos como el agua y la tierra y por el poder; hay también conflicto porque los usos del suelo empiezan a diferenciarse y ya no se considera que solamente serán destinados a la agricultura, a la ganadería y a usos forestales. Hay una transición o compaginación rural urbana que ha llevado a cambios en los usos del suelo, el aumento explosivo de los precios de las tierras y el creciente poder de inversionistas y demandantes de suelo y vivienda. Se generan así conflictos por el uso de los recursos entre quienes pretenden continuar con sus usos agropecuarios y quienes les dan un uso residencial o de negocios industriales, comerciales o turísticos.

En un libro reciente se menciona cómo en el estado de Morelos la tierra ha pasado a manos de los fraccionadores y de la actividad turística.

Miles de campesinos han sido despojados de sus parcelas para convertirlas en fraccionamientos de lujo, centros de recreo y parques industriales. Existen muchos expedientes agrarios sin resolver, con-



firmación y titulación de bienes comunales, restitución de tierras comunales, ampliación de ejidos, etc. (García, 2017: 35).

El mercado de tierras es un tema que hasta el momento ha sido poco estudiado y

constituye un elemento de primer orden porque rige la acción de agentes interesados en la cuestión como el capital inmobiliario. Es un elemento importante en la agenda y que sería de gran utilidad en la ordenación y gestión ambiental de los espacios periurbanos, sobre todo los que aún conservan las prácticas agrícolas, aún con la amenaza del deterioro ambiental de los recursos directamente vinculados a la agricultura, el agua (altamente contaminada por las descargas urbanas, así como también por la sobreexplotación de los mantos acuíferos), además del suelo, amenazado por los desechos sólidos y por la proliferación de construcciones junto a los campos agrícolas (Ávila, 2001b).

El mercado de tierras abierto desde 1992 ha propiciado en distintas regiones del estado de Morelos el uso habitacional para la gran población que ha vivido en municipios ya conurbados de Cuernavaca o Cuautla, pero también ha afectado la tierra de los pueblos de los Altos que se han revalorizado por su uso como tierra para la construcción de fraccionamientos, centros turísticos, espacios comerciales, casas habitación o de descanso, o bien para la conformación de pequeños asentamientos de inmigrantes provenientes en su mayoría del estado de Guerrero. Estas formas de expansión urbana están transformando el suelo rural, antes ocupado solamente por los pueblos que originalmente lo utilizaban para labores agrícolas y pecuarias, transformando el paisaje, las actividades económicas, las formas de consumo, la intensificación de la comunicación y los cambios en los estilos de vida.

Quizá estos pueblos todavía rurales, pero ya influenciados por la urbanización corresponden a la “expansión fragmentada, no conurbada”. “Al analizar el crecimiento o expansión de la ciudad sobre el ámbito rural inmediato, Delgado (2003) considera la existencia de dos escalas

geográficas: la producida por la expansión de la periferia conurbada y la expansión fragmentada, no conurbada” (Ávila, 2009: 108).

En estos espacios se mantienen ligas con la tierra, la producción de maíz y otros cultivos comerciales, así como prácticas comunitarias en torno a servicios civiles y a las fiestas locales, lo que permite pensar en la continuidad con cambios de una cultura campesina.

### **Campesinado, cultura campesina y nueva ruralidad**

El campesinado como concepto ha sido por demás discutido; se han elaborado definiciones que lo perciben como una categoría social estática, como una categoría social integrada y al servicio del capitalismo o como un sector de la población con determinados rasgos que está en vías de desaparición. Si bien el modelo de organización económica del campesinado desarrollado por A. Chayanov ha tenido manifestaciones particulares, algunos rasgos de la cultura campesina se manifiestan todavía en mayor o menor medida, incluso, como es el caso de nuestra región de estudio, en zonas conurbadas o con ligas intensas con las ciudades. Esta cultura continúa viva aun con los cambios que le imponen la continua interacción de actores sociales de diversas regiones que se han mantenido siempre en contacto.

Guillermo de la Peña propone una definición amplia de campesinado que incluya

un cierto número de variables analíticas [...] que ayuden a discernir variaciones y deferencias que resultan no sólo de peculiaridades culturales y geográficas sino de la articulación a procesos sociales más amplios. El campesinado surge en México como una consecuencia estructural del proceso de acumulación de capital: las modalidades históricas y regionales del proceso producirán características distintivas en la población rural que será necesario tomar en cuenta para comprender su organización y comportamiento. El concepto de campesinado es polítético y no monotético: no define una constelación de atributos encontrables indefectiblemente en todas las realidades empíricas a que se aplica

el término [...] Lo que resulta analíticamente pertinente es señalar en qué condiciones aparecen ciertos atributos o ciertas combinaciones de ellos (de la Peña, 1980: 322).

Algunos de estos atributos tienen que ver con su inclusión en la monetarización y participación como fuerza de trabajo en relaciones capitalistas, que en Morelos son antiguas, y otros tienen que ver con la memoria histórica, la historia regional, la participación en la Revolución y en la reforma agraria, las relaciones de parentesco, compadrazgos locales, “las alianzas rituales que ayudan a descifrar la naturaleza de las relaciones de confianza: confianza que surge de un proceso de interacción colectiva [...] de reciprocidad” (de la Peña, 1980: 326). Así se va definiendo la cultura campesina.

Esta reciprocidad es parte importante de su identidad y se va conformando de acuerdo con su historia y su entorno:

Así, un individuo llega a desarrollar una red personal de amigos de confianza, que puede incluir parientes, vecinos y forasteros. La composición de esta red refleja la carrera migratoria y ocupacional, las estrategias agrícolas y las actividades políticas. Los términos de parentesco, las ceremonias de compadrazgo y la participación en el carnaval y las fiestas, son refuerzos simbólicos a la reciprocidad (de la Peña, 1980: 326).

Es un modelo que deberá revisarse necesariamente en entornos particulares. En ese sentido, hay que reconocer que la economía familiar campesina se distingue porque destina la mayor parte de sus esfuerzos al trabajo agrícola y pecuario en y con sus propios recursos y porque tiene que destinar parte de su fuerza de trabajo a la producción en otras unidades productivas o a actividades de industria, comercio y servicio fuera de su parcela. En esta última opción predomina el pluriempleo del grupo doméstico. En ambos casos podemos hablar de economía familiar campesina y ampliar el concepto al de estrategia familiar campesina que incluye actividades para la satisfacción de necesidades de alimentación, vivienda, vestido, educación, salud, gastos

comunitarios y el ingreso para contar con recursos e iniciar un nuevo ciclo productivo.

Las estrategias se han diversificado de acuerdo con las condiciones locales, regionales y del mercado de productos que marcan la oportunidad para producir determinados cultivos, aunque no sean los necesarios para el consumo familiar. La cercanía con las ciudades que ha promovido la pérdida de tierra, agua y suelo de buena calidad, a la vez promueve la producción de bienes comerciales que tienen oportunidad de ser vendidos de manera cercana. Esta cercanía genera, a su vez, la posibilidad de contar con otros empleos relacionados con la construcción, el comercio, la industria y los servicios domésticos en casa y en hoteles, como es el caso del estado de Morelos.

Así, en la región persiste una diversidad de cultivos, aunque con predominio importante de cultivos comerciales: se pretende satisfacer las necesidades de consumo del núcleo familiar y también obtener dinero para adquirir otros bienes.

La nueva ruralidad es un enfoque que puede permitirnos abrir la mirada hacia actores del medio rural que, sin dejar de ser campesinos, han cambiado. “Este es un proceso que se ha desarrollado en las regiones rurales desde el último tercio del siglo xx, con formas y procesos diferenciados, tanto en países desarrollados como atrasados” (Ávila, 2001b).

Una explicación recurrente es que la situación del agro tiene que ver, a fin de cuentas, con el cambio de modelo económico que experimentó el país en las últimas décadas, es decir, el paso de un modelo de sustitución de importaciones –que protegía la producción nacional– a una economía de apertura comercial e integración en la economía globalizada (Appendini y De Luca, 2006: 1).

Otros rasgos del enfoque de la nueva ruralidad son la desaparición del campo y la ciudad como “dos mundos diferenciados”, el incremento de las ocupaciones no agrícolas en el campo y la mayor importancia de los ingresos no agrícolas, la llegada de los medios de comunicación a lugares apartados, la inmigración, la emigración y la integración de redes sociales fuera de las regiones y, por tanto, la penetración cultural de los migrantes, el mayor acceso a tecnologías, las

telecomunicaciones y la biotecnología: No se trata de la transición de una sociedad agraria hacia una sociedad urbana; se trata de reconocer una sociedad rural más diversificada y articulada con centros urbanos, con actividades comerciales, industriales y de servicios que desdibujan los límites entre lo rural y lo urbano. No todo es nuevo, pero hay elementos que deben ser revisados, como la integración de nuevos territorios, una mayor movilidad del campo a la ciudad y de la ciudad al campo, la mayor participación de las mujeres en la economía, el desarrollo del turismo rural y ecológico, los procesos agroindustriales con valor agregado a los productos, el desplazamiento de cultivos y tecnologías tradicionales, dando paso a cultivos no tradicionales, como fruta, hortalizas y flores (Kay, 2007); los hogares y familias se vuelven plurifuncionales, se genera el consumo masivo de productos baratos y se introducen nuevos estilos de vida con mayores comodidades e individualismo, entre otros elementos novedosos. Persisten, sin embargo, entre los pobladores más pobres formas más solidarias de vida y de respuesta social (Grammont, 2004).

Los autores que han desarrollado este enfoque consideran que los datos pueden mostrar cambios importantes en el mundo rural: envejecimiento de la población, un porcentaje mayor de mujeres encabezando los núcleos familiares, la falta de jóvenes en las comunidades, la modificación de la tenencia de la tierra vía la privatización y la disminución de los hogares campesinos que viven totalmente de la producción agropecuaria. Así, si en 1992, 65% de los campesinos obtenía sus principales ingresos de las actividades agropecuarias, en 2004, este porcentaje disminuyó a 31%. Rasgos importantes de estos cambios son la migración, la pluriactividad, una participación mayor de las mujeres en la economía monetaria, así como más acceso a la educación y a los medios de comunicación (Grammont, 2004).

Según el mismo autor, a mediados de la década de 1980 la agricultura representaba la mitad del ingreso de las familias campesinas, proporción que en 2004 se redujo a menos de una tercera parte. Su análisis de las fuentes de ingresos de las familias rurales mostró que se habían incrementado los ingresos del trabajo asalariado y de las actividades no agrícolas, pero lo que más había aumentado eran los ingresos

que provenían de la inmigración, vía las remesas y los subsidios privados y públicos. Los salarios han sustituido a la agricultura como fuente principal de ingresos en los hogares del campo (Grammont, 2004).

En este mismo sentido, Cristóbal Kay habla de una agricultura tri-modal, que en la cúspide sitúa a un pequeño número de empresas agrícolas en la producción para la exportación, en el medio a empresas familiares mercantiles orientadas al mercado interno y abajo a unidades de autoconsumo plurifuncionales, por debajo de la línea de pobreza. Las dos últimas formas productivas pueden encontrarse en nuestra región de estudios, aunque la industria azucarera en “las tierras bajas”, dedicadas a la producción de azúcar, podrían catalogarse en la primera forma (Kay, 2007).

En lugares con una tradición campesina y con una historia de resistencia como esta región, es pertinente plantear que “la larga etapa en que las familias campesinas habrían funcionado como unidad de producción-consumo, les habría permitido construir un entramado de derechos y obligaciones” (Appendini y De Luca, 2006: 1)

Queda por discutir y llevar a estudios concretos si esta cultura campesina persiste en este entorno tan cambiante, si, como ha señalado Marroni (2002), las reformas neoliberales aplicadas en el campo parecen haber despojado al campesino de su identidad de productores agropecuarios para refugiarse en la identidad de pobres, que es la única en la actualidad que los hace visibles y les permite negociar algunos beneficios con el Estado. De ese modo, los campesinos han dejado de ser actores con derechos con quienes el Estado tiene compromisos económicos, sociales y políticos para orillarlos a las filas de la filantropía, es decir, de los favores que tan en boga han estado en estos últimos años (Arias, 2007). Hacen falta constataciones; reconocer hasta qué punto elementos clave de la cultura campesina perduran, como el arraigo a la tierra, al territorio, a la producción de granos básicos, a la forma de producción campesina no capitalista, la cooperación, la vida comunitaria, la ayuda mutua, la ritualidad, la relación con la naturaleza o el papel de la familia en la reproducción del núcleo doméstico.

Nos preguntamos, junto con otros autores, hasta qué punto y en qué aspectos perdura esta cultura campesina sustentada también por

un modelo de familia que ha cambiado en muchos aspectos debido a cuestiones demográficas, como el envejecimiento de la población rural, la participación económica cada vez mayor de las mujeres, la participación relativa de los jóvenes en las actividades agropecuarias y la migración como necesidad. Es necesario reconocer si todavía persiste la familia como unidad de producción y consumo o qué cambios se han generado.

Se podría poner atención en si aún persisten, en una región particular, los “pilares” del sistema campesino de producción-consumo que se basaba en la posesión o usufructo de la tierra, así como en la producción agrícola para el autoconsumo, el trabajo familiar, la reducida necesidad de dinero, la abundancia y permanencia de hijos que muy pronto se convertirían en trabajadores, la aportación de trabajo por parte de todos los miembros aptos del grupo doméstico, y la aceptación indiscutible de las jerarquías de género y generación (Robichaux, 2007).

Armando Bartra (2015: 27) somete a discusión el concepto de “campesindios” para conceptualizar a la economía familiar campesina. Nos preguntamos si la definición de indio y campesino pueden reunirse. El autor señala que “en una perspectiva histórico-política la opresión colonial y la explotación capitalista van juntas, de modo que la dimensión indígena y la dimensión campesina son ambos rostros de la subalternidad rural” (Bartra, 2015: 27).

En nuestro caso, en el norte de Morelos, si bien encontramos la dimensión campesina como régimen parcelario, donde la familia todavía es en gran medida –aunque no en todos los casos– la unidad de producción-consumo, tendríamos reservas en emplear el concepto de campesindios, por razones históricas. En la Colonia, la acepción de indio o indígena conllevaba una claridad con respecto a la población originaria con derechos y obligaciones, pero a partir de la Independencia y, sobre todo, en la época liberal, como lo refiere Lomnitz (1979),<sup>1</sup>

<sup>1</sup> “A partir de la Independencia, sin embargo, el término ‘indio’ se convirtió en una forma despectiva de calificar a los pobres, y especialmente a los campesinos. Las élites lo usaban para distinguirse de las masas” (Lomnitz, 1979: 465).

lo indio se volvió un término peyorativo que la población de la región no quiso seguir usando. Si bien persisten en estas poblaciones muchos rasgos de su cultura antigua basada en la producción parcelaria, el cultivo del maíz, el policultivo, el trabajo colectivo, la toma de decisiones comunitarias y una gran ritualidad en torno a los santos locales, la lengua que en este caso caracterizaba lo indio dejó de ser un rasgo distintivo en estos pueblos del norte del estado. Al mismo tiempo, su intensa relación con las zonas bajas de las haciendas azucareras permitió la castellanización de los campesinos y ellos mismos, al perder la lengua, ya no se catalogan como indígenas. Consideramos, de todas formas, que este campesinado constituye la base de la subalternidad rural.

Un elemento básico de estas nuevas expresiones rurales es la participación cada vez más importante de las mujeres en la economía y en la vida social y política. Pero esta participación ha producido también cambios en las familias y en las comunidades consideradas en el medio rural como tradicionales y estáticas.

Sin duda, la familia ha mantenido un papel importante en la organización económica del grupo doméstico con relaciones de intercambio y ayuda mutua, pero podemos coincidir con Soledad González Montes en que se ha demostrado ya profusamente que al interior de las familias siempre ha habido jerarquía y conflicto, en las que atraviesan el género y la edad (citado en Salgado, 2015). En este sentido, la “solidaridad” ha sido el resultado de la aceptación, pero también de la imposición de relaciones de poder familiares y sociales en las que las mujeres siempre han quedado como subordinadas.

Es claro que un enfoque dinámico y espacialmente integrador tiene que conceptualizar al campesinado de acuerdo con las diferentes fases de su historia: una mirada estática y esencialista no es útil para comprenderlo como resultado y como productor del nuevo tipo de relaciones a que está sujeto y que lo definen como un actor social particular.

Este mismo cuestionamiento fue señalado por Guillermo de la Peña, en su libro sobre la región de los Altos de Morelos (1980), quien, al pasar revista a los diferentes enfoques en torno al campesinado, consideraba no estar de acuerdo con las visiones unilineales que tienden



a considerar su desaparición “debido a mecanismos macroestructurales”, ni con enfoques que lo definen como grupos sociales cuyos rasgos básicos perduran con el tiempo (de la Peña, 1980: 18-20). En cambio, considera que sería más adecuado distinguirlo como articulado al modo de producción capitalista al que sirve, pero que le impide a la vez su propio desarrollo. Le quedan, no obstante, rasgos propios de su cultura que son visibles en la reproducción simple de su unidad productiva y de su vida familiar y comunitaria, considerando las distintas estrategias de vida que se van presentando a lo largo de su historia y de su contexto social regional, el cual puede, como en el caso de los migrantes, trascender fronteras municipales, estatales y hasta nacionales.

Al mismo tiempo, de la Peña y Lomnitz, con base en investigaciones en la región de los Altos, han cuestionado el concepto de comunidad como un concepto cerrado y único. Para el primero la comunidad existe en la región, tiene y se muestra con peculiaridades:

Muchos lugareños consideran el culto a los muertos no sólo como una señal de lealtad a la familia sino también como una especie de compromiso con la identidad local: Los mayores nos dieron nuestras costumbres, los antepasados viven en el cementerio y en el altar familiar pero también en el ritual tradicional y en la sabiduría agraria. La unidad del pueblo no es un sentimiento pasajero que termina después de la fiesta o de la corrida: persiste a través del tiempo: su profundidad trasciende el ciclo agrícola y se remonta al distante pasado: el pasado de la tumba, de los muertos de muchas generaciones y barrios unidos en un solo cementerio (de la Peña, 1980: 281-282).

Por su parte, Lomnitz pone en cuestión la visión de comunidad campesina como una “red igualitaria de campesinos”, porque quien se acercó más a este polo ideal fue el equipo de Arturo Warman, quien insiste en que “la comunidad no es igual a localidad, sino que la comunidad es una red igualitaria de campesinos” (Lomnitz, 1984: 412-413). Pero, comunidad no quiere decir uniformidad o igualdad; los rituales “no suprimen las oposiciones que existen en la comunidad: los recursos siguen distribuidos desigualmente; los jornaleros-compa-

ñeros compiten entre sí por el empleo; los agricultores-mayordomos compiten por el prestigio. (de la Peña, 1980: 285). Aun en periodos de depresión, a fines del siglo XIX y principios del XX, “los Altos de Morelos presentaba una estratificación suficiente para plantear dudas sobre la utilidad de tal enfoque [...] hay diferenciación interna” (de la Peña, 1980: 320). La comunidad es, pues, una posibilidad y hay que concretarla para conocerla mejor entre los pueblos campesinos del siglo XXI.

### **Estrategias de reproducción social**

El tema de la o las formas de reproducción social en el medio rural provoca todavía muchas discusiones y propuestas que deberán de ser puestas a prueba por medio de estudios de caso, pues la gran diversidad de situaciones regionales no permite tomar un concepto único y cerrado. Tal diversidad y su movimiento en el tiempo implican que se generen conceptos adecuados a situaciones donde predominen más elementos étnico-comunitarios o donde la emigración sea más decisiva o bien donde las mujeres hayan adquirido mayor presencia o los elementos de conurbación presionen más a las tierras de cultivo, o donde, como lo han señalado los autores que presentamos, los núcleos urbanos se establecen de manera discontinua, pero su cercanía impone cambios al medio rural por el acceso a distintos mercados de trabajo y un mayor contacto a pautas culturales diversas y mayormente ciudadinas

Así, un tema que nos parece relevante es reconocer las estrategias de reproducción social de las familias campesinas con el fin de explorar las formas o los elementos de que están echando mano para favorecer su continuidad, en este marco de cambios a los que han estado sujetas.

Un concepto bastante amplio nos ha parecido el de “estrategias familiares de vida”, que incluyen distintas variables como determinantes materiales y no materiales de la existencia: constitución de la vida familiar, la procreación, la preservación de la vida, la socialización y el aprendizaje, el ciclo de vida familiar, la división familiar del trabajo, la organización del consumo familiar, las migraciones laborales, la loca-

lización residencial, la cooperación extra familiar, las determinaciones ideológicas o culturales relacionadas con la familia, la mujer, los valores, las creencias, los hábitos de vida y parentesco (Torrado, 1981).

Este concepto engloba una diversidad de temas relacionados todos con la reproducción social de las familias en el medio rural.

Un concepto más acotado a la economía campesina persistente todavía en este complejo mundo rural es el de “estrategia familiar campesina”, que incluiría los aspectos materiales de las actividades que se realizan para satisfacer necesidades de alimentación, vivienda, vestido, educación y servicios diversos, gastos ceremoniales familiares o comunitarios. Es necesario aclarar que las actividades que integran esta estrategia familiar campesina no se dan sin los elementos subjetivos que enmarcan el concepto de “estrategias familiares de vida”, pero para uso de la investigación podrá emplearse en el capítulo sobre la actividad agrícola campesina. Ambos conceptos están condicionados por entornos espaciales donde los actores sociales configuran sus proyectos de vida, así como por los cambios a través del tiempo.

Las estrategias campesinas tienen que ver con estrategias adaptativas, como las llaman Fernández y Guzmán, que corresponden al

sinnúmero de mecanismos de respuestas que llevan a cabo los actores sociales ante las múltiples mutaciones socioeconómicas que envuelven hoy día en el marco de la globalización a los espacios reconfigurándolos. Huelga decir que dichas estrategias están condicionadas por situaciones estructurales y voluntades particulares, así como por una determinada racionalidad; ésta se relaciona con formas de pensar, estilos de vida, prejuicios, etc. En una palabra, la cultura de los habitantes de una determinada región (Fernández y Guzmán, 2000: 8).

En estas estrategias campesinas:

igualmente existen múltiples heterogeneidades, como pueden ser las características específicas de los propios recursos con los que se cuentan (saberes, tierra, casa, dinero, herramientas, etc.), el conjunto de actividades agrícolas y no agrícolas a realizar, la organización estacional

de dichos recursos y actividades, los procesos de asimilación de las innovaciones; los integrantes, redes y manos familiares para el trabajo, la adquisición de experiencias, las maneras de participación en el mercado (Guzmán y León, 2014: 33).

Existe todavía la discusión en torno a si las estrategias son planeadas por la familia o responden siempre a las condiciones y oportunidades que se le presentan al núcleo familiar: el concepto de estrategias familiares de reproducción social (EFRS), propuesta por Mummert, supone acciones de los actores no meramente racionales, sino que responden:

a las circunstancias de su tiempo y de la estructura social, que como tales instauran contextos [...] En este sentido, rescato la definición de estrategias planteada por Mummert: “la EFRS no se reduce a una planeación siempre deliberada ni de un cálculo frío del comportamiento óptimo a seguir, [más bien] intenta dar cuenta de la serie de decisiones tomadas consciente o inconscientemente por una familia a lo largo de su ciclo vital ante diversos caminos alternativos para lograr su reproducción material y social” (Salgado, 2015: 48-49).<sup>2</sup>

Es importante señalar que no todas estas decisiones son armoniosas, sino que imperan en ellas relaciones de conflicto y de poder.

El concepto de estrategias de vida implica la forma en que las familias rurales afrontan todas sus necesidades que son diversas de acuerdo con su vinculación económica y su cultura abierta a procesos globalizadores. Ya no sólo es la reproducción económica de acuerdo con los ciclos de cultivos, actualmente ya muy erráticos relacionados con el clima y los mercados, sino que tratan de tener ingresos más fijos que garanticen su reproducción, pero también la posibilidad de que las

<sup>2</sup> Respecto a las estrategias familiares de reproducción social, la autora las define como “el conjunto de esfuerzos realizados por un grupo de personas, ligadas por relaciones de parentesco y por la coresidencia, para asegurar su sobrevivencia, tanto diaria como generacional. En este sentido, la EFRS abarca todas las actividades (remuneradas o no) que realizan los miembros del grupo para satisfacer sus necesidades inmediatas para procrear y criar nuevas generaciones” (Mummert, 1990: 166).

nuevas generaciones se formen y capaciten para acceder a otras fuentes de empleo. Nuevas necesidades, como el pago de servicios como luz, agua, educación, salud, mejoramiento de la vivienda y acceso a la tecnología de la comunicación, son ya imprescindibles en la vida de los núcleos rurales que no se ubican en niveles de subsistencia y que tienen nexos con la migración y con centros urbanos cercanos o lejanos.

De todas formas, en una conurbación continua o discontinua, hay elementos culturales que persisten y otros que cambian: saberes locales, como técnicas de producción, conocimiento y manejo del entorno productivo, de plantas y animales endémicos, de medicina tradicional y cuidados en la salud continúan con cambios y adaptaciones. Hay innovaciones por el nuevo papel de los integrantes de la familia debido a la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado y de los jóvenes al estudio o a otro tipo de ocupaciones. La migración hacia ciudades más grandes o hacia Estados Unidos y la gran influencia de los medios de comunicación son también elementos importantes de cambio.

La emigración a Estados Unidos es un hecho presente en la cotidianidad y el anecdotario familiar: todos cuentan con algún familiar que vive en Estados Unidos o que ha ido a ese país. Sin embargo, el estado de Morelos y, en particular, los municipios de nuestra región de estudio mantienen un grado de intensidad migratoria bajo en el caso de Tlayacapan y Totolapan donde sólo 2.29% de las viviendas recibía remesas en 2010, y muy bajo en el caso de Tlalnepantla, donde tan solo 1.33% contaba con dichos recursos (Conapo, 2010).

Es importante hacer hincapié en la voluntad de permanencia de los pueblos y su identidad como tales, a pesar de estos cambios. Cecilia Salgado, en su tesis de doctorado sobre la región, propone que hay que equilibrar dos posiciones extremas. Así, señala que:

para equilibrar la polaridad de posiciones, considero que es necesario abordar las particularidades rurales a través de contextos, con ello se puede explicar por qué en algunos casos es pertinente hablar de la persistencia de la unidad campesina, y en otras, hablar de cambios y transformaciones (Salgado, 2015: 42).

El reconocimiento de estas estrategias nos lleva a dos tipos de actitudes; por una parte, a la idea de lo rural como nostalgia, pero, por la otra, también como posibilidad de cambio. Sergio Gómez (2002) plantea que:

El mundo rural tiene particularidades históricas, sociales, culturales y ecológicas que tienen una realidad propia: proponen dos elementos diferenciadores, la ocupación de un territorio con formas de dominación cuya base es el uso y tenencia de la tierra y otro es el lugar de vida que otorga identidad. [...] En definitiva, lo rural a pesar del proceso de globalización en marcha, es una de las condiciones que permite mantener algunos rasgos de identidad frente a las fuerzas globales y homogéneas que se expresan a través de los medios de comunicación, del consumo, etc. (Gómez, 2002: 140).

### **Región, territorio e identidad**

En nuestra región de estudio estamos en espacios discontinuos con una influencia notable de lo urbano, pero siempre más cercano a lo campesino, por lo que consideramos que más bien se trata del estudio de un territorio en constante transformación. Si nos preguntamos por los cambios identitarios en una región claramente campesina, tendríamos que establecer que uno de los rasgos más importantes que se debería de considerar es la pertenencia y apego territorial, además de los otros rasgos señalados antes, que han ido delineándola. Tendríamos que evaluar hasta qué punto la definición de territorio como “el espacio apropiado y valorizado simbólicamente e instrumentalmente por los grupos humanos” (Giménez, 2000: 22) sigue siendo aplicable a nuestro caso. Ese territorio como “espacio de sedimentación simbólico cultural”, “como paisaje, belleza natural, entorno ecológico privilegiado, objeto de apego afectivo como lugar de inscripción de un pasado histórico, de memoria y geosímbolo” (Giménez, 2000: 23-24). Retomaremos, como lo plantea este autor, el territorio como próximo, llamado identitario: aldea, pueblo, terruño.

Dado que relacionamos nuestra región de trabajo con elementos culturales que comparten los tres municipios, consideramos que el territorio “constituye por sí mismo, un espacio de inscripción de la cultura”, pero, como también señala este mismo autor:

El territorio ha perdido el carácter totalizante que ostentaba en las sociedades tradicionales [... ahora] la pertenencia socio-territorial se articula y combina en un mismo individuo con una multiplicidad de pertenencias de carácter no territorial, como las que se relacionan con la identidad religiosa, política, ocupacional, generacional, etc. (Giménez, 2000: 37).

Y, añadiríamos, las de género y étnica. La región sociocultural, concepto al que pretenderíamos acercarnos, es “la expresión espacial en un momento dado, de un proceso histórico particular. O. Dolfus señala que:

Durante varias generaciones, los pobladores de una determinada área territorial experimentaron las mismas vicisitudes históricas, afrontaron los mismos desafíos, tuvieron los mismos líderes y se guiaron por modelos de valores semejantes [...] la región sociocultural se concibe como un espacio geosimbólico cargado de afectividad y de significados (Giménez, 1999: 40-41).

Pero, si bien la región sociocultural se considera como soporte de la “memoria colectiva y como espacio de inscripción del pasado del grupo que funcionan como otros tantos recordatorios [...] la identidad es creatividad permanente y exploración continua”. Pero hay diferencias internas, ya que: “No todos los actores comparten unánimemente o del mismo modo una identidad regional” (Giménez, 1999: 45). Según señala este autor, el sentido de pertenencia a una región sociocultural se puede dar por nacimiento, habitación prolongada o por actividad profesional.

De acuerdo con estos planteamientos, la identidad está constituida por diversos elementos y es abierta e historizada. Así, los pobladores

involucrados en esta región integran de distinta manera su identidad, con arreglo a su historia común, su generación, su género, su origen étnico, su migración y su pertenencia a grupos y organizaciones sociales, así como a su participación en acciones colectivas. De esta manera, se va definiendo su identidad y, por supuesto, su forma de actuar, su visión de futuro, sus planes y propuestas.

La identidad se construiría, así, como un conjunto de rasgos que nos pertenecen por adscripción o por elección, lo que nos es común y compartimos. Estos rasgos pueden referirse a compartir un territorio, unas redes sociales, religiosas, organizativas, políticas, etarias, étnicas o de género o clase.





## La región. Un panorama histórico y socioespacial

Los pueblos de los Altos de Morelos, herederos de una tradición agrícola, han sufrido importantes cambios, no sólo por sus actividades económicas diversas, sino por el contacto con otros actores sociales, tanto en su territorio, como en las zonas que se han integrado en la conurbación que ha tenido como centro económico político y cultural la ciudad de Cuautla.

La región se ha transformado durante las últimas décadas por la presencia de migrantes que han llegado a asentarse en busca de mejores condiciones de trabajo y de vida y por familias provenientes de otras zonas de la Ciudad de México, del Estado de México e incluso del extranjero, que han visto en la zona la posibilidad de tener una segunda residencia.

Si bien el estado de Morelos ha sufrido un proceso de urbanización, los pueblos de la región de los Altos han mantenido, aunque transformados, sus paisajes y sus actividades rurales. Combinan las actividades agrícolas con ocupaciones que les ofrecen otros sectores económicos, como la industria, el comercio y los servicios en el mismo estado o fuera de él. No obstante, como ya lo mencionamos, sigue predominando una cultura campesina que se advierte todavía en su vida cotidiana, comunitaria y ceremonial. En su estudio sobre la región de los Altos de Morelos, Guillermo de la Peña señala que:

algunas características importantes de los pueblos de los Altos emanan de un proceso histórico [...] la información histórica ayuda a descalificar los enfoques de “modernización” para analizar una región como los

Altos de Morelos [...] los pueblos nunca estuvieron aislados; siempre hubo diferenciación social; la gente no era mera ejecutora de normas locales, sino que participaba en un amplio campo social y manipulaba marcos normativos heterogéneos; los cambios no eran un mero resultado del impacto de fuerzas externas sino de procesos en los que participaban activamente los actores locales. En este sentido, el análisis del pasado brindó una importante perspectiva para el análisis del presente (de la Peña, 1980: 28).

A partir de la historia regional se ha ido redefiniendo el tejido de las relaciones locales por la presencia de nuevos actores sociales y los cambios percibidos entre los habitantes originarios de estos pueblos, con nuevas necesidades, nuevas miradas, nuevas formas de participación social y política y nuevas propuestas de desarrollo.

### **Antecedentes**

Desde la época prehispánica, los pueblos de la región tuvieron un mismo origen, mantuvieron fuertes nexos entre sí y con las zonas bajas, como lo señala de la Peña: “El principal pueblo xochimilca en los Altos de Morelos era, probablemente, Tlalnepantla-Cuauhtenco, pero es posible que la mayor parte de los asentamientos mayores de la región hubiesen sido fundados también por los xochimilcas” (1980: 52). “Según Durán, la zona noreste del estado, incluyendo a Tlayacapan y Totolapan fue poblada por xochimilcas y el resto, por los tlahuicas” (Crespo, 1984: 58). Pero los aztecas tomaron los Altos y Tlayacapan figuró como importante punto de dominio, comunicación y comercio. En los valles había plantaciones de algodón y cacao y Oaxtepec era centro de recreo por sus manantiales y centro de control político. Aquí los habitantes de los Altos debían llevar su tributo para el emperador: “mantas de algodón, guajolotes, maíz, frijol, rodela de plumas, papel amate y mano de obra estacional” (de la Peña, 1980: 53). Héctor Ávila nos refiere que:

En la zona montañosa del norte, donde se intercalan pequeños valles aptos para realizar labores agrícolas, se producía básicamente maíz, frijol, chile; también se cultivaba chíca, huautli, calabaza y camote, asociados y en rotación. Era de gran importancia la explotación forestal, básicamente la fabricación de papel amate, así como la producción de vigas y postes. También estaba bien difundido el cultivo del maguey, tanto para la producción de pulque como la utilización de las fibras de esa planta. A partir de la conquista española se impusieron grandes transformaciones en la región, principalmente con la introducción de la caña de azúcar en 1530, el trigo y los cítricos, además de nuevas tecnologías como “la tracción animal y el uso de la rueda hidráulica para la molienda” (Ávila, 2001a: 18).

La introducción de la caña de azúcar transformó el espacio de esas regiones y de sus relaciones: se modificó “el patrón de la agricultura” por el amplio consumo nacional y externo, el clima propicio, los altos precios y la disponibilidad de abundante mano de obra (Ávila, 2001a: 18).

Las zonas bajas tenían como riqueza la producción de azúcar, tanto para la exportación como para el mercado interno. Los ingenios se distribuían entre Cuautla, Amilpas-Yautepec, Jojutla, mientras que los pueblos de los Altos proporcionaban trabajo obligatorio a los encomenderos.

El azúcar continuó siendo “el eje de la organización social y económica en todo Morelos: de 1600 a 1800 [...] se triplicó el número de ingenios y aumentó 15 veces la cantidad de tierra dedicada al cultivo de la caña de azúcar” (de La Peña, 1980: 61).

Así, la pérdida de tierra y de los cultivos antiguos, pero sin duda,

la mera presencia de las haciendas alteró para siempre el paisaje físico de la región. La introducción del arado y animales de tiro, así como las características agrícolas del viejo mundo trajeron consigo cambios dramáticos en el uso de la tierra. Los acueductos de las haciendas construidos a menudo y ciertamente sobre las ruinas de sistemas indígenas de acarreo de agua, desviaron el agua de sus usos ancestrales hacia la

irrigación de un cultivo ajeno y para la operación de extraña maquinaria [...] la población se volvió heterogénea y con ocupaciones diversas (Aráoz, 1984: 91).

La implantación de la industria azucarera introdujo un cultivo extraño, una tecnología semiindustrial utilizada para la fabricación de azúcar a partir de la caña, de la que también se extraían melazas y aguardientes y una fuerza laboral forastera compuesta fundamentalmente de esclavos africanos [...] pero [...] Morelos siguió siendo un centro importante de población indígena a lo largo del periodo colonial (Aráoz, 1984: 81).

Las formas y usos de tenencia de la tierra en Morelos cambiaron con la conquista. A partir del cultivo de la caña se adquirieron terrenos antes indígenas: había apropiación, compra, recepción de mercedes reales; se armaron congregaciones por las que la población nativa dispersa perdió sus tierras (Aráoz, 1984: 82).

Se reforzó la relación económica entre los Altos y la tierra caliente, aunque la primera región conservó su carácter campesino. Pero, señala de la Peña que en los Altos

debía mantenerse tierra disponible –en especial tierra agrícola– para que los indios pudiesen cultivar sus propios alimentos y proporcionar también un excedente de granos para alimentar a los trabajadores permanentes de las plantaciones [...] también producían animales para el mismo fin. Se trataban bosques para combustible de los ingenios (de la Peña, 1980: 57).

Si bien se utilizaba mano de obra de las comunidades controladas por los españoles, sus integrantes, que salían a trabajar a las tierras bajas, no perdían su residencia en los Altos. La Corona exigía que los límites de la comunidad permanecieran intactos, regulados (de la Peña, 1980: 63).

Se registraron grandes cambios en la tenencia de la tierra y en la ocupación del espacio, dando pie a la pérdida de tierras comunales y a la conformación de las haciendas azucareras.

Sin embargo, Charles Gibson, citado por de la Peña, sostiene que no había muchas posibilidades de que las fronteras comunitarias se mantuvieran inmóviles, pues “los indios debían buscar formas alternativas de ganarse la vida. De ahí la abundancia de mano de obra indígena permanente o semipermanente en las haciendas, los talleres textiles, las minas y las actividades de servicio doméstico”, dadas las crisis económicas. Así, el autor confirma que “la estructura de la comunidad rural dependía de un conjunto de circunstancias cambiantes en la sociedad mayor” (de la Peña, 1980: 64). Los pueblos se alimentaban a sí mismos y enviaban granos a las tierras bajas, pero también su fuerza de trabajo.

Ya en la Colonia se acostumbraba, en las haciendas azucareras como las de Cortés, hacer coincidir la zafra con la época de secas para aprovechar la labor de los campesinos de las tierras altas. El acceso a una importante fuerza laboral que producía su propia base de subsistencia a través del cultivo de las tierras altas era indudablemente un importante factor que incidía en el costo de operación de los ingenios (Lomnitz, 1979: 446).

En el siglo XVIII se intensificaron los conflictos entre los hacendados y la población indígena; cada vez se derivaba más tierra a la producción de la caña de azúcar y los hacendados ocupaban más tierras agrícolas de las comunidades y solares en las ciudades (Aráoz, 1984: 86).

Con las leyes de Reforma, la tierra comunal fue puesta en venta y fue adquirida, “sobre todo, por la élite económica y política de cada comunidad o por fuereños” (de la Peña, 1980: 85). Sin embargo, “En los Altos, muchas familias pobres lograron conservar una parcela, especialmente terrazas en las colinas, para entonces [convertirse] en propietarios privados” (Aráoz, 1984: 85).

Las haciendas ocuparon también mano de obra de origen africano y, si bien primero se importaron como esclavos, sus descendientes, mulatos libres “fungieron como puente cultural y biológico entre lo indio y el español al facilitar la extensa aculturación que marcó el desarrollo social de la región” (Aráoz, 1984: 91).

Si bien los pueblos de los Altos fueron hablantes del náhuatl, a finales del siglo XIX se fueron “castellanizando”, debido a su participación

en las haciendas y al uso peyorativo del término “indio”. Sin embargo, Claudio Lomnitz considera válida esta aseveración para los pueblos de la tierra caliente, pero no para los de los Altos, dado que: “La expansión de las haciendas en el Valle no destruyó totalmente la base de subsistencia de las aldeas del norte, ya que permitió que éstas conservaran una buena parte de sus tierras comunales” (Lomnitz, 1979: 463). Y, refiriéndose a una cita del libro de Guillermo de la Peña, en la que este autor señala que:

La gente de los Altos, a través de su activa participación en una economía compleja, fue familiarizándose con el idioma español. Un documento de 1808 que trata de algún litigio de tierras, certifica que los indios de Totolapan no necesitaban de intérprete “porque eran suficientemente ladinos en el castellano (de la Peña, 1980: 105),

Lomnitz concluye que “los indígenas de la zona norte del Estado ya estaban volviéndose bilingües a principios del siglo XIX y la mayoría ya habrían olvidado el náhuatl para principios del siglo XX” (Lomnitz, 1979: 463).

Emilio García escribe cómo: “En la pequeña pero fértil provincia morelense se asentaron, desde los tiempos de la conquista española, monumentales y portentosas haciendas azucareras que, para principios del siglo XX, eran de las más modernas y productivas del mundo [...] Antes de iniciarse la revolución había en Morelos 44 haciendas en manos de un puñado de latifundistas allegados al gobierno del dictador Porfirio Díaz y explotadas con fuerza de trabajo semiesclava” (García, 2017: 49).

El estado de Morelos, en los albores de la Revolución,

tenía dos rostros contrastantes. Era, después de Hawái y Puerto Rico, la principal región azucarera del mundo [...] Al mismo tiempo, la voracidad de las plantaciones por más tierra en que cultivar caña de azúcar creó una seria escasez de maíz y de otros productos alimenticios para el consumo (Holt-Büttner, 1962), lo que, a su vez, elevó el costo de la vida de los trabajadores. Esto tuvo importantes repercusiones para los alte-

ños, pues su tierra se volvió más dependiente que nunca de la creciente demanda de carne, vegetales, cereales para las haciendas de los valles, hasta el punto que incluso tuvo que reducirse el consumo de maíz en los Altos. También creció la demanda de madera para combustible, lo que habría de llevar a la devastación de colinas y montes (de la Peña, 1980: 89).

En esta larga cita del estudio de Guillermo de la Peña se muestra la vinculación entre las dos regiones y las condiciones históricas prerrevolucionarias. Mientras que el auge cañero proseguía,

las comunidades de algunas zonas como los Altos de Morelos, siguieron proporcionando cereales, carne y mano de obra [...] las tierras comunales fueron apropiadas por la élite económica y política de cada comunidad y muchos indios y sus descendientes se quedaron sin tierra, teniendo que trabajar como medieros y asalariados, tanto en los Altos de Morelos como en las haciendas azucareras (Ávila, 2001a: 22).

La época de la Reforma y las leyes de desamortización provocaron conflictos con las haciendas vecinas, que incorporaban tierras comunales. El estado se vio envuelto en conflictos provocados por la desamortización, la venta de tierras y la sociedad se polarizaba: en la región de los Altos se conformaban dos fuerzas sociales; “las de los terratenientes y las de los campesinos pauperizados y la gente sin tierra [...] No existían ya roles intermedios: alcaldes, gobernadores y mayordomos” (de la Peña, 1980: 99).

Las haciendas azucareras se tecnificaron en el último tercio del siglo XIX y se rompió el equilibrio que se había establecido con los pueblos y comunidades campesinas que trabajaban para ellas: “la modernidad, el orden y progreso sólo beneficiaba a unos cuantos por lo que las manifestaciones de inconformidad abundaron” (Rueda, 1984: 227).

Las comunidades continuaron debido a que las haciendas no buscaban la proletarización del campesino,



procuraron que éstos siguieran con sus tradicionales mecanismos de producción y reproducción. El campesino seguía ligado a la tierra en la comunidad y en tierras arrendadas de temporal de cuya explotación el campesino obtenía sus ingresos. Con la tierra se evitaba la emigración y se tenía una fuerza de trabajo asegurada para las etapas que se requiriera (Rueda, 1984: 228).

Así pues, este autor plantea una idea importante que se relaciona con el enfoque que nos interesa: El tradicionalismo que regía la cotidianidad campesina fue producto no sólo del sincretismo prehispánico y colonial, sino también de la relación de estos pueblos con la hacienda.

Rueda hace referencia a los símbolos de la dominación: la caña y la hacienda, “las autoridades civiles, los jueces, los presidentes municipales y jefes políticos, los gobernadores [...] los cuerpos de vigilancia [eran] típicamente porfirianos, como los cuerpos de policía rural [...] El terror, más que la represión, era el instrumento preventivo” (Rueda, 1984: 230).

## Zapatismo y Revolución

El ser campesino predominó. Así,

en la vida cotidiana eran campesinos no proletarios, o por decirlo de otra manera, el peso de ser campesino superó en y por su realidad histórica al de ser proletario agrícola. Y este aspecto es importante en la comprensión del carácter agrario del zapatismo: las exigencias de los campesinos no giraron alrededor de las reivindicaciones proletarias [...] sino que defendieron y reprodujeron en el movimiento sus conductas cotidianas tradicionales, sus condiciones subjetivas, orientando su lucha hacia la recuperación de las tierras (Rueda, 1984: 228-229).

En una extensa cita, Rueda justifica la posición zapatista asumida por los campesinos de la región. Así, se entiende

por qué las formas de oposición asumidas por los zapatistas reflejaban fielmente las relaciones sociales internas campesinas y sus mecanismos culturales de cohesión: las ligas de compadrazgo y parentesco que fundamentaban la familia extensa, la función de los individuos en la organización colectivista para la producción y distribución, la primogenitura, la edad, el estado civil, el sistema de herencia, los cargos religiosos, la división sexual y técnica del trabajo, etc. atravesaban la estructura social y la cotidianeidad campesina, determinando cada acto de su vida y daban valores específicos a tiempos y espacios, ordenando desde dentro la escala social y la diferenciación interna. En este sentido, todos los aspectos del vivir cotidiano de los campesinos tenían un orden y un objetivo [...] que daban dirección y explicación con sus códigos y protocolos a las conductas y prácticas costumbristas de varias generaciones (Rueda, 1984: 236).

Así, “la dinámica de la revolución del sur fue precisamente la manera de ser de los campesinos” y la organización de la familia extensa y la economía del prestigio se enlazaron. “Su hermano, su primo, los compadres, los amigos [...] estaban ligados a Zapata (padre, caudillo, cacique, representante); tenían prestigio y autoridad dentro de la estructura militar del ejército Libertador” (Rueda, 1984: 236-237).

También privaban la injusticia y la polarización social: 63% del territorio del estado estaba ocupado por las haciendas azucareras que tenían bajo su control 318 145 hectáreas, por las haciendas no azucareras y las pequeñas propiedades que dominaban 7.40%, mientras que a los pueblos correspondía solo 28.9%. Los datos señalan que las haciendas azucareras tenían en propiedad, casi 90% de las tierras de riego (González y Embriz, 1984: 286-287).

Zapata antagonizaba a los grupos de los pueblos: los ricos, como los de Tlayacapan, que monopolizaban la tierra estaban en su contra, decían que era un bandido (de la Peña, 1980: 96). Varios habitantes de este pueblo se unieron a Zapata, pero, “aunque la mayoría simpatizaba con Zapata, solo un puñado se unió al movimiento” (de la Peña, 1980: 96).

En los Altos se tomaron los ranchos y haciendas de las inmediaciones: así, los habitantes de Atlatlahucan ocuparon los ranchos El Jaral y Alo-tepec y los de Tlayacapan hicieron lo mismo con la hacienda de San Carlos. Zapata procuró crear una especie de democracia descentralizada, en la cual la gente de cada pueblo tomaba decisiones colectivas [...] en general, la gente estaba contenta: podía cultivar otra vez maíz, frijol y legumbres y en mayores cantidades que antes. La cosecha de 1915 fue abundante: en Morelos hubo alimento para todos [...] Si bien] Zapata quería reabrir los ingenios azucareros como fuente de riqueza pública, nadie quería cultivar caña (de la Peña, 1980: 102).

Cuando Carranza envió sus tropas contra los pueblos de Morelos, el ejército de Zapata se convirtió de nuevo en guerrilla.

La región de los Altos se convirtió en un punto estratégico. Al igual que en la época de la conquista, la gente de Morelos resistió a los invasores desde las colinas y los peñascos, usando todo tipo de proyectiles. El 16 de julio de 1916 tuvo lugar en Tlayacapan una larga batalla, en el mismo punto desde el cual, según la tradición oral, se produjo la batalla contra Cortés (de la Peña, 1980: 103).

Las peticiones de dotación que iniciaron en los Altos en 1920 culminaron en 1927 y 1929 en Totolapan y Tlayacapan. En 1921,

los ciudadanos de Tlayacapan solicitaron la restitución de sus tierras [...] los campesinos no se mostraron muy pacientes: decidieron invadir las tierras de la hacienda de Oacalco, tal como lo habían hecho anteriormente en las tierras de Pantitlán-San Carlos. La gente de Tlayacapan alegaba que estas tierras, habían sido propiedad comunal (de la Peña, 1980: 111).

Los vecinos mostraron una copia de los títulos de propiedad del siglo XVI, que resultó auténtica, por lo que se hizo pública la resolución el 8 de marzo de 1929.

Se confirmaban los derechos comunales sobre 1371 hectáreas ya ocupadas por el pueblo [...] Además, también deberían darse en dotación otros predios de Oacalco y San Carlos a 221 campesinos sin tierra [...] Se] recibieron un total de 631 hectáreas (Oacalco, San Carlos, Pantitlán) casi lo mismo que había sido invadido (de la Peña, 1980: 112).

Así, en general, las peticiones en los Altos que iniciaron en 1920 culminaron en 1927 y 1929 en Totolapan y Tlayacapan y hacia finales de los años treinta y en los inicios de los cuarenta se consiguieron ampliaciones, después de numerosos conflictos por la tierra entre campesinos y terratenientes, pero también entre los pueblos por límites. Esta redistribución agraria implicó 11 712 hectáreas de tierra ejidal, distribuidas entre Atlatlahucan, 2 303; Tlalnepantla, 1 486; Tlayacapan, 2 417 y Totolapan, con 5 505, de las cuales 40% era cultivable (de la Peña, 1980: 119).

Casi la mayoría de los campesinos dotados en Tlayacapan y Totolapan tiene menos de 1 hectárea (46.2%) y casi 50% tiene entre 1 y 5 hectáreas. En cuanto a Tlalnepantla, sostiene sus derechos sobre unas 6 mil hectáreas “que se traslapan con tierras reclamadas por Tlayacapan, Tepoztlán, Milpa Alta y Juchitepec” (de la Peña, 1980: 122).

Sin duda, un nuevo rostro de la región se fue configurando con la lucha por la tierra en cercanía con Zapata. Los pobladores, que antes vivían con pedazos mínimos de tierra y del jornal en las haciendas, se convertían en campesinos con recursos todavía muy escasos para producir alimentos y vivir de su tierra que no disponía de agua, misma que permanecía bajo el control de las haciendas que, como Oacalco, construyó un sistema e irrigación que si bien, también llegaría a los ejidatarios, éstos tendrían que pagarlo con una deuda que “veinte años más tarde, continuaban pagando” (de la Peña, 1980: 126).

En el periodo cardenista se afectaron más las haciendas de Morelos y “la mayoría de sus tierras fueron entregadas a los pueblos”. Algunas haciendas se adaptaron a las nuevas estrategias, otras empresas fueron nuevas (de la Peña, 1980: 132).

Pero la tierra no fue suficiente como generadora de ingresos para la familia. Si bien los ricos se fueron de los Altos, la situación de la re-

gión no mejoró y los campesinos siguieron combinando la labor de sus parcelas con el empleo asalariado que se había venido abajo con la reducción de las haciendas azucareras y porque éstas, en represalia por la participación campesina en la revolución y la reforma agraria, “importaban” trabajadores de otros estados de la República (de la Peña, 1980: 134).

Los campesinos dotados siguieron dependiendo de la venta de su producción y de su fuerza de trabajo a las empresas azucareras que habían quedado. En 1944 una ley “decretó que los campesinos con tierras adecuadas para la caña, tenían que vender a los ingenios cercanos, en este caso, a Oacalco y Casasano” (de la Peña, 1980: 145).

Continuaba para los campesinos, pero ahora con instrumentos más modernos, la práctica del endeudamiento, ya que en los años cuarenta, “los campesinos tuvieron acceso a pequeños préstamos de bancos de gobierno para desarrollar la agricultura comercial” y la región tuvo un mayor dinamismo económico cuando se abrió la carretera que unía a Yautepec, Oacalco, Pantitlán, Tlayacapan, Totolapan y Atlatlahuacan. “Se abrió así la posibilidad al comercio de cultivos como el arroz, el azúcar y se diversificó el consumo” (de la Peña, 1980: 145). Ávila señala que:

Las regiones montañosas del norte y parte de Los Altos, mantuvieron su carácter agrícola de subsistencia, principalmente por la producción de maíz y de frutales, así como por la explotación forestal de baja escala [...] lugares como Tlayacapan y Yecapixtla en Los Altos destacaban en la producción cada vez mayor de jitomate (Ávila, 2001a: 30).

### **El milagro mexicano y la modernización**

El estado de Morelos participó sin duda en el milagro mexicano y en el proceso de industrialización de la década de 1940. Hacia los años cincuenta y sesenta, además de las carreteras y la autopista, se introdujo la electricidad, se adquirieron electrodomésticos y cultivos que se elaboraban con tecnología tradicional, como el jitomate y el toma-

te, se “modernizaron” con semillas importadas, fertilizantes, estacas y alambre.

Los precios en el mercado nacional e internacional subieron mucho. La región se incorporaba de lleno en los cultivos comerciales en sus propias tierras, la familia volcaba su mirada hacia la educación formal y las actividades no agrícolas, ya que Cuernavaca creció como centro de descanso y el desarrollo industrial junto a las actividades señaladas empezaron a emplear mucha fuerza de trabajo (de la Peña, 1980: 153).

En la agricultura, “el azúcar dejó de ser el principal y único producto industrial de Morelos. La agricultura comercial, (cebolla, alfalfa, tomate, arroz, sorgo) invadió grandes extensiones de los Altos”, y se requirió del empleo foráneo: Guillermo de la Peña señalaba que: “Una estación tras otra, humildes peones de Oaxaca y Guerrero vienen a trabajar en la recolección de estos productos y muchos se quedan” (de la Peña, 1980: 153).

Sin duda, el espacio social de la región se transformó: antiguos peones, aunque no todos, se volvían campesinos que se insertaron en el mercado y se convirtieron en compradores de productos variados para el consumo, de productos químicos para la producción. Las familias tuvieron más acceso a la educación y muchos “profesionistas” ya no regresaron a vivir a sus pueblos. La emigración no era muy extendida y las mejores condiciones de la agricultura comercial asentaban a la población.

A partir de 1940, la dinámica poblacional se inscribía en las tendencias nacionales de desarrollo, las cuales incluyeron procesos de modernización tecnológica, crecimiento económico y estabilidad política que se traducían en posibilidades de aumento demográfico y perfilaban procesos de urbanización (Guzmán y León, 2005: 103-104).

Entre los factores que fomentaron la urbanización en Morelos está la apertura de la carretera México-Acapulco, en 1952, y el complejo industrial CIVAC, en 1965. La agricultura se fue adaptando a las necesidades del mercado, aunque persistieron algunos cultivos relacionados con el arraigo cultural, como el maíz, el frijol y la calabaza. La produc-

ción azucarera que dibujaba el paisaje de las partes bajas del estado y ocupaba a gran parte de la población dedicada a estas actividades se fue remplazando parcialmente por una gran diversidad de cultivos. “A mediados de la década de los cincuenta, el monopolio de la producción azucarera en el estado terminó y se comenzó a cultivar cebolla, alfalfa, jitomate, arroz, sorgo, etc., los cuales invadieron gran parte de las extensiones de los Altos” (Martínez Borrego, 2008: 138).

La producción de jitomate aumentó hacia la década de 1960, cuando se registraron 1 500 hectáreas sembradas, aumentando dicha superficie hacia 1966 a 6 500 hectáreas, con lo que pasó a constituir, hacia 1970, uno de los cultivos más importantes del estado “en términos de valor de la producción”. En 1971 el estado de Morelos ya era “el segundo estado en importancia en [esa] producción, pues aportaba el 16.6% del total nacional” (Martínez Borrego, 2008: 139).

Nuevos actores se empezaron a vislumbrar en esos momentos de modernización: los jóvenes que estudiaban o trabajaban en otras actividades, las mujeres que poco a poco se integraban a las actividades productivas y los peones indígenas que le imponían rasgos culturales y lingüísticos diversos a la población de los Altos.

### **El proceso de urbanización**

El proceso de urbanización en Morelos no ha tenido límites desde la década de 1940 ya que, después de una disminución tras la Revolución y hasta los años treinta, a partir de la siguiente década la población se incrementó con el desarrollo de actividades industriales y de servicios, configurando polos de atracción en Cuernavaca y su zona conurbada y Cuautla. “Cuernavaca tenía en 1995, el 21.9% de la población al lado de Jiutepec, básicamente conurbado con esa ciudad con el 10% de la población del estado y en Cuautla con el 9.8%” (Delgadillo, 2000: 36-37). A este proceso de crecimiento urbano se unieron Temixco y Yautepec. En la región de los Altos se presentó un crecimiento poblacional entre 1970 y 1990 que se redujo posteriormente.

Las mejoras en la infraestructura urbana y turística en el estado produjeron lo que podría llamarse un proceso de “gentrificación”, al promoverse la revalorización económica del suelo y una mayor conflictividad por su apropiación y su control. El suelo rural se lotificó y se introdujeron servicios urbanos; se intensificó su venta para vivienda a propios y a personas de ciudades cercanas, incluso a extranjeros. Las actividades y las ocupaciones tradicionales se fueron dejando de lado y, en algunos casos, la misma población originaria se reacomodó.

La población económicamente activa en la agricultura fue disminuyendo, al mismo ritmo que lo ha hecho en todo el país, debido a la falta de incentivos a este tipo de producción y a que, en zonas como las morelenses, con buena comunicación, buen clima y su cercanía a la Ciudad de México, se desvió la atención a otro tipo de actividades y se dio un fuerte impulso al mercado inmobiliario con fines recreativos, turísticos e industriales, tanto así que pueblos y comunidades vieron fragmentados sus territorios y, no en pocas ocasiones, han tenido que resistir para conservarlos, aunque sea parcialmente.

Así, los pueblos de Morelos,

enfrentaron la peor amenaza a su integridad territorial y cultural, al arribar a estas tierras la plaga de fraccionadores y mercaderes del suelo. Esta invasión coincidió con la modernización de las comunicaciones terrestres (en 1951 se inauguró la autopista México-Cuernavaca), la urbanización de las principales ciudades y el reconocimiento nacional e internacional de sus bellezas naturales. Así comenzó una larga cadena: Ahuatepec, Tetelcingo, Oaxtepec, Atlatlahucan, Tepoztlán, Xoxocotla, Tejalpa, Jiutepec, Ocotepic, Chamilpa, Santa Catarina, Bonifacio García, y Cuentepec tienen numerosos y dramáticos testimonios sobre la resistencia y la defensa de sus tierras, desde 1951 a la fecha (García, 2017: 24-25).

La población crecía, pero también se intensificó la inmigración al estado, dado el auge de la oferta de trabajo agrícola y la inversión en servicios turísticos. Esta inmigración ha tenido como origen el estado de Guerrero, principalmente. Ya en 1995, los migrantes del estado de



Guerrero constituían 37% de la población migrante; 20% provenía de la Ciudad de México, 12% del Estado de México y 8% de Puebla, los cuales buscaron establecerse en las zonas conurbadas de Cuernavaca, Yautepec, Cuautla, siendo estos tres municipios los que concentran la mayor proporción de población cuyo origen es de otros estados (Delgadillo, 2000: 38-39).

Esta tendencia se consolidó, ya que en un libro reciente se destaca que: “Desde 1980 hasta 2010, 179 661 personas habían inmigrado a Morelos (30.8% proveniente de Guerrero), 15.1% del Estado de México, 13.8% del Distrito Federal, 6.9% de Puebla y 3.7% de Michoacán” (Oswald, 2014: 163).

Esta inmigración corresponde al desarrollo urbano e industrial, a la consolidación de los polos turísticos y al avance de una agricultura moderna que ha requerido fuerza de trabajo exógena desde la década de 1950, con la ampliación del mercado interno de hortalizas. Esta fuerza de trabajo fue y todavía es estacional, pero ha habido una tendencia a asentarse en nuevas colonias, que ya se han ido consolidando, incorporándose al avance urbanizador en el estado y cambiando, sin duda, la configuración espacial de las ciudades y pueblos morelenses. Estas familias jornaleras han cumplido con una función importante, al realizar el trabajo que las familias locales ya no podían desempeñar en las actividades agrícolas. Su esfuerzo y aportación son reconocidos por la población local, aunque, sin duda, también se expresan de ellas de manera racista.

Como ya señalaba de la Peña: “Los inmigrantes o oaxacos satisfacen la demanda temporal de fuerza de trabajo” y sin su ayuda, “la mano de obra local sería insuficiente para cubrir la demanda para la recolección de jitomate”, tienen malas condiciones de trabajo. Asimismo, “la gente local desprecia profundamente a los oaxacos, los indios como ellos los llaman”, y dicen que son “borrachos, promiscuos e ignorantes” (de la Peña, 1980: 61).

Los mercados de trabajo rural en Morelos han sido históricamente un polo de atracción de migración jornalera dentro y fuera del estado. En particular, el desarrollo de cultivos comerciales desde mediados del siglo xx ha alentado la inmigración temporal y definitiva de tra-

bajadores agrícolas procedentes de entidades vecinas, sobre todo, de Guerrero y de Oaxaca (Sánchez Saldaña, 2005: 24).

Como hemos señalado en otros estudios (Canabal, 2008), Morelos ha sido receptor de migrantes de municipios de la región de la Montaña de Guerrero. Sin embargo, esa entidad no recibe la cantidad de migrantes jornaleros agrícolas que recibe el estado de Sinaloa, ya que llegan a emplearse con ejidatarios y pequeños propietarios. Otra diferencia importante que señalan Kim Sánchez y Adriana Saldaña es que, mientras en el noroeste del país

los trabajadores están confinados en campamentos relativamente apartados de la población del lugar [...] en pueblos como Atlatlahucan, Tenextepango y Totolapan en Morelos, locales y foráneos conviven cotidianamente en el trabajo o como vecinos, generándose así diferentes espacios de intercambio, de integración y reciprocidad, pero también problemas de exclusión y segregación, todo lo cual influye en la cultura e identidad de unos y otros (Sánchez y Saldaña, 2009: 12).

Esta última reflexión es importante porque hace referencia a la vida cotidiana de los habitantes de la región y merece estudios posteriores, así como en el caso de los migrantes que han decidido asentarse cerca de sus lugares de trabajo, buscando siempre mejores condiciones de vida. Podemos añadir que también se perciben estos flujos de migrantes en los municipios de Tlayacapan para el cultivo de hortalizas y en Tlanepantla para diversos cultivos, principalmente para el nopal.

Se trata de población nahua, mixteca y tlapaneca que llega principalmente de la Montaña de Guerrero para la siembra, el abono y la cosecha de los cultivos. Cecilia Salgado, en su tesis de doctorado, refiere que:

Los jornaleros asentados en las colonias aledañas a la cabecera municipal de Tlayacapan guardan características comunes: la cualidad étnica –nahua o mixteca–, la situación de pobreza extrema como motivo de la emigración desde sus comunidades; el trabajo jornalero como razón de sus trayectorias migratorias; largos años de migración temporal antes

del asentamiento definitivo; la diversificación de actividades y el trabajo como principio organizador de su vida cotidiana (Salgado, 2015: 12).

Hay migrantes de la región de la Montaña de Guerrero que tienen alrededor de 30 años viviendo en Morelos y se han establecido en colonias populares periféricas a las cabeceras municipales, como las de Cuernavaca, Cuautla y otros municipios. La agricultura local se ha visto beneficiada al contar con mano de obra que ayuda a reducir los costos de producción y a la que se utiliza solo en momentos como la siembra y la cosecha (Canabal, 2008: 177).

En el caso de cultivos de hortaliza como el jitomate, el tomate de cáscara y el pepino, los migrantes provienen principalmente de municipios de la Montaña Alta y de la Costa Montaña. Hay, así, migración cíclica y golondrina, pero también, migración definitiva.

“La decisión de establecerse implica un mejor posicionamiento para acceder al mercado de trabajo y diversificar sus actividades, es decir, ampliar la posibilidad de trabajar en diversos cultivos” y, añadiríamos, en diversos oficios (Canabal, 2008: 195).

Los jornaleros no tienen garantizado el trabajo durante la temporada y no tienen prestaciones porque los productores de manera individual no pueden garantizar un contrato, ya que, en ocasiones, requieren de muy pocos trabajadores para la descarga, para fumigar y para el desyerbe. El tipo de trabajo, las condiciones laborales y la duración de la temporada inciden en que el jornalero viaje solo o con su familia, pero en muchos cultivos, trabajan también las mujeres y los niños.

Como señalábamos en un texto anterior:

Enfrentarse a un medio distinto al de origen, la incertidumbre de conseguir trabajo, la lejanía de su pueblo, o la mayor responsabilidad de traer a toda la familia consigo implican varios problemas que tienen que afrontar los jornaleros para poder subsistir [] Pero la gente soporta las diferencias que puedan existir entre sus comunidades y el lugar en donde buscan emplearse. Las diferencias en el clima, la comida o el trato con la gente parecen no ser impedimento para venir, siempre y cuan-

do se tengan las condiciones de vida mínimas para estar en estos nichos migratorios (Canabal, 2008: 208-209).

De acuerdo con un testimonio:

El trato a los migrantes depende en gran medida del lugar de destino y las condiciones de trabajo, por ejemplo, en San Nicolás Totolapan, no solo los aceptan, sino que están conscientes de que los jornaleros migrantes participan en el desarrollo de la economía local. Saben que los que llegan les van a ayudar a levantar sus cosechas y que también van a comprar cosas en el pueblo, colaboran con el pueblo a mover su economía, lo saben los vecinos, pero no en todas las comunidades es así. En algunas, ejercen distintas formas de discriminación y no están de acuerdo con que el Programa de Jornaleros Agrícolas les brinde apoyos (Canabal, 2008: 211).

De acuerdo con Guillermo de la Peña, y como lo hemos podido constatar en la actualidad, la emigración a Estados Unidos siempre ha estado cercana en todas las familias de la región: ésta se abrió hacia los años cincuenta, pero luego “su valor como alternativa decayó, a medida que se dispuso de trabajo agrícola asalariado en los cultivos comerciales locales”, que volvieron rentable la inversión en agricultura. “De este modo, las ganancias de la migración podrían canalizarse a la compra de tierras, la tecnología y el pago de la mano de obra” (de la Peña, 1980: 163).

Sin embargo, no en todos los casos los ingresos de la emigración han sido invertidos en la agricultura ya que,

Ni el campo modernizado es fuente de bienestar social, ni surgieron fuentes de trabajo alternativas [...] los más prósperos no usan el dinero en la expansión de su empresa sino más bien lo invierten fuera, en educar a sus hijos o en artículos de consumo urbano (de la Peña, 1980: 190).

Sin embargo, como lo refieren Elsa Guzmán y Arturo León:

Este fenómeno tiene distintos pesos en cada región y comunidad, especialmente de acuerdo con la historia de migración en cada una de ellas, lo que se refleja en los datos del número de hogares con actividad migratoria o que reciben remesas de Estados Unidos. En los municipios del noroccidente de Morelos se calcula un promedio de 7.45%, entre los ubicados en los valles centrales, 7.0%, los del nororiente, 10.6%, los del poniente, 14.6%, y los municipios ubicados en el oriente sur, 16.5% (Guzmán y León, 2005: 106-107).<sup>3</sup>

En una síntesis, de la Peña enmarca los cambios producidos hasta esos momentos:

La organización familiar local, al adaptarse a las condiciones traídas por la reforma agraria, creó formas de reproducción ampliada de la mano de obra. El crecimiento poblacional obedeció también a factores de inmigración y salubridad. El proceso generó contradicciones y límites: la presión sobre las tierras llegó a ser excesiva. El trabajo cañero tampoco absorbía toda la mano de obra estacional. Al mismo tiempo, las presiones del mercado nacional determinaban una creciente necesidad de dinero, que podía conseguirse con migración laboral y diversificación de cultivos (de la Peña, 1980: 190).

La información cuantitativa señala cómo las ocupaciones en el sector primario tendieron a disminuir entre 1990 y 1995, así como las ocupaciones en el sector industrial, incrementándose las del sector terciario (cuadro 1). Esta tendencia se debe, sin duda, a la disminución del suelo agrícola, al poco apoyo a la agricultura y al desarrollo de las actividades turísticas y comerciales. La población ocupada en actividades primarias ha continuado disminuyendo en el estado de Morelos, no así en los municipios de nuestra región de estudio.

<sup>3</sup> Datos promediados de los presentados municipalmente en G. Vázquez, "Mapa porcentaje de hogares con actividad migratoria y/o que reciben remesas de Estados Unidos, 2000" (información digital sin publicar, realizada a partir del indicador construido con datos del INEGI).

Cuadro 1  
Población económicamente activa en el estado de Morelos,  
1970-2017 (Porcentaje)

	1970	1980	1990	2000	2017
<b>Primario</b>	43	25.1	19.8	13.3	11.0
<b>Secundario</b>	18.4	17.2	21.1	20.0	42.0
<b>Terciario</b>	30.1	56.9	57.7	65.1	46.0
<b>n.e.</b>	8.5	0.7	1.3	1.6	

Fuente: INEGI (1970, 1980, 1990, 2000).

\* Datos de la Subsecretaría del Empleo y Productividad Laboral del estado de Morelos, agosto de 2017.

Las mujeres empezaron a tener importancia económica más visible en las estadísticas, ya que siempre han participado en el espacio del hogar, su entorno y en la parcela. Como ya había escrito de la Peña, las mujeres

llevan diariamente el almuerzo a los hombres hasta donde éstos se hallan trabajando. Cuidan de los animales domésticos y los árboles frutales del traspatio. Una vez a la semana se van en autobús hasta el canal de Pantitlán o a los manantiales de Cutlixco, donde pasan todo el día lavando ropa, bañándose e intercambiando información [...] las mujeres a menudo emprenden el comercio en pequeña escala que es parte integrante de la empresa agrícola y un instrumento significativo para completar la economía doméstica (de la Peña, 1980: 174).

Sin embargo, las mujeres no heredaban tierras, solo la casa o parte de la casa a pesar de que empezaban a tener una mayor participación económica.

Se configuraba así uno de los elementos básicos de estos cambios en el mundo rural: el papel de las mujeres empezó a ser cada vez más importante. Así lo considera Úrsula Oswald en su estudio sobre Morelos:

En las comunidades rurales, en Morelos, se ha producido una feminización de la agricultura con una sobrecarga de trabajo para las mujeres campesinas con sentimientos de abandono que frecuentemente se traducen en crisis familiares, enfermedades físicas y de salud mental. Al mismo tiempo, esta presión ha generado procesos de empoderamiento entre las mujeres que se quedan, quienes se organizan para mejorar los servicios en su comunidad y han adquirido conocimientos de cómo protegerse ante los embates del CC [cambio climático] y el crimen organizado. Esto ha impactado las relaciones entre los géneros y en la organización sociocultural (Oswald, 2014: 23).

De los datos que se presentan en el cuadro 2, se infiere que las mujeres tuvieron una participación más importante en las actividades primarias, disminuyendo también su participación en el sector secundario e incrementándose en el sector terciario.

Cuadro 2  
Participación de la población morelense por sexo  
en las actividades económicas entre 1990 y 1995  
(Porcentaje)

Años	1990	1990	1990		1995	1995
Sector	Primario	Secundario	Terciario	Primario	Secundario	Terciario
Hombres	26.35	32.27	39.5	24.98	27.83	46.95
Mujeres	2.6	14.97	78.74	3.92	13.68	81.79

Fuente: INEGI, 1996.

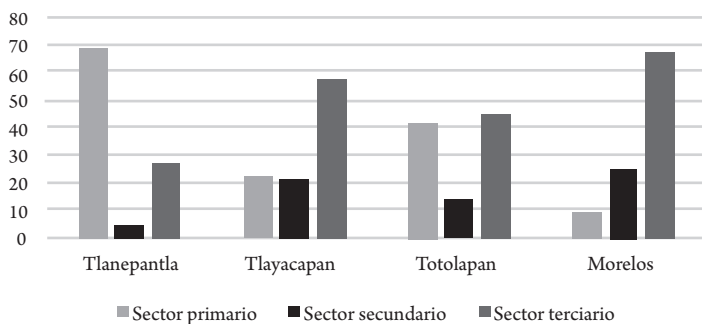
En los municipios de nuestra microrregión las actividades agropecuarias todavía ocupaban un porcentaje importante de la población, aunque con diferencias, ya que en Tlayacapan, donde se ha impulsado más el turismo, la compra de tierras y los fraccionamientos han aumentado, se ocupa ya menos población en el sector primario, mientras que en Tlalnepantla, donde no hay ese mercado de tierra, la población se dedica más a la agricultura, sobre todo por el auge del cultivo de nopal (cuadro 3).

Cuadro 3  
Población ocupada por sectores económicos.  
Porcentajes con respecto al total estatal y por municipios,  
2010, Morelos

	Sector primario	Sector secundario	Sector terciario
<b>Tlalnepantla</b>	68.6	4.4	26.9
<b>Tlayacapan</b>	21.8	21.0	57.2
<b>Totolapan</b>	41.2	13.9	44.9
<b>Morelos</b>	8.7	24.1	67.2

Fuente: Sagarpa (2010).

Gráfico 1  
Participación de la población en los sectores económicos, 2010



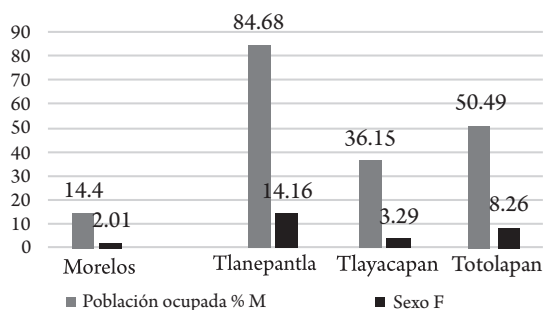


Cuadro 4  
Población masculina y femenina ocupada en el sector primario, 2015  
(Porcentaje)

	Masculino	Femenino
<b>Morelos</b>	14.4	2.01
<b>Tlalnepantla</b>	84.68	14.16
<b>Tlayacapan</b>	36.15	3.29
<b>Totolapan</b>	50.49	8.26

Fuente: INEGI (2015).

Gráfico 2  
PEA, sector primario, 2015



La información disponible hace visible que, si bien la población productora en el sector primario ha disminuido, la población rural no ha disminuido. Así, Guzmán y León, señalaban que

la población rural [en Morelos] en números efectivos no ha disminuido, y actualmente, sin ser la predominante, al menos 226 574 personas habitan aún localidades de menos de 2 500 habitantes y 145 569 personas más viven en localidades que cuentan entre 2 500 y 500 habitantes, es decir, prácticamente 372 143 personas, esto es, 25% de la población morelense habita en localidades rurales, y en su vida y actividades productivas, estas personas sostienen entre otras, formas campesinas y agrícolas de vida y trabajo (Guzmán y León, 2005: 106).

Entonces, las familias mantienen su residencia fija en las localidades rurales y desde ellas reciben y vinculan a una población móvil que labora y habita por tiempos distintos fuera de los pueblos, del estado o del país, representando dichas localidades punto de retorno y de relación familiar.

Así, a partir de este marco histórico regional, hemos pretendido encontrar y caracterizar las nuevas formas campesinas de reproducción social en un medio urbano, donde ya son predominantes, al menos numéricamente, las actividades no agrícolas y donde la monetarización ha impulsado a la población a adherirse a otro tipo de actividades asalariadas que les presenta su contexto y a adaptarse a las nuevas condiciones del mercado.



## Estrategia familiar campesina

### Agricultura en el estado de Morelos

Los espacios rurales del estado han estado sometidos a una fuerte presión por la industrialización, la urbanización y su baja rentabilidad que determinó que la actividad agrícola se fuera replegando. Héctor Ávila ya mencionaba que esta expansión no ha estado libre de disputas legales en torno a las tierras ejidales periféricas:

Las uniones de ejidatarios y comuneros de las zonas periurbanas, han denunciado el despojo de parte de sus terrenos en beneficio de inmobiliarias y concesionarios de balnearios y otros servicios turísticos [...] Situación similar se señala en CIVAC que se asienta sobre 400 hectáreas de tierras comunales del pueblo de Tejalpa que no se han restituido (Ávila, 2001a: 49).

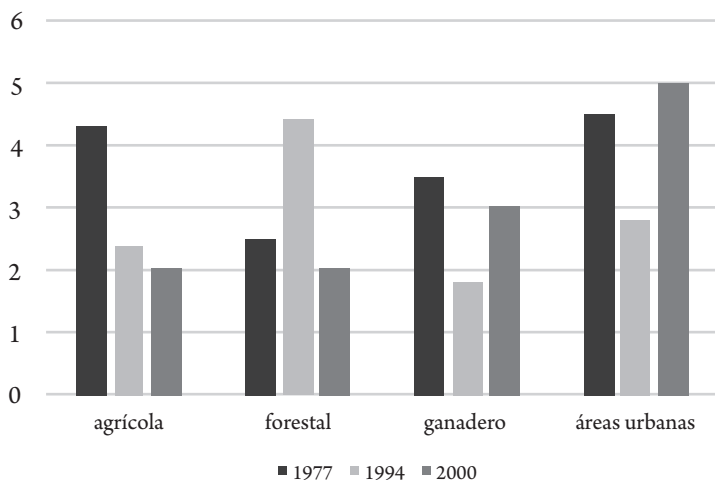
Asimismo, las áreas boscosas se han deteriorado por “la paulatina expansión de la mancha urbana, y la descontrolada y rudimentaria explotación de recursos maderables y no maderables, en su mayor parte ilegal, lo que ha ocurrido principalmente en la zona norte, (Altos de Morelos) y en el noroeste...” (Ávila, 2001a: 49-50)

Cuadro 5  
Cambios en los usos del suelo en Morelos (Hectáreas)

	1977	1994	2000
<b>Agrícola</b>	185 799	210 251	287 362
<b>Forestal</b>	232 774	197 805	151 868
<b>Ganadero</b>	67 004	71 552	197 000
<b>Principales áreas urbanas</b>	7 690	15 380	18 563
<b>Cuerpos de agua</b>	793	834	1 085

Fuente: INEGI (2000); Oswald (2014: 162).

Gráfico 3  
Cambios en los usos del suelo en Morelos (Hectáreas)



El avance de los fraccionamientos privados con destinos turísticos afectó, sin duda, a la agricultura. Su proceso de construcción se refiere ya de manera más intensa:

en Yautepec en los años cincuenta, en Tepoztlán en los sesenta y en Atlatlahucan, Tlayacapan y Totolapan, en los años setenta cuando el gobernador Paulino Rivera ordenó la construcción de un pozo profundo en Tlayacapan para conectar diversos municipios con redes de agua proveniente del Valle de Cuautla y sobre todo, para dotar de agua a su propio fraccionamiento Lomas de Cocoyoc, situado entre Atlatlahucan y Yautepec, cuestión que no estuvo exenta de conflictos entre los pobladores originales (Martínez Borrego, 2008: 134).

En la zona de los Altos, esta autora hace referencia ya en 2005 a cuatro fraccionamientos en Tlayacapan y cinco en Totolapan.

Un cambio importante ha sido el impulso de la producción para el mercado, dada la cercanía de los campos morelenses con ciudades importantes y con la Ciudad de México. Sin embargo, estos cultivos se han seguido combinando con cultivos más tradicionales, como el maíz, el frijol y la calabaza. Héctor Ávila ha escrito que el estado de Morelos:

ha entrado en el circuito comercial de diversos productos como las hortalizas, ahora el nopal, sin dejar la producción de bienes de consumo local como el maíz y el frijol. Así, el mercado y el arraigo cultural han marcado la dinámica agrícola de la entidad (Ávila, 2001a: 32).

Así, desde los años setenta (entre 1969 y 1974), los productos básicos fueron desplazados en importancia por las hortalizas, ya en esos tiempos más rentables. Hacia 1980, los cultivos más importantes en el estado de Morelos eran la caña de azúcar, el jitomate, después el maíz, las flores y el sorgo (Aráoz, 1984: 323).

Estas dos vertientes –la agricultura familiar y la más ligada al mercado– han determinado la dinámica agrícola de la entidad y también de la región de los Altos, que no dejaron de producir; de la Peña (1980: 37) escribió que los usos agrícolas continuaban en los años setenta, teniendo importantes superficies: la agricultura estacional ocupaba en Tlalnepantla, Tlayacapan y Totolapan 30.56% y 35% del uso de la tierra, respectivamente, mientras que la agricultura irrigada era im-

portante sólo en Tlayacapan, con 12.42%, y la superficie silvestre productiva ocupaba en Tlalnepantla 12.96%, y 11.70% en Totolapan.

Sin embargo, en términos de la importancia económica, el peso de la agricultura fue disminuyendo en relación con otras actividades debido al sesgo industrializador y el acelerado crecimiento urbano que se dio a partir de 1965, a tal punto que la participación del sector agropecuario en el PIB decreció, ya que, si en la década de 1970 lo hacía con 21%, para los ochenta disminuyó a 11% y en los noventa cayó a 9% (Delgadillo, 2000: 61).

La agricultura comercial, después del auge del azúcar, cobró de nuevo importancia con la producción de hortalizas para el mercado, mismas que se utilizaban antes sólo para el consumo.

El valor de la caña de azúcar creció entre 1965 y 1980, así como su superficie, que incluso se incrementó: El maíz mantuvo la superficie cosechada, mientras que su valor aumentó hacia 1980, debido a los apoyos que se daban todavía a la producción campesina a través del Sistema Alimentario Mexicano (SAM).

#### Cuadro 6

Valor de la producción en Morelos, 1965-1981 (miles de pesos)

Cultivo	1965	1969	1974	1980/1981
Caña de azúcar	372 357	304 946	405 258	476 079
Jitomate	303 936	314 468	776 537	393 350
Maíz	176 714	161 805	302 194	308 519
Aguate	57 707	68 998	101 290	
Tomate de cáscara		26 964	89 225	64 327

Fuente: Sagarpa, Estadísticas de producción agrícola, varios años (1965-1981).

A partir de la segunda mitad de los años ochenta, “disminuyó paulatinamente la superficie sembrada en la entidad. En 1985, se reportaron en Morelos 148 000 hectáreas cultivadas, cantidad que disminuyó de manera progresiva hasta llegar en 1999 a 104 832 hectáreas, 29% me-

nos” (Ávila, 2001a: 45). De 1984 a 1999 se dejaron de sembrar 7 156 hectáreas de maíz y frijol y en el mismo periodo disminuyó 40% la producción de cebolla, jitomate y tomate cáscara 40%, mientras que la superficie de caña de azúcar descendió debido sobre todo al cierre de los ingenios de Oacalco y Emiliano Zapata. Al mismo tiempo, aumentó la superficie dedicada a los cultivos ornamentales y a la alimentación animal, como el sorgo, cuya área se incrementó entre 1984 y 1987, disminuyendo hacia 1999. Delgadillo señala que la superficie agrícola en la entidad la constituyen tierras de temporal en 48% de la superficie agrícola, sólo 17% son tierras de riego y 35% son mixtas con algún tipo de riego (Delgadillo, 2000: 62-63). En 1999, la superficie agrícola se distribuía de la siguiente manera: maíz, 39 734 has.; sorgo grano, 30 238 has.; caña de azúcar, 18 510 has.; jitomate, 3 388 has.; arroz, 2 993 has.; cacahuete, 2 981 has., y frijol, 2 255 has.

Sin embargo, Delgadillo (2000: 63) señala que en términos de valor de la producción destaca en primer lugar la caña de azúcar, le sigue el sorgo, después el maíz y luego el jitomate, la cebolla, el tomate, el arroz y el pepino.

En esos momentos, antes de la contrarreforma agraria, había en el estado 239 ejidos, con una superficie de 383 520 has.: 43% de las tierras se dedicaba a actividades agrícolas, 44% a pastos y agostadero y 9.6% a bosques, siendo 67% de temporal (Ávila, 2001: 47-48).

Ya en los ciclos productivos de 2008 y 2009 se informaba que en este mismo orden destacaban, en el ciclo otoño-invierno: la cebolla, el elote, el ejote, la calabaza, el jitomate, el pepino y, en el de primavera-verano, el sorgo, el maíz, el jitomate, el elote, el tomate verde, el pepino y como perenes, la caña de azúcar, el nopal y el aguacate. Esta información nos ofrece un panorama general de la agricultura en el estado (Gobierno del Estado de Morelos: 2011).

Estos cultivos tienen diferencias importantes, pues mientras que el maíz no requiere de inversiones importantes, en el jitomate se necesita contar con dinero para los insumos y mano de obra en la siembra, cultivo, recolección y empaque.

Guillermo de la Peña escribió que se podían cosechar entre una y una y media toneladas de maíz por hectárea, “25 cargas de 100 cuarti-



llos”; se vendía localmente y se almacenaba por “sus usos secundarios como alimento para las aves y puercos, las hojas para hacer tamales, las cañas como pasto de las mulas y los olotes como fuente de energía en la cocina” (de la Peña, 1980: 218).

En años posteriores a 1980, la superficie del maíz se redujo a 43 336 087 has. y, en 1991, a 38 706 950 has. Ya en 2014, la superficie de este cultivo se redujo a 26 215 has. En la zona de los Altos la superficie de maíz no disminuyó gracias a que se introdujo el maíz pozolero para su comercialización.

Elsa Guzmán señala que en el maíz convergen las dos estrategias que complementan la actividad campesina, sobre todo en los Altos:

El maíz comparte parcelas y preparación mecanizada del suelo, pero técnicamente se distinguen prácticas más tradicionales pues se siembra principalmente semilla criolla, del pozolero, se siembra con palo y se tapa con el pie y, hasta donde se puede no se fumiga, pero bien sea para la venta o para el autoabasto alimentario familiar, cumple la función de sostener la seguridad básica de la reproducción familiar, y con esto, la posibilidad de seguir sembrando jitomate y apostando a la ganancia (Guzmán, 2014: 23).

El cultivo del tomate verde requiere de una inversión inicial, pero el gasto en el cultivo constituye 25% de lo que se requiere para el jitomate. Otra diferencia importante en los cultivos es que el arroz y la caña

están fomentados e incluso organizados por agencias externas. [...] El ingenio de Ocalco financia el cultivo de la caña a los ejidos de Tlayacapan, Pantitlán y San José de los Laureles. El ingenio de Casasano opera en los ejidos de San Sebastián y San Andrés (de la Peña, 1980: 212).

El cultivo del jitomate requiere de una mayor inversión y endeudamiento y se recurre a préstamos bancarios o a prestamistas locales, que en Cuautla y Yautepac cobran un interés de 10%. Este cultivo está expuesto a plagas, a granizadas y a las fluctuaciones en el mercado. En el

estado, la producción se triplicó y no así la demanda por lo que los precios han bajado.

A esta problemática hay que añadir, como hace referencia Martínez Borrego,

cuestiones climáticas y factores ambientales por la sobreexplotación de los terrenos y el aumento en el uso de insumos químicos, pero también los vaivenes del mercado –que- han determinado las alzas y bajas en el cultivo. Así, cuando en Estados Unidos baja la producción, Sinaloa exporta más, y Morelos amplía su oferta de jitomate en el mercado nacional con mejor precio (Martínez Borrego, 2008: 141).

Cuando sucede lo contrario, la demanda en el mercado nacional baja, al mismo tiempo que los precios. Esta autora añade que el jitomate relacionó la región de los Altos con el ámbito internacional, pues es

uno de los productos agrícolas con mayor integración a dichos complejos agroalimentarios [...] ya que además de ser uno de los productos con mayor consumo en el ámbito mundial, el paquete tecnológico para su producción es uno de los que presenta mayor desarrollo pues permite sortear los límites y obstáculos en cuanto a la superficie cultivable o los problemas climatológicos” (Martínez Borrego, 2008: 138).

En un trabajo, Elsa Guzmán y Arturo León (2009: 226-227) sintetizan la historia de este cultivo en Morelos: “la historia jitomatera ha transcurrido a lo largo de tres generaciones de pequeños productores”. Ellos experimentaron y de ser solo maiceros, se especializaron. En una primera etapa (1955-1975) se expandió la producción a 10 mil has., hacia 1975 se exportó durante algunos años. En una segunda etapa (1975-1990) disminuyó la superficie a 4 mil has. debido a una “fuerte competencia con grandes productores de estados como Sinaloa, quienes tienen altas capacidades de inversión y niveles tecnológicos de control de los factores productivos y comerciales superiores a los de Morelos”. En una tercera etapa, que abarca de la década de 1990 hasta

la actualidad, la actividad jitomatera se contrajo disminuyendo su superficie a 3 mil y 2 mil hectáreas.

En este período se acentúa la política neoliberal en el país, significando para estos productores, la ausencia de apoyos y seguros a la producción agrícola, a pesar de los riesgos de la misma [...] La inversión y los riegos los asumen los propios productores echando mano de redes sociales; es decir, se intensifica el uso de mano de obra familiar y externa; hay una mayor aplicación de insumos y herramientas menores; además, se fortalecen sus vínculos comerciales para adecuarse a las dinámicas cambiantes del mercado, ampliando sus relaciones con intermediarios comerciales (Guzmán y León, 2009: 226-227).

Ahora se ha introducido el pepino y se cultiva con la misma tecnología del jitomate,

incluyendo herbicidas específicos y un tejido más fino en los hilos de las espalderas. Estos dos cultivos se van alternando especialmente de acuerdo a las fluctuaciones de los precios. La siembra del pepino es más temprana, y el ciclo más corto, de manera que la cosecha y venta terminan casi dos meses antes del inicio de la cosecha del jitomate, lo que permite contar con recursos para asegurar los gastos del jitomate (Guzmán y León, 2009: 237).

El tomate verde se ha introducido en la década de 1980 y comparte tierras y técnicas con el jitomate.

Ayuda a que el campesino compense la alta inversión y los riesgos, pues es más resistente a las plagas. Además, el precio del tomate verde es menos inestable, aunque más bajo que el del jitomate. De esta manera, el tomate se acopla al aprendizaje de las técnicas, no implica tantas ganancias, pero tampoco tantas pérdidas (Guzmán, 2014: 23).

El cultivo del nopal es hoy por hoy de gran importancia en el estado y, sobre todo, en nuestra región de estudio. Se cultiva la variedad deno-

minada Milpa Alta, que se ha adaptado muy bien a las características del suelo en Tepoztlán, Tlalnepantla, Tlayacapan y Totolapan.

En el estado se producen anualmente un promedio de 80 toneladas por hectárea, por lo que esta entidad puede ofrecer alrededor de 40 mil toneladas al año y tiene el segundo lugar a nivel nacional en producción.

La Secretaría de Desarrollo Agropecuario (Sedagro) informa que 70% de la producción de nopal morelense se envía a otras entidades del país, como la Ciudad de México, Aguascalientes, Coahuila, Jalisco, Nuevo León, Baja California y Tabasco, distribuyéndose desde la Central de Abasto. Tlalnepantla es el municipio con mayor superficie nopalera con 2 500 has. y en Tlayacapan, Totolapan y Tepoztlán se siembran alrededor de 1 100 hectáreas. El rendimiento es de 3 600 a 4 000 cajas por hectárea. Su producción aumenta de julio a noviembre, disminuyendo la misma de diciembre a junio (Pimentel, 2015).

Héctor Ávila, en un recuento sobre la agricultura morelense señala que:

En el contexto del libre comercio que se ha impuesto a la economía mexicana, es necesario señalar que las explotaciones agrícolas morelenses tienen pocas posibilidades para competir con otras regiones del país en la búsqueda de mercados internacionales [ ... ] tampoco hay posibilidades de competencia en cuanto a la calidad y los precios de los productos agrícolas, ni en la incorporación de altos niveles tecnológicos a la producción. Son contados los rubros donde la agricultura morelense tendría presencia en los mercados internacionales. Solamente la producción de flores parece, por el momento, contar con posibilidades. Habría que tener más en cuenta la producción de mercancías para abasto del mercado interno, ciudades medias y grandes (Ávila, 2001a: 67).

A nivel micro, se destaca una combinación y diversidad de cultivos, que

implica distintos ritmos de crecimiento y desarrollo de las plantas, así como la necesidad de labores en diferentes tiempos [ ... ] De esta manera, los diferentes cultivos se complementan y apoyan mutuamente en

recursos y productos. Cuando terminan los últimos cortes de huertas, se pasa a la cosecha del maíz [...] el periodo de lluvias significa el trabajo en las parcelas y la generación de recursos económicos y productivos para las actividades en los tiempos de seca [...] todo esto genera empleo en la época de secas lo que da posibilidad a que los integrantes de la familia no tengan que migrar, y a su vez permite obtener más recursos que sostendrán las inversiones necesarias para el inicio del ciclo de cultivo siguiente (Guzmán y León, 2014: 22).

Estas estrategias productivas inciden en la concreción de una estrategia campesina que pretendemos corroborar y ejemplificar con la mirada puesta en la microrregión que hemos planteado y a partir de las voces mismas de los productores.

## Cuadro 7

Superficie sembrada y cosechada, volumen y valor de la producción agrícola por tipo de cultivo y principales cultivos.  
Año agrícola 2014, Morelos

Tipo de cultivo	Superficie sembrada (hectáreas)	Superficie cosechada (hectáreas)	Volumen (toneladas)	Valor (miles de pesos)
<b>Total</b>	137 540	133 398	NA	5 303 031
<b>Cultivos cíclicos</b>	101 214	101 213	NA	3 050 963
<b>Tomate rojo (jitomate)</b>	2 245	2 244	81 415	501 379
<b>Sorgo grano</b>	42 541	42 541	187 566	421 350
<b>Cebolla</b>	2 815	2 815	70 511	349 537
<b>Maíz grano</b>	26 215	26 215	70 511	349 537
<b>Elote</b>	8 712	8 712	97 901	214 147

ESTRATEGIA FAMILIAR CAMPESINA

<b>Nochebuena (plantas)</b>	100	100	6 069 916	188 753
<b>Jícama</b>	873	873	28 749	172 040
<b>Gladiola (gruesas)</b>	686	686	763 994	163 390
<b>Ejote</b>	2 926	2 926	29 810	148 891
<b>Pepino</b>	1 504	1 504	27 972	111 001
<b>Resto de los cultivos cíclicos</b>	12 597	12 597	NA	510 400
<b>Cultivos perennes</b>	36 327*	32 185**	NA	2 252 069
<b>Caña de azúcar</b>	20 082	16 685	2 027 620	968 354
<b>Nopalitos</b>	3 582	3 415	328 750	477 602
<b>Aguacate</b>	3 763	3 406	27 656	245 597
<b>Rosa (gruesas)</b>	353	342	723 551	152 585
<b>Durazno</b>	1 943	1 935	16 037	141 152
<b>Resto de los cultivos perennes</b>	6 605	6 403	NA	266 778

Nota: Desde el punto de vista estadístico, el año agrícola es el periodo de 18 meses que resulta de la adición de las siembras y cosechas que se realizan en los ciclos agrícolas otoño-invierno y primavera-verano, y de las cosechas de productos de cultivos perennes. Comprende octubre-diciembre de un año más el siguiente completo y los meses de enero a marzo del año subsecuente. Debido al redondeo de las cifras, la suma de los parciales puede o no coincidir con los totales.

\* Se refiere a superficie plantada que comprende la superficie plantada en el año agrícola de referencia, la plantada en desarrollo y la plantada en producción.

\*\* Se refiere únicamente a la superficie plantada en producción.

Fuente: Sagarpa (2015).

## Agricultura en los Altos

La construcción histórica de la región nos muestra cierta homogeneidad entre la población de esta región, lo que no quiere decir, como ya se señaló, que no haya diferencias en cuanto al acceso a los recursos. La región tiene cierta uniformidad en cuanto a su geografía: lo atraviesa lo que hoy se conoce como el área de reserva Chichinautzin.

Hay unas serranías menores que divergen en dirección sur desde la parte central de la Sierra del Ajusco: estas serranías dividen los Altos de Morelos en subregiones diferentes. Así, por ejemplo, la Sierra de Tepoztlán separa el pueblo de Tepoztlán de Tlayacapan y de Tlalnepantla y a su vez, la Sierra de Tlalnepantla separa a Atlatlahucan y Totolapan de Yecapixtla... Los Altos de Morelos son de tierra templada a fría, con alturas de 1 500 a 2 500 metros, en contraste con el clima subtropical a tropical que encontramos en el Valle. Las lluvias son intensas y caen desde mayo a septiembre, según la altura del lugar [...] todos los municipios de los Altos tienen mucho en común: las profundas barrancas que disecan el terreno y que acarrear grandes torrentes de agua hacia el Valle en época de lluvias (Lomnitz, 1979: 445).

Agua que la población de los Altos no puede aprovechar. Se trata sin duda, considera el autor citado (Lomnitz, 1979: 446), de “economías campesinas tradicionales” que, en general, tienen una cosecha al año en las milpas (maíz, frijol y calabaza) con parcelas reducidas y trabajo familiar intensivo.

Gran parte del área está cubierta por bosques de coníferas o por pedregales de roca volcánica; la tierra arable escasea. Desde épocas inmemoriales ha sido esencial para los campesinos buscar trabajo en épocas de secas; y todas las fuentes de trabajo están en el Valle (Lomnitz, 1979: 446).

Estas largas citas dan cuenta de una economía campesina tradicional que se ha diversificado, que ha emprendido el cultivo de productos

comerciales como el jitomate, el tomate o el pepino, el nopal y el aguacate que empezaron a ocupar los espacios del maíz, pero también de los árboles frutales y de los bosques.

Sin duda, la dinámica de estos cultivos y su combinación han marcado la actividad campesina en la región. Se han combinado la producción de autoconsumo con la comercial, ganando terreno, esta última con una fuerte orientación al monocultivo del nopal, pero es importante indagar su peso en la economía familiar o si algunos municipios muestran una mayor diversidad.

En los años del “milagro mexicano”, en que se apostaba por la autosuficiencia alimentaria, la producción de maíz fue importante, incluso aumentó en una década (cuadro 8).

Cuadro 8  
Producción de maíz en tres municipios de los Altos, 1950 y 1960

Municipio	Área (hectáreas)	Producción (toneladas)	Valor (miles de pesos)
<b>Tlalnepantla 1950</b>	695	510	174
<b>1960</b>	893	634	475
<b>Tlayacapan 1950</b>	759	714	246
<b>1960</b>	884	751	558
<b>Totolapan 1950</b>	808	779	265
<b>1960</b>	1 577	1 204	921

Fuente: elaboración propia a partir de los Censos Agrícola, Ganadero y Ejidal, 1950, 1960.

Como lo indica el cuadro 9, ya a inicios de los años sesenta se empezó a detectar la producción de jitomate en dos de los tres municipios:



Cuadro 9  
Producción de jitomate 1960 en Tlayacapan y Totolapan

Municipio	Área (hectáreas)	Producción (toneladas)	Valor (miles de pesos)
Tlayacapan	75	346	327
Totolapan	36	472	457

Fuente: elaboración propia con base en datos del IV Censo Agrícola, Ganadero y Ejidal, 1960.

Observación: en 1950 no detectan al jitomate como producto importante.

Nota: no se incluye a Tlalnepantla, pues no es significativa su participación en este cultivo.

La superficie utilizada para la agricultura ha tenido vaivenes de acuerdo con las condiciones, sobre todo comerciales, que se han presentado, así como las posibilidades de apoyo a los granos básicos cuyo precio se fue a la baja ante la desprotección estatal y al jitomate, que requirió de mucha inversión ante un mercado variable e inseguro. Estos municipios encontraron en la producción de nopal un bien que se adaptaba a las condiciones naturales y que se podía comercializar más fácilmente.

El nopal se ha introducido porque es más seguro, aunque tiene algunos problemas, pero se combina con otros. Úrsula Oswald *et al.* consideran que:

Ante la mayor variabilidad en las precipitaciones y la dependencia de la lluvia para el cultivo, el nopal se está convirtiendo en el cultivo principal, debido a que el jitomate y el tomate en los últimos años han generado quiebras entre los productores, relacionadas también con plagas, falta de agua [...] también el nopal muestra variabilidad en el precio y la falta de una bodega en la Central de Abasto con acceso directo a la venta al mayoreo, y se ha reducido el precio que se queda en manos de intermediarios (Oswald *et al.*, 2014: 103).

Además, no hay procesos de transformación para dotarles de valor agregado.

Cuadro 10  
Producción en los Altos: superficie sembrada,  
principales cultivos (2005-2015)

Municipios	2005 Superficie sembrada (hectáreas)	2010 Superficie sembrada (hectáreas)	Cultivos 2010 (hectáreas)	2015 * Superficie sem- brada
Tlalnepantla	4 570	4 774	Nopal: 3 349 Avena: 623 Frijol: 26 Trigo: 218 Maíz: 403 Tomate verde: 30	Nopal: 2 785 Maíz: grano blanco: 224 Aguacate hass: 243 Durazno criollo: 244
Tlayacapan	3 989	2 520 (Temporal: 1 954 Riego: 566)	Maíz: 624 Frijol: 45 Jitomate: 336 Tomate: 402 Resto de cultivos (incluye nopal): 1 114	Maíz grano blanco: 145 Maíz grano pozolero: 252 Aguacate hass: 72 Nopales: 490
Totolapan	5 062	3 655	Avena: 273 Frijol: 50 Maíz grano: 1 338 Tomate rojo: 465 Tomate verde: 536 Nopal: 836	Aguacate hass: 105 Durazno criollo: 15 Nopales: 540

\* Fuente: Delegación de la Sagarpa en el estado de Morelos, Distrito de desarrollo Zacatepec, Galeana, Centro de apoyo en Yauatepec, 7 de febrero de 2017.

Los árboles frutales completan el panorama de la producción en los Altos: a veces son secundarios en el traspatio para el consumo de la familia, aunque algunas otras veces se vende la fruta; se trata de duraznos, ciruelas, café, limones y guayabas con ganancias escasas.

Pero en los pueblos más altos de Tlalnepantla; San Nicolás y Felipe Neri hay huertos más grandes (entre 0.2 y 1 hectárea, hasta 2 o 3 hec-

táreas) cuya producción de aguacate y durazno se destina al mercado. “Requieren fuertes inversiones de mano de obra familiar y trabajadores asalariados para la cosecha”. Guillermo de la Peña señalaba que los frutales eran la única alternativa para conseguir dinero para la mayoría de la gente del municipio de Tlalnepantla (de la Peña, 1980: 229). Esta referencia se escribió antes de la introducción del cultivo del nopal.

Este mismo autor deduce de su estudio que:

los cultivos de bajo riesgo, producidos a bajo costo, tales como el maíz (en menor grado el frijol, el cacahuete y el chile) que además tienen una utilidad doméstica, persisten a pesar de su precio comparablemente bajo [...] por otra parte, cultivos como el jitomate presentan muchas desventajas-son costosos y arriesgados-pero son convenientes para la gente que desea maximizar sus ingresos [...] no obstante, es improbable que los cultivos riesgosos lleguen a cubrir un área más amplia (de la Peña, 1980: 229).

Hoy por hoy, los campesinos de la región le han apostado a la comercialización de sus productos. Guardan para su consumo en algunos casos, el maíz el frijol que ya se produce poco, salvo, como en el caso del maíz, para su venta como elote o el llamado maíz pozolero. Esta apuesta por la comercialización se realiza a partir de años de experiencia, del establecimiento de contactos y redes para conocer precios, momentos adecuados para la distribución del producto, conocimiento de intermediarios, bodegueros, etcétera.

En la organización para el trabajo productivo, el hombre lleva la cabeza y el resto de la familia auxilia de distintas maneras el trabajo. Cuando se requiere de más fuerza de trabajo, todos colaboran, hasta los hijos que ya estudian, y se acude también al apoyo de jornaleros. La población de esta región vive de y para la agricultura; ha acumulado mucha experiencia en los distintos cultivos que practican. Si bien su intenso contacto con lo urbano les impone otras necesidades, como contar con estudios formales, tener más capacitación para otros empleos y un mejor acceso a la información, su vida rural continúa con cambios significativos que tendríamos que expresar en la siguiente

parte de este trabajo, donde recuperamos desde los tres municipios, “lo agrícola campesino” desde sus habitantes experimentados en el tema y agricultores que realizan su práctica de manera cotidiana.

El contacto con zonas urbanas y turísticas ha permitido que las mujeres se integren a un mercado de trabajo que les ofrece oportunidad en actividades comerciales y de servicios. Su actividad económica ya es relevante y hay ya un porcentaje importante de hogares encabezados por mujeres, que oscilan de 14% en Tlalnepantla a 18% en Tlayacapan. Hay también una buena participación en la educación, al tener la población un porcentaje mayor a 90% en alfabetismo y hasta ocho años de estudios. Hablamos, así, de una población ya muy diversa, pero que conserva todavía en su pueblo, en su comunidad, su identidad primordial. Allí están los padres, hermanos, primos, parientes lejanos y no tan lejanos, los compadres y las comadres; se deben al mismo santo patrón y festejan las mismas fiestas. Son territorios ancestrales cargados de historia; sobre todo, es importante el sello que dejaron la Revolución mexicana y la reforma agraria, que convirtió a muchos en campesinos cuando sus abuelos habían sido peones de las haciendas azucareras.



## **En el andar, platicar y compartir por los Altos**

En esta parte del trabajo se ofrece una visión sintética de la problemática de cada municipio, rescatada de entrevistas con informantes clave, conocedores y actores sociales. Partimos de reconocer el marco regional que ya se ha expuesto y de las transformaciones sociales, económicas y culturales que han ocurrido. La intención de esta mirada microscópica es conocer de manera más cercana la manera en que los actores sociales han vivido estos procesos.

### **Productores de Tlayacapan**

Tlayacapan tiene una proporción de su tierra de temporal y otra de riego. Esta última marca las posibilidades de la agricultura, otro ritmo en el cultivo y la posibilidad de generar empleo como productor de tiempo completo. En la producción de temporal hay otro ritmo de siembra y, en la época de sequía, los productores se emplean fuera de su parcela.

El ejido está en la zona de riego. El 30 de septiembre de 1929 se dio la posesión definitiva del ejido con una extensión de 2 003 has., con tierras de las haciendas de Ocalco (263 has.) y San Carlos y Pantitlán (293 has.), sumadas a 1 372 has. de bienes comunales.

La superficie del ejido se conservó hasta antes de la reforma agraria de 1992, cuando empezaron a venderse las parcelas. Hasta ahora han vendido su tierra entre 22 y 25 ejidatarios y cada uno tenía entre 5 y 10 tareas (10 tareas = una hectárea). Quedan alrededor de 265 ejidatarios. Las parcelas son pequeñas y miden entre cinco y siete tareas, y los que tienen una hectárea no suman más de doce. Muchas parcelas

se venden porque los padres son mayores y los hijos, si ya se dedican a otras actividades, no tienen interés en preservarlas para la agricultura.

Las parcelas no se pueden dividir como antes entre los hijos. Pueden adjudicarlas para sembrar, pero no tienen los certificados correspondientes; éstos solo se dan a uno de los hijos, los demás son posesionarios que no tienen derechos como ejidatarios. Los ejidatarios originales ya tienen más de 70 años y hasta 85 años. El comisariado ejidal de Tlayacapan nos ofreció su testimonio: “Yo heredé de mi abuelo; entonces solo sembraba maíz de temporal y de riego y yo trabajaba de jornal, ganábamos 12 pesos [...] él era de los grandes, de los viejitos que se iba a las cinco de la mañana a trabajar a la caña” (entrevista, comisariado ejidal de Tlayacapan). Otros ejidatarios han tenido que comprar la parcela de su padre o de su abuelo.

En 1993 entró el Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares Urbanos (Procede) y en 1994, comentó el comisariado, le entregaron su título parcelario. “Yo tenía 35 años, pero la mayoría tenían 20 años más que yo [...] los señores ya más grandes rentan su ejido con caña para ayudarse”. También se rentan las parcelas para la siembra de calabaza y otras hortalizas y se hacen contratos por varios años.

Ahora se sigue sembrando caña que ocupa la mayor parte del ejido combinándose con hortalizas, calabaza y pepino según la temporada.

Los cultivos se van turnando, desde septiembre ya se siembra en el riego todavía con las agüitas de temporal se siembra calabaza, pepino. Entra octubre y ya empezamos a meter agua con el goteo y se cosecha buen pepino, se termina en diciembre y se siembra de nuevo calabaza (entrevista, comisariado ejidal de Tlayacapan).

El ejido puede dar dos cosechas y hasta tres; esos dos cultivos se intercalan con la caña.

Cuando se acaba un ciclo de dos meses, sembramos otra cosa, tomate de cáscara. “Donde siembra uno pepino, siembra calabaza y donde siembra calabaza, echo pepino” (entrevista, comisariado ejidal de Tla-

yacapan). Ahora también siembran maíz elotero, pero es para vender no para el consumo, el maíz para el consumo se tiene que comprar.

Con el fin de proteger los cultivos se están poniendo invernaderos, que son muy costosos y que tienen que ser financiados por el gobierno, los FIRA (Fideicomisos Instituidos en Relación con la Agricultura) y otras casas financieras.

En esta zona ha habido cambios importantes. Los campesinos de la región pasaron de ser peones de las haciendas y se convirtieron en campesinos dotados con tierras de riego y, podríamos decir, en pequeños empresarios. Si bien las parcelas son pequeñas, la intensificación agrícola con maquinaria, riego, viveros e insumos les permiten varias cosechas al año y emplear peones para los diversos trabajos.

La tierra se ha ido perdiendo, pero también el agua, pues el líquido de pozos que correspondían al ejido se ha derivado a centros vacacionales, como Oaxtepec, los Amates y el Edén, todos cerca de la autopista de Oaxtepec. De todas formas, el ejido cuenta con siete pozos y el agua se distribuye por tandeos. En el ejido no se realizan ya tareas colectivas, sino para asegurar que todo funcione bien, se administra la distribución del agua, los caminos, la luz.

La actividad agrícola sigue siendo rentable. “Si no fuera rentable, no le apostáramos; es que tiene uno que estar constante, diario, diario” (entrevista, comisariado ejidal de Tlayacapan).

Ahora se está discutiendo la cuestión de los agroquímicos. Las plagas están muy duras. “Hemos tenido que fumigar con los otros, éstos, los biológicos, los orgánicos en el jitomate y pepino, pero no dejamos de usar agroquímicos”. Los productos se venden en Cuautla “y a las dos de la tarde ya todo está vendido, caro o barato” (entrevista, comisariado ejidal de Tlayacapan).

El ejido puede sostenerse, pero habría que preguntarse si, en vez de ser ya una instancia social y colectiva que surgió con la Revolución y con la reforma agraria, los vientos neoliberales lo han convertido en un espacio de pequeñas empresas donde se combina todavía la caña que se vende en los ingenios cercanos, con la producción intensiva de hortalizas. Hoy se ven en el campo, la carretera, los invernaderos y un fraccionamiento con casas que no están ocupadas. “Esto ha sucedido



hace cuatro años y no vendieron la tierra, la regalaron a 150 pesos el metro, por eso mi papá dice que hace falta otro Zapata” (entrevista con productor y ejidatario de Tlayacapan).

Tuvimos la oportunidad de conocer y platicar con productores del pueblo de San Agustín de Tlayacapan, gracias a su participación en la Unión de Pueblos de Morelos. En algunas pláticas con uno de los grupos de mujeres de esta organización, nos expusieron sus actividades más importantes que aquí resumimos.

Aquí la tierra es de temporal, la mayoría produce nopal. Antes se sembraba jitomate, tomate y pepino, pero lo dejaron porque el temporal no es seguro y se puede echar a perder. Por ejemplo, si graniza, el nopal se recupera, pero las otras plantas ya no. El maíz lo dejaron, porque tiene gastos como la yunta y los químicos, además, se vende a precios muy bajos.

Aquí, en San Agustín, toda la familia se dedica al trabajo agrícola, pero se ayudan con gente de Guerrero, que ya se ha asentado en una colonia a las afueras del pueblo, la colonia Tres de Mayo. Hay gente que ha llegado y que ha salido. Hay hombres y mujeres que se han ido a Estados Unidos.

Este pueblo es un ejemplo de una unión muy fuerte con la ciudad por el trabajo, los estudios, el comercio, pero sus habitantes siguen dedicándose básicamente a la agricultura y esa es su principal ocupación.

Como ya se mencionó, la mayoría de los agricultores siembran nopal, que se introdujo hace como diez años y esta planta les ha permitido tener un ingreso más o menos permanente (cada ocho días pueden cortarlo), pero aun cuando llegan las lluvias del temporal, siembran todavía tomates y jitomates que se venden en Cuautla, “aunque sean baratos”. Estos cultivos se han ido abandonando porque requieren de mucha inversión y el precio no reditúa los gastos: pueden plagarse y tienen que emplear productos químicos que les resultan muy costosos. “Mucha gente quiere meter abono orgánico, pero, orgánico orgánico no se puede” (entrevista, productor de San Agustín).

Otros productores opinan distinto y consideran que, debido a que “la medicina de los cultivos está cara” y sale contaminada, experimentarán con abonos orgánicos. “No sabemos hacerlo, pero lo vamos a

aprender sobre todo para las hortalizas” (entrevista, productor de San Agustín).

Además del nopal y estas hortalizas, también en el pueblo siembran maíz para el consumo de la casa y para “los animalitos”; es maíz criollo. Según el testimonio de un productor, en seis hectáreas combina varios cultivos, esperando el temporal. El nopal en esta época está muy barato (20 o 25 pesos la caja) y a los productores de estas zonas les convendrá más su precio cuando llueve y hace frío en las zonas más altas de los otros municipios.

A pesar de la diversidad de cultivos que se comercializan, estos campesinos siempre tienen espacios para la producción de maíz, a pesar de los gastos que implican su producción. El maíz que se cosecha les alcanza para vender y para el consumo de la casa: “Ahora pienso sacar como unas diez cargas de este pedazo, quedan tres para el consumo y las demás, se venderán” (entrevista, productor de San Agustín).

En el tiempo de secas, muchos productores locales se alquilan para trabajar en otro lado:

Trabajamos en otro lado con productores que tienen más superficie de nopal, les pagan de 170 peso a 200 pesos diarios de lunes a sábado, entre siete y ocho horas de trabajo, fumigando, con el azadón. El patrón tiene cuatro hectáreas y emplea cuatro peones. [...] Con dos o tres peones nos hacemos 50 cajas de plástico a 200 pesos. Se ocupa sólo gente del pueblo, porque los trabajadores que vienen de Guerrero todavía no conocen esto del nopal, ellos trabajan abajo con pepino, tomate y calabaza (entrevista, productor de San Agustín).

Ha salido gente del pueblo a trabajar a Estados Unidos; de hecho, casi todas las familias tienen algún pariente por allá. Se van de todas las edades, jóvenes grandes, algunos se casan y se quedan, “ya son como gringos”, nos dicen.

Aquí la gente mira a la agricultura como una buena opción económica, tanto que se ha extendido la práctica de la renta estableciéndose contratos por diez años a mil pesos por una tarea (mil metros).

“Yo creo que la gente va a seguir sembrando nopal, porque mucha gente lo compra: vienen a estos pueblos a San Agustín, a San José a hacer pedidos” (entrevista, productor de San Agustín), pero aquí están cambiando ya el nopal por el aguacate siguiendo la lógica del mercado, aunque dicho cambio ya se está estableciendo tanto en esta zona nopatera como en las de mayor altura.

Hay que meterle [el aguacate] cada cuarto de surco y al rato, si me da más producto el aguacate, tiramos el nopal y dejamos solo el aguacate, mientras, hay que darle tiempo al aguacate que crezca, vemos que es mejor el aguacate. El nopal ya no es negocio, pero da trabajo a toda la gente; puede mantener dos peones al año permanentemente para controlarlo, ahorita en abril ya se plantó, ya se abonó, hay que ponerle una fumigada para la plaga, cuando llueva hay que vigilarlo por la hierba (entrevista, productor de San Agustín).

Aquí se consideran campesinos “como no, cien por ciento”, aunque ya se están vendiendo las tierras para construir casas.

Las tierras las tenemos todas en regla para los muchachos porque luego muere el papá y ellos ya no quieren trabajar y venden la tierra: mis hijos quieren estudiar y ya hacen exámenes en México, en Chapingo y mis sobrinos en la Marina o el Colegio Militar (entrevista, productor de San Agustín).

### **Productores de Tlalnepantla**

El representante del Sistema Producto Nopal en la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa), originario de Tlalnepantla, nos informa que el nopal se introdujo hace como 40 años; antes, los productores se dedicaban a sembrar tomate, jitomate, maíz, frijol, aguacate (a baja escala) y durazno. Otros productores señalan que en estos pueblos se dedicaban a vender carbón y a sembrar maíz.

El pueblo de Santa Ana de Milpa Alta regaló unas pencas de nopal a algunos productores de Tlalnepantla y poco a poco esta plantación se fue extendiendo: ahora hay alrededor de 3 560 hectáreas en toda la zona. En esta zona no “caen” las heladas, por lo que, nos mencionan, “ya se vio como negocio”.

En el padrón de productores se encuentran registrados 1 179 productores del municipio; el Sistema Producto tiene registrados solamente 39 productores de Totolapan y 42 de Nepopualco. Los productores de Tlayacapan “no se han acercado para registrarles y también en sus pueblos como San José, San Andrés y San Agustín se produce nopal” (representante del Sistema Producto Nopal en la Sagarpa).

Otro productor, con una larga trayectoria social en este municipio, nos informa que el paisaje en Tlalnepantla hace más de quince años era sólo de milpa con maíz y frijol.

Entonces, fueron tres personas las que empezaron y trajeron el nopal a Tlalnepantla, pero el camino fue largo y difícil porque al principio no nos dejaban vender en México hasta que conseguimos los lugares, mientras que el grupo de nopalers crecía y en 1986 ya éramos como 118 (entrevista, productor de Tlalnepantla).

Otros productores anotan que llegaron a unirse como 700 productores de nopal, algunos con dos hectáreas, otros con media hectárea, otros con una superficie mayor, de tres o cuatro hectáreas.

Este productor tiene la referencia de la historia larga y difícil que vivieron los nuevos nopalers en Tlalnepantla, sobre todo porque en la alcaldía Milpa Alta de la Ciudad de México ya se tenía ganado terreno en cuanto a la producción y la comercialización, que básicamente se realizaba en la Central de Abastos. Sin embargo, las diferencias climáticas favorecieron la posibilidad de que los productores de Morelos se decidieran a sembrar esta verdura. Cuando en Milpa Alta hace mucho frío y hasta hiela, los morelenses pueden acceder más fácilmente al mercado.

Los productores de Tlalnepantla crearon organizaciones que después se dividieron, pero que en una época tuvieron mucha influencia

y muchos logros, como el acceso a la comercialización y hasta la exportación, la apertura de caminos hasta las zonas de producción y la transformación del producto. Éstos han sido los ejes principales de su lucha y cada uno ha tenido sus dificultades y sus alcances, pero todos les han dejado ya una gran experiencia a partir de la cual se pueden generar nuevas alternativas.

En un recorrido por la zona nopalera se nos comentó que: “Todo lo que se ve sembrado de nopal se sembraba de milpa; ahorita es incosteable el maíz, si usted siembra, ya no recupera el dinero y con el nopal me sostengo todo el año” (entrevista, productor de Tlalnepantla).

En los patios la gente tenía más variedad de fruta, chirimoya y duraznos.

El maíz es ahora un problema, porque se lo roba la gente, ya solo unas cuatro personas lo siembran [...] hay una variedad de maíz que se daba aquí, el de las tapas del monte que le llaman, según la zona, en el monte sembraban ése que le dice mi esposo [...] Del pueblo para abajo se da el maíz pozolero, el maíz que sembrábamos nosotros es muy bueno, nunca se pica. Ya lo compramos, lo traen el lunes que es día de plaza, el jueves para la tortilla, el ancho y el pozolero (entrevista, familia de productores, Tlalnepantla).

Pero, añaden, sí, antes había más variedad de cultivos, pero no había venta, salía la gente a vender lejos. También sembraban frijol,

del coloradito; le ponía una vara, se daban toneles de frijol y estábamos más sanos [...] antes iba al monte como a tres horas en burro, decíamos nosotros, raja del monte, en la tarde, ella [la señora] ya estaba acá, teníamos unas tortillas y frijoles y con eso la gente no conocía el cáncer.

Asimismo, nos señalan que:

una familia se mantiene con dos hectáreas de nopal, dependiendo de cómo la trabaje; el nopal tiene altas y bajas, hay momentos en que se vende hasta en 20 pesos la caja y ya no le queda más que para la gasoli-

na y los peones que aunque a veces son de la misma familia que ayudan [...] También hay tiempos buenos, ahorita se está vendiendo la caja a 100 pesos en diciembre, en invierno porque puede haber heladas en Puebla y en Milpa Alta y vienen a comprarnos (entrevista, productor de Tlalnepantla).

La cifra de productores de nopal se ha ido manteniendo. Consideran que el nopal es más redituable que los cultivos que sembraban antes y sí lo es, nos comentan,

contamos con un clima excelente y en la parte de abajo en los otros municipios en tiempo de secas se chupa el nopal y ya no produce [...] en esas épocas acá en lo alto, sigue dando el nopal bonito, es comercializable y se puede vender en varios mercados. Aquí, todo el año se cosecha. En las secas es mejor acá arriba, con más humedad, pero cuando llueve, es mejor el nopal de abajo; así se van turnando los tiempos (representante del Sistema Producto Nopal en la Sagarpa).

De hecho, en Tlalnepantla también hay diversas condiciones climáticas para el cultivo del nopal:

la parte alta, la parte media y la parte baja. En la parte baja cuando ya se ha ido el temporal [las lluvias], se produce menos y con el calor se dan muy delgadas las pencas, la parte media no es muy regular y en la parte alta ahora [febrero] funciona porque hay humedad (entrevista, productor de Tlalnepantla).

Esta tierra era ya de por sí agrícola. Tenía diversidad de cultivos, como ya se señaló. Ahora están combinando el nopal con el aguacate y cuando éste se desarrolle más será necesario tumbar la plantación de nopal. En Totolapan está sucediendo lo mismo, pero cuando se pierden parcelas acá de nopal, los mismos productores de Tlalnepantla rentan parcelas en Totolapan y continúan con la producción de nopal. Un productor nos informa que se dedica ya más a la producción de aguacate, porque lleva menos trabajo y al nopal hay que invertirle más:

el nopal para que rinda, se le tienen que meter 1 000 bolsas de abono por hectárea, la bolsa vale 18 pesos, aparte hay que fumigar. Hay que barbechar bien el terreno y hay que desinfectarlo con un polvo, el 10-40. Hay que cuidar la penca desde que se siembra, es necesario que vaya sana. Se siembra y se le echa abono natural, no mucho cuando la penca es chiquita, cuando es grande la planta se echa en diez matas un costal y cuando la plantita se acaba de sembrar, aguanta el abono para 40 matas. Ahora voy a tumbar una noplera que tiene como 12 años y ya no rinde lo mismo, son plantas cansadas hay que tirarlas para que le salga un renuevo (entrevista, productor de Tlalnepantla).

En esta época, en febrero, se abona con abono de estiércol de res, de pollo “sí, hay productores que sí le echan abono químico; ya es muy rara la gente que le echa porque es muy caro el químico, se ocupa más el natural [...] no es orgánico o composta, se le echa crudo” (entrevista, productor de Tlalnepantla). El abono de res llega de Hidalgo, de Puebla, aquí no hay ganado; se pone cada año. Los productores consideran que el nopal producido con este tipo de abono es de mejor calidad:

Ya uno tiene experiencia, yo desde hace tiempo cuando empezaron a dar [químico] me oponía. Les daba un ejemplo, una raqueta que da diez nopales con buena calidad con abono orgánico, si le metemos químico nos va a dar de 25 a 30 nopalitos, en una hectárea ya rinde más, entonces, al haber sobreproducción se vende más barato. Y también cuando vendemos se ve la diferencia: nosotros entregamos, nos revisan, dicen, “está más delgado” tiene más defecto, el nopal en sí no aguanta mucho con químico, con natural sí aguanta así como unos 20 días, hasta el mes. Siempre hemos dicho que el gobierno nos había de dar natural. Ahora sí da una parte el gobierno y otra el productor, pero de químico (entrevista, productor de Tlalnepantla).

Hay una coordinación en los tiempos de venta entre las zonas más altas de Tlalnepantla y las más bajas de Totolapan y Tlayacapan productoras de nopal relacionada con el clima. Los productores de estos

dos últimos municipios venden en la época de lluvia y Tlalnepantla en esa época ya no vende en el mismo volumen.

La producción de nopal se vende en la Central de Abastos en Iztapalapa; no fue fácil la introducción de la producción nopalera de Morelos:

Cuando iniciaron nuestros papás como productores, obtuvieron, luchando, unos lugares, vamos y tenemos esos espacios para vender la cantidad que llevamos. Se distribuye en diferentes partes; hay compañeros que se organizan fuera del pueblo en el crucero y lo mandan a Monterrey, Guadalajara, Toluca o Puebla (representante del Sistema Producto Nopal en la Sagarpa).

También se vende en otros centros de acopio: en total, hay cinco centros de acopio. Se ha intentado la exportación, pero les ponen muchos requisitos.

Ahora el nopal llega hasta Tijuana: “Exportar es difícil, nosotros, cuando exportábamos teníamos todo en orden, teníamos que certificar cada seis meses, si en el estudio salían residuos tóxicos no iba, se quedaba, es una educación que se tiene que dar” (productor de Tlalnepantla)

No todos venden en la Central de Abasto, muchos lo venden localmente: “Nos conviene aquí porque estamos a la vuelta de la esquina, ya no nos desvelamos, ya no arriesgamos los carros, ya no nos asaltan, aquí lo producimos y aquí lo vendemos” (productor de Tlalnepantla).

¿Se puede vivir sólo del nopal? Un productor considera que:

Hay tiempos buenos y tiempos malos. Ahorita [febrero], la caja de 30 kilos se vende en 20 o 25 pesos [...] El nopal nos da cierta estabilidad, no hay necesidad de salir a buscar trabajo en otras partes. Aquí la gente no se queda sin tierra, ya que no se vende, aquí todo es comunal (representante del Sistema Producto Nopal en la Sagarpa, Tlalnepantla).

Como ya se señaló, se están cambiando las plantaciones de nopal por las huertas de aguacate; parece que en términos comerciales esto



conviene. Un productor nos comentó que empezó sembrando unos arbolitos de aguacate y ahora ya se hicieron muchos:

Hay veces que el aguacate está caro, usted entrega en un solo volumen y le da buen resultado, el nopal no, tiene más trabajo, quizás le saque menos en una hectárea. Aquí vienen los compradores por el aguacate, aquí lo vendemos, lo compran por toneladas no es así como el nopal por caja. El aguacate michoacano se va para Estados Unidos, pero Michoacán tiene plagas y acá, haga de cuenta que es un lugar virgen. Allá hay una sobreexplotación, al rato van a venir a comprar aquí, ya vienen los de Michoacán (entrevista, productor de Tlalnepantla).

Un productor nos informó que: “El cambio al aguacate sí les ha favorecido porque este año aquí lo estuvieron pagando a 16 y 18 pesos el kilo.” El aguacate se corta dos veces al año y ya en Tlalnepantla hay muchos aguacateros. Nos señala que tiene menos trabajo: “la labor se hace con mucha calma, despacio; en el nopal se requiere acción y dinero a cada rato y el aguacate, ahorita voy, limpio tres o cuatro plantas”. Su esposa menciona cómo fue cambiando la diversidad de cultivos por el nopal y el aguacate con fines comerciales:

Ya todos los terrenos están llenos de aguacate, hay muchas personas que tiraron todas sus plantas; había chirimoya, cafetales anteriormente, había huertas de durazno, pera y el aguacate era el criollito y muchos ya tiraron todas sus plantas para sembrar nopal y ahora aguacate, el aguacate hass porque el criollito se cae y no dura para comercializarlo (entrevista, productores de Tlalnepantla).

Aquí la tierra no se vende, no hay títulos de propiedad privada, el próximo presidente se nombra por usos y costumbres. Aquí no hay gente de fuera como en Tlayacapan y Totolapan, nos informan: “De repente viene alguien a querer comprar, pero no les vendo... cuando el de Bienes Comunales dice no, es no, si no, ya tendríamos casas de los riquillos pues el clima es bueno” (productor de Tlalnepantla).

El bosque es el patrimonio de Tlalnepantla, pero también tiene su historia:

El bosque ha tenido tres talas, cuando en la época de Porfirio Díaz hicieron una vía, sacaban los trozos de madera, después existió otra que hicieron para un aserradero en un lugar que se llama Tenecuilco, era de un empresario que se llamaba Pancho Reyes, hacía pura tabla que llevaba a la ciudad de México, la última tala fue de Loreto y Peña Pobre en 1964, fue la última (entrevista, productor de Tlalnepantla).

El bosque no se usa, ahora es la zona de reserva del Chichinautzin, pero no se permite que los campesinos hagan un uso cotidiano de esos recursos:

“Han llegado a parar en la cárcel. Ahora este bosque ya está viejo, los empresarios se llevaron lo mejor y lo que no les servía, los ramonitos ahí están, ya no dan semillas. Se tendría que mandar técnicos, hay que darle mantenimiento (entrevista, productor de Tlalnepantla).

Se trata de pueblos muy tradicionales que conservan la propiedad comunal y las formas de organización religiosa. Esto no quiere decir que todo en la comunidad sea armonía, pues hace algunos años se registraron conflictos; sin embargo, persiste una fuerte organización tradicional para la realización de las fiestas.

Tlalnepantla es un pueblo “muy fiestero”, opinan:

La fiesta empieza el primero de mayo de San Felipe pero antes es la feria y es muy grande, termina y luego el 29 de junio es San Pedro, de ahí se pasa a Santiago el 25 de julio, de ahí a San Bartolo en agosto y de ahí se pasa a San Nicolás, el 10 de septiembre, luego sigue el 15 en la iglesia, después la fiesta de los muertos y falta el 12 de diciembre que empieza el 8, luego el 14 en un barrio (entrevista, productor de Tlalnepantla).

En la fiesta participan todos, hay banda, comida para toda la gente.

Hasta se enojan porque no les toca la fiesta, se juntan el mayordomo de la iglesia y van por lista, se gasta mucho dinero, el mero mayordomo se gasta entre 200 y 300 mil pesos, aparte lo que pone la gente que le acompaña. El mayordomo gasta en comida y bebida, la gente toma cerveza y tequila; también hay trabajo comunitario, ahora hay unos que llaman ayudantes del barrio, dos por cada barrio, llevan una lista de quien paga y quien no: “Yo tengo más de 70 años ya no, ya no hago faenas, ya las hice” (entrevista, productor de Tlalnepantla).

Hay apoyos de Sagarpa, del gobierno del estado y del municipio con motocultores, bombas de motor de aspersión y desmadejadoras:

Sí mandan apoyo de la presidencia, les mandan calentadores, motocultores, una bomba [...] al campo le dieron abono, motocultores, pero no es suficiente, el abono no alcanza, es abono químico, lo mejor para el nopal es el natural si tiene dinero y le echan químico para que rinda más, el puro químico no dura mucho (productor de Tlalnepantla).

Por su parte, el representante del Sistema Producto Nopal de la Sagarpa comenta: “Se mete un proyecto que tiene que reunir varios requisitos: el gobierno maneja 50% y el beneficiario, el otro 50% pero en todos los proyectos les ponen muchos requisitos”.

El gobierno promueve unos cultivos, como antes el nopal, pero después no apoya para su comercialización: “si el mismo gobierno buscara mercado estuviéramos felices, tanto él como nosotros, porque nosotros damos empleo, entonces ganamos los dos, hay divisas para el estado” (productor de Tlalnepantla). “Yo ya tengo una parcela de 200 metros de aguacate que fue creciendo sobre una parcela de nopal y ya está produciendo, el aguacate ahora es mejor porque hay más demanda” (productor de Tlalnepantla).

La posibilidad de elaboración de productos de nopal ha estado presente entre esos productores:

Nosotros queríamos la agroindustria porque queríamos resolver el problema de saturación del mercado, pero el gobierno nos deja tirados,

dice bueno, les voy a dar para que hagan su agroindustria, ya la tenemos pero ahí está, háganle como quieran... si yo fuera el gobierno órale, a trabajar, yo les voy a dar tanto dinero, voy a ir cooperando poco a poco para que los dos ganemos, porque tampoco el gobierno nos puede regalar todo, pero si invierte, mete técnicos les va pagando, se requiere asesoría técnica, en la agroindustria ese producto tiene que tener mercado (productor de Tlanepantla).

Hay que aprovecharlo todo:

El producto ese que se tira puede convertirse en alimento para animales de engorda, pero tiene que haber una procesadora para que lo procese; el nopal se tiene que combinar con otros productos para que tenga más energía, más grasa, entonces ahí está otra salida, pero no, el gobierno dice Tlayacapan tiene su agroindustria y ustedes también, ¿qué cosa quieren? (productor de Tlanepantla).

Ya no se requiere de asesoría para producir nopal, sino para darle valor agregado.

Sin duda, la participación en organizaciones sociales ha sido importante en la calificación que, aunada a su experiencia, tienen ya los nopalersos de Tlanepantla. Así nos lo manifestó un productor con larga experiencia en la producción de nopal:

He visto muchas cosas y hemos estudiado también, cuando estábamos en nuestra organización “Nopalvida” nos dieron varios cursos y vi qué se podía hacer con todo ese desperdicio; se puede hacer abono y es buenísimo, igual aquellos que venden se le echa nopal, se le echa avena, se le echa cebada, se le mezcla y es bueno para las vacas, si usted se lo da de comer, dan bastante leche [...] Ahora todos los productores andan sueltos y también los técnicos [...] para otros proyectos hay que dar muchas vueltas, uno se cansa. Acá debe haber una caseta de información para saber de a como corren los precios en la Central de Abastos, entonces, a ver, tu comprador a cómo vas a pagar. Nopalvida hizo muchísimo, aunque el pueblo no lo reconozca, de hecho, esas carreteras se

hicieron porque nos acercamos mucho al gobierno, fue por ahí de los noventa (productor de Tlalnepantla).

Más arriba, subiendo por el bosque, continúan las plantaciones de nopal ya combinadas con aguacate y con restos de lo que antes fueron huertas de durazno y perones. Ya el bosque no se toca, el “aguacate hasta aquí, más arriba ya no. Se puede llegar a estas alejadas parcelas de nopal, porque hay caminos que los mismos productores mantienen” (productor de Tlalnepantla).

“Aquí nos seguimos sintiendo campesinos”, nos señala el mismo productor. Sin duda, el nopal trajo estabilidad económica al municipio y muchos hombres no tienen que moverse de su pueblo porque tienen trabajo localmente. El trabajo se realiza con el apoyo de los hijos varones y algunos peones:

Apoya mucha gente de Guerrero, vienen a trabajar aquí y rentan cuartitos en periodos de cinco años. Aquí el nopal no tiene temporadas, todo el tiempo se ocupan, serán de seis a ocho trabajadores diarios en unas tres o cinco hectáreas, se les pagan 220 pesos diarios (representante del Sistema Producto Nopal en la Sagarpa, Tlalnepantla).

Los peones se van quedando:

Unos cuantos ya tienen sus terrenos, se casan con una muchacha de acá y el suegro les da tierritas, pero la mayoría va y viene. Hay como 800 peones viviendo, rentando en todo el pueblo, ya aquí se quedan y muchos ya hasta se casan y andan buscando donde vivir [...] tienen tierra para producir o ayudan a la gente y se dedican al jornal diario.

Algunos productores tienen jornaleros de planta, o los emplean dos días a la semana.

En Tlalnepantla casi todos los hombres de las familias se dedican a la producción de nopal y al cambio que está surgiendo con las plantaciones de aguacate, algunos, ya pocos producen miel, que ha decaído.

Otro productor considera que este pueblo es de campesinos:

Yo tengo nietos que estudiaron, yo no estudié, pero platico con gente que dejaron de ser maestros para venirse al campo porque aquí el que tiene forma y le echa ganas al campo, vive bien, hay personas que cortan diario, más de lo que ahorita gana un maestro. Si en el campo hay épocas buenas y malas, pero si ahorita voy al campo me traigo diez aguacates en el morral y traigo mis nopales, eso no lo está comprando, lo que hay en el campo hay para todos para comer y para vender (productor de Tlalnepantla).

En Tlalnepantla existe el apoyo de la familia para la producción en el campo. Poca gente trabaja fuera.

Las personas que están estudiando ayudan a sus padres en el campo y, si llegan a terminar su profesión, agarran trabajo y el que no, se dedica al campo porque está difícil eso del trabajo [...] Muchas mujeres se acomodan a trabajar en el servicio doméstico. Las mujeres no trabajan en el campo, trabajan más fuera que los hombres. Aquí casi no estudian, se casan pronto (productor de Tlalnepantla).

Las mujeres no trabajan en la producción, los jóvenes sí se incorporan cuando ya dejan sus estudios, aunque hay ya profesionistas y aun así apoyan en los trabajos del campo. La gente, sobre todo las mujeres, buscan trabajo en Oaxtepec o Tlayacapan, en otras ocupaciones; atienden puestos de comida, “sirven, muelen, hacen aseo, cualquier cosa” (productor de Tlalnepantla).

### **Productores de Totolapan**

Totolapan es un municipio que mantiene un porcentaje importante de población rural, ya que 95% de sus localidades tiene menos de 2 500 habitantes. Sus ingresos, se señala en el libro coordinado por Úrsula Oswald, “proviene normalmente de una multiplicidad de actividades, pero con el cultivo del nopal se ha reducido el cultivo de subsistencia para lo que la falta de agua ha sido crucial” (Oswald, 2014: 186).

De acuerdo con un cuadro presentado en ese mismo libro (355-357), este municipio ha mantenido una diversidad de cultivos que ha variado con el tiempo: la producción de maíz grano se ha mantenido con altibajos entre 2001 y 2013, pero habría que contemplar información más actual, ya que en nuestro trabajo de campo observamos que dicho cultivo ha perdido importancia en cuanto a la superficie cultivada y a la importancia de ingresos que genera. Lo mismo se puede decir del frijol cuya superficie se redujo de 145.5 has. en 2007, a 62 has. en 2013: el tomate verde y el jitomate, como cultivos comerciales, mantuvieron entre estos años la misma superficie y en las zonas más altas destacan la producción de trigo y avena forrajera, siendo secundarios la papa, el ebo, el haba verde, el aguacate, el durazno, el pepino, la gladiola y la producción de nopal, que aparece hasta 2005, con 73.0 has., cobrando importancia en 2011, ya con 470.0 has. y en 2013, con 530 has.

En este pueblo no se producía nopal; los pobladores nos hacen referencia a que hace alrededor de cinco años se introdujo este cultivo y ahora están sembrando aguacate y durazno. Antes, hace diez años, se cultivaba maíz, tomate, jitomate, calabaza y pepino de temporal, pues toda esta zona carece de riego.

Entre las familias de esta población que se dedican a la producción agrícola encontramos unas que viven casi por completo de esta actividad y otras que la combinan con diversos empleos: una diferencia sustancial es que las segundas no tienen tierra, tienen poca tierra o recurren a la renta.

El productor de una de estas familias señala que renta tierra porque no tiene o bien ayuda a uno de sus parientes que sí la tiene. Él, además, es albañil, herrero, electricista y su esposa hace comida y la vende localmente entre los niños de las escuelas; de sus hijos, sólo uno se dedica al campo.

Otro productor de las familias que viven más de la agricultura nos informó que es ejidatario y que produce en la zona baja y en la zona alta: Allí tiene huertas de aguacate y duraznos que se venden en Yautepec. También producen maíz pozolero; el más grande es para la venta, el más pequeño para el consumo y casi les alcanza para el gasto familiar

de un año. En la producción participa toda la familia, aunque sus hijas están estudiando y una ya tiene licenciatura.

Estos productores tienen mucho conocimiento acerca de la agricultura de la zona y quizá debido a su participación en talleres y cursos de la Universidad Campesina del Sur (Unicam) y, por su propia experiencia, consideran que ya no se deben seguir usando los abonos químicos, aunque los productores los usan porque les da más seguridad en las cosechas. Un productor opina que: “Los cultivos deben ser orgánicos y no se les debe meter tantos fertilizantes químicos por la salud de los consumidores” (entrevista, productor de Totolapan).

El tema de los abonos produce gran discusión ya que, si como vimos, hay productores que están más de acuerdo en cultivar de manera orgánica, otros consideran que es un proceso muy difícil porque el abono natural, de res, o gallina les llega contaminado y produce en las plantas enfermedades difíciles de controlar. “El jitomate lo hemos probado con abono de gallina o de res y si, se ve bien la matita pero el tomatito no crece, ya sabemos y le echamos el químico el ‘17’ y ya da bien” (productor de Nepopualco, Totolapan).

Con el cultivo del jitomate tuvieron momentos difíciles porque el mercado se saturó, bajó el precio. Un productor nos señala que dejó el tomate y el jitomate porque en cuatro años perdió más de 200 mil pesos.

Eso fue hace seis años, sembraba cuatro tareas de jitomate, le echamos un herbicida que mató la planta; el primer año tuvo buen precio, pero no tuvo producción, no recuperé ni la cuarta parte de lo que gasté. Al siguiente año volví a sembrar y el precio bajó a 20 o 30 pesos la caja. El jitomate necesita una inversión muy fuerte pues se gasta para el cortador, la caja, el esqueje, las medicinas (entrevista, productor de Nepopualco, Totolapan).

Si bien los productores reciben asesoría para usar los agroquímicos, ésta no es suficiente y el material que les recomiendan “los ingenieros” es costoso y no lo pueden comprar. Lo que hacen los productores es adquirir el material que puedan y lo van aplicando de acuerdo con su propia experiencia.



Antes vendíamos la producción en la Central de Abastos en Cuautla, ahora es más arriba con los coyotes que llegan de México, Cuernavaca, Toluca o Puebla. Con ellos regateamos; empezamos por un precio alto y ellos lo van bajando, puede ser a 80, 40 o 50 pesos (productor de Nopualco, Totolapan).

El jitomate representó para los productores una buena opción:

Mucha gente se hizo de dinero cuando se sabía que el jitomate era un buen negocio: un señor de aquí se hizo de casas y terrenos; otros compraron más tierra para sembrar más. Después lo fueron dejando de sembrar y lo empezaron a cambiar por otros cultivos (productor de Nopualco, Totolapan).

En Totolapan se producen diversos cultivos: maíz, frijol, avena blanca, tomate, aguacate, ciruela y durazno, pero el nopal se ha expandido y ahora lo están combinando con el aguacate.

Totolapan, a pesar de no contar con riego, tiene una larga historia agrícola, todavía hay un buen número de familias (400) que se dedican a la agricultura: en tierras privadas, ejidales y comunales hay una diversidad de cultivos, predominando ahora el nopal, aunque no se ha eliminado totalmente el cultivo de maíz: producen también tomate y jitomate, calabacita y en el monte, avena evo. Algunos productores que han optado por el nopal, ya no tienen espacio para otros cultivos y sólo pueden diversificar la producción aquellos que tienen mayores superficies o diversas parcelas, propias o rentadas. En la región, los productores con un promedio de 50 años se han vuelto ejidatarios, no porque hayan heredado tierra ejidal sino porque la han tenido que comprar.

En el cultivo del maíz se han detectado como problemas básicos su precio, que no reditúa los gastos que se tienen que hacer como la compra de fertilizantes, los costos del barbecho y el combate a las plagas. El maíz implica muchos gastos para los productores y el precio es muy bajo. Además, hay problemas de pérdidas, de robos y las familias que

ya no lo producen, lo compran en las tortillerías, lo mismo sucede con el frijol y la avena blanca.

En opinión de un productor, Totolapan es más diverso que Tlalnepantla y esta diversidad les funciona porque cuando “les va mal en un cultivo”, se reponen con otro. La venta del nopal se realiza en el centro de acopio que está en la carretera hacia México, “ahora está a 25 pesos la caja”. Cuando caen heladas en las zonas altas, en diciembre, el precio sube en las tierras más bajas y mucha gente se ha animado a sembrar con la consecuencia de que hay sobreproducción.

El nopal tiene un precio inestable, de acuerdo con la temporada: puede valer 210 pesos la caja, puede bajar de 60 pesos, hasta 30 pesos o menos por lo que, al igual que en Tlalnepantla, se está dando el cambio hacia el aguacate hass.

Es interesante reconocer cómo en una misma familia encabezada por un productor se experimentan diversas estrategias productivas en diferentes temporadas y en distintos ciclos, de acuerdo con el temporal y con el mercado, y cómo se organiza para obtener sus ingresos, ya que de una generación a otra estas estrategias han ido cambiando. Así nos lo informó un productor:

Todos somos de aquí, toda la familia se dedica al campo, mi papá sembraba tomate y jitomate. Yo empecé a sembrar desde los 16 años, no tenía dinero y buscaba quién me financiara, pero no con los bancos, porque dicen que cuesta más, pedí con gente que prestaba con intereses [...] Este año sembré jitomate, sembré poco, sembré maíz, sembré pepino y cuando el pepino se iba terminando, le metí tomate y cuando se iba acabando, metí frijol que ahora estoy cosechando. Yo sembré pepino de medio riego como vino a llover, estaba húmeda la tierra, conseguí la planta y cuando ya se retiró el temporal, como no tengo sistema de riego, les hice un cajetito para cada planta con la bomba. Aquí hay una olla estoy cerca de olla que captura el agua de lluvia (productor de Neopualco, Totolapan).

Se puede rearmar la experiencia de un productor que, sin contar de manera permanente con un recurso básico, como es el agua, lo-

gra reconocer los tiempos en que debe sembrar y ocupa un sistema de acumulación de agua en un municipio que carece del líquido. Pero los cambios en el clima no permiten que armen siempre una estrategia exitosa, pues el año pasado, según señalan:

Llovió mucho y se plagó la mitad de lo que sembramos de jitomate, yo sembré dos tareas y media [2 500 metros], invertí como 20 mil pesos por tarea y desde que se abre el surco hay que tirarle abono de res, aparte del químico y el acolchado, la charola con las planas. No coseché lo que debía, pero si lo pude vender a 220 pesos y así ya salió. Cuando llueve mucho, muchas huertas se acaban, yo salí mal, pero a otros les fue peor (productor de Nepopualco, Totolapan).

Los apoyos gubernamentales son escasos; de Procampo recibieron 1 300 pesos por hectárea, también reciben apoyo en fertilizantes que paga por mitad el gobierno, mientras que los productores tienen que pagar la otra mitad, también reciben apoyos de proyectos que de pronto llegan como uno de árboles de navidad que después no pudieron vender, porque nunca tuvieron la **concesión** para poder hacerlo y la gente de Nepopualco invirtió, brindó su trabajo y su tierra en vano. “Dijeron que había un proyecto de arbolitos de navidad, que, si queríamos prestar nuestros terrenos y los trabajamos, los árboles ya crecieron y no los pudimos vender. Éramos como 100” (productor de Nepopualco, Totolapan).

La diversidad de las ocupaciones se puede ejemplificar en el caso de una comunidad más pequeña, como Nicolás Zapata, del mismo municipio que, de 374 habitantes registrados en 2010, “56 son campesinos o crían animales, 13 son albañiles, 14 comerciantes, 19 trabajadores domésticos, 19 fumigadores y otros 24, se ocupan de actividades diversas [...] las actividades más urbanas han llevado a las personas a salir fuera de su comunidad” (Oswald, 2014: 195).

Hay muchas familias que tienen alguno de sus integrantes en Estados Unidos: “Sí, de mi casa, varios de mis hermanos y una hermana se fueron, uno ya se quedó por allá en Chicago, otro regresó e invirtió su dinero en la agricultura” (productor de Nepopualco, Totolapan).

La agricultura se considera todavía una actividad importante en este municipio:

Cultivamos muchas cosas para comer en familia, el frijol, el maíz [pero la opinión es que] el campo es duro, pero yo voy a seguir hasta que Dios me preste la vida porque cuando ya no pueda, que mi hijo tenga idea del cultivo, ésta ha sido mi vida desde chico (productor de Nepopualco, Totolapan).

Se puede señalar que, aunque Totolapan ha sido y es todavía un pueblo dedicado a la agricultura, la cercanía con las ciudades, con organizaciones sociales y la migración han operado en favor de que las familias impulsen en sus hijos la necesidad de estudiar para mejorar su situación, pero es un hecho también que en la agricultura se requiere de brazos que en parte surten los jornaleros guerrerenses pero la familia siempre está requiriendo y empleando a sus jóvenes en estas labores.

El pueblo de Nepopualco tiene, como otros de la zona, ayudantía municipal; antes, nos comentan, nadie quería ser ayudante porque era un cargo que implicaba muchos gastos y tiempo, pero ahora, como se les ofrece un sueldo, los hombres hacen campaña. “Antes, al que lo elegían hasta se escondía, la gente decía que no, no había sueldo, nos tocaban guardias cada mes, había que cuidar el baile, la fiesta, barrer” (productor de Nepopualco, Totolapan).

La gente es muy religiosa y su vida social gira de manera importante en torno a las festividades católicas, aunque hay personas de otras religiones y han tenido que oponerse a brindar cooperaciones, pues ellos no participan de las mismas:

Son evangélicos, antes los querían obligar, pero las religiones conocen sus derechos, lo que rige en la constitución política y dicen, tal artículo dice que somos libres de profesar cualquier religión [...] hemos tenido diferentes opiniones en las reuniones del pueblo porque luego dicen que tienen que cooperar porque están aquí y son del pueblo y que por usos y costumbres así se hace, pero sí cooperan para otras fiestas como

el 16 de septiembre o para remodelar o pintar el pueblo pero en la religión, no (productor de Nepopualco, Totolapan).

### **Las mujeres en la estrategia familiar campesina y en contextos de migración**

El objetivo de este apartado es abordar la problemática de mujeres, que han tenido que insertarse en el mercado de trabajo para complementar los ingresos provenientes de la agricultura campesina, que todavía se practica en esta región y reconocer el papel que desempeñan en la integración del ingreso familiar y en el desarrollo comunitario.

Hasta hace algunos años, cuando la economía campesina familiar era diversificada, las mujeres participaban más en las actividades agrícolas, pecuarias, de traspatio y en la comercialización de la producción, pero con los cambios a un solo producto comercial, sólo participan en ocasiones cuando se requiere de más fuerza de trabajo y cotidianamente, realiza trabajos fuera de la parcela y de la comunidad. Estas ocupaciones se realizan en cabeceras municipales o en ciudades más grandes donde la marca de la urbanización es más que visible. Se trata de trabajos temporales que no garantizan seguridad en el empleo y en los que las retribuciones que perciben las mujeres son menores a las de los hombres. Esa ha sido, sin duda, la situación del empleo femenino rural.

Pero, sin duda, la vida de estas mujeres ha cambiado al desplazarse de manera temporal y cotidiana a sitios cercanos que, aunque pequeños, tienen una población de diversos orígenes que ha favorecido en ellas algunos cambios en la percepción que tienen de su posición en la familia y en sus comunidades, con una organización todavía tradicional.

En este apartado se reconocen los cambios que han tenido en su vida productiva y también los obstáculos que se les han impuesto a las que han querido superar las barreras familiares y comunitarias cuando han pretendido actuar con una mayor autonomía. Si bien estos cambios han sido propiciados por la crisis de la economía campesina y por

el contacto urbano, ha sido importante la intervención de la organización campesina que ha jugado un papel importante en la región.

Como hemos visto a lo largo del trabajo, se trata de una región donde se han articulado actividades primarias con actividades secundarias y terciarias en un mundo campesino que todavía conserva su producción agrícola, su vida familiar, comunitaria y ceremonial, reproduciendo una cultura con cambios y continuidades.

Existen diversos elementos que han ido determinando variaciones importantes en la participación de las mujeres en la economía familiar, en la toma de decisiones familiares y comunitarias, entre los que está de manera preponderante su inclusión en los mercados de trabajo y, en particular, en el sector terciario. A la par, han tenido acceso a los servicios educativos y de salud.

Consideramos que la estrategia familiar campesina, de la que ya hemos hablado, es la forma en que se está reproduciendo la economía familiar, desde lo agrícola, con complementos en algunos casos de remesas, becas del Estado y el salario de los mismos productores en parcelas más grandes que requieren fuerza de trabajo local y del trabajo de las mujeres en el comercio y el servicio en los centros turísticos y en las casas de la ciudad.

Como es visible por los datos censales, pero más por la información recogida en el trabajo de campo, las mujeres participan intensamente en actividades que generan ingreso y bienestar a las familias: en la agricultura su participación es importante, misma que combinan con su trabajo en el comercio de sus productos y en actividades del sector industrial y principalmente de servicios.

Sin duda, la ocupación en el sector primario ha disminuido en el estado desde la década de 1990 y ha crecido la ocupación en los sectores secundario y terciario, debido al avance urbano, industrial y turístico en la entidad. Las mujeres han adquirido un papel destacado en la economía familiar. De acuerdo con datos censales, de los 460 868 hogares en el estado de Morelos, 27.5% cuenta con jefatura femenina, cifra superior a la de la Ciudad de México, que mostró 25% en 2010.

Como pudimos constatar, los municipios de la región de los Altos, a que hemos hecho referencia, ocupan una proporción mayor de sus

habitantes en ocupaciones del sector primario que los del resto del estado de Morelos, dado que han conservado más la posibilidad de continuar con la agricultura, a pesar de los escasos apoyos a dicha actividad y que la tierra va siendo ganada por otro tipo de actividades. Las mujeres han seguido con estas prácticas, aun cuando se han visto en la necesidad de incorporarse al mercado de trabajo urbano.

Así, muchas mujeres de estos municipios encabezan sus hogares o bien tienen una participación importante en el ingreso familiar, lo que ha propiciado cambios en las relaciones familiares y comunitarias. Si bien estos cambios son lentos, las mujeres participan más en la toma de decisiones, que incluyen la posibilidad de que se eduquen sus hijas y tengan más opciones en la elección del tiempo del matrimonio y el número de hijos. Estos cambios son más visibles entre las mujeres jóvenes y entre las mujeres que trabajan más fuera de la casa o la parcela.

Sin embargo, esta intensa participación económica implica la realización de dobles o triples jornadas de trabajo y una mayor fatiga, que no se compensa con el ingreso obtenido o con el apoyo en las labores del hogar por parte del resto de la familia.

Si bien, como ya se ha señalado, la mayoría de sus habitantes se dedica a la agricultura, las mujeres y los jóvenes se involucran también en otras ocupaciones, como el servicio en casas y hoteles en Cuautla, en fraccionamientos como Lomas de Cocoyoc, y en centros vacacionales como Oaxtepec y en Tlayacapan, pueblo mágico. Hay también población que ha emigrado a la Ciudad de México y a Estados Unidos.

En Totolapan se advirtió que las mujeres aportan trabajo e ingresos al gasto familiar. De acuerdo con testimonios, “hay señoras que tienen años que han venido sembrando, hay mujeres que desde que yo las conozco son campesinas y han sembrado: siembran, maíz, tomate y frijol” (productor de Nepopualco, Totolapan). Totolapan es un municipio de mucho movimiento para las personas: muchas mujeres trabajan en Oaxtepec o Tlayacapan, son empleadas domésticas o trabajan en puestos de comida, pero también hay muchachas “a las que les gusta el campo”, nos dicen, y aquí se quedan, trabajan en las parcelas. Las mujeres comentan que ganan más en el campo, porque a las dos de la tarde ya ganaron 150 pesos, mientras que en otros lados, para

ganarse 180 o 200 pesos, tienen que trabajar hasta las seis de la tarde. También los jóvenes encuentran ocupación en la agricultura, aunque ya muchos estudian hasta nivel medio superior y licenciaturas.

Las mujeres ahora generan ingresos, pero, como nos comenta una joven militante de la Unión de Pueblos de Morelos (UPM) de Totolapan, cuando las mujeres casadas viven en la casa del marido, quien los administra es la suegra. “No han querido dar ese salto de independizarse [...] las mujeres que estudian y llegan a tener universidad se van del pueblo, aquí lo máximo que llegan a estudiar es el bachillerato. Aquí hay universidad, pero la gente que estudia viene de otros lados” (entrevista con mujeres de Totolapan).

En Totolapan se han impulsado varios proyectos encabezados por mujeres para reforzar la economía familiar: uno de tienda y otro de cocina gestionado por la UPM, con militantes con más de doce años, que también han tenido apoyos para la construcción de vivienda. La tienda la administra un grupo que se organiza para surtirla, generalmente de lugres cercanos, con el fin de atender las necesidades más urgentes y para la venta. Las administradoras consideran que para ellas y para las integrantes del grupo éste es un apoyo a su economía; además, no pueden ofrecer productos más saludables, sino que tienen que seguir con lo que ofertan las otras tiendas, como refrescos y botanas de marcas reconocidas, ya que cuando han intentado la venta de productos más sanos o producidos localmente, es muy difícil que la gente los adquiera. Lo mismo sucede con la producción local de granos, pues la gente prefiere los productos empacados con marca, aunque sean más caros. También tienen un proyecto de cocina que es importante porque los domingos acude más gente al pueblo, pues es día de plaza y busca qué comer. Estos grupos de mujeres promovidos por la UPM se dedican también a la repostería, a vender pizzas, a la venta de tacos.

Estos grupos se siguen reuniendo, aunque la permanencia de las personas es diversa; a veces tienen varios años, tres años o más, o se ausentan por diversas razones.

En Totolapan se nos informa que las mujeres van a las reuniones municipales, pero no tienen ni voz ni voto. Cada barrio hace sus reuniones y, si el marido no está presente, las mujeres no pueden opinar;



su única función es ir por la información para pasarla a la familia. Según nos informaron:

Hace como dos años empezaron con eso de querer proponer a mujeres como ayudantes municipales y no las aceptaban, las criticaban hasta las mismas mujeres. A la presidenta municipal nadie la quiere, la han atacado [...] es la primera vez que hay una mujer en ese cargo y ha habido hasta enfrentamientos, por esa misma razón y porque estuvo un tiempo viviendo fuera, así marcan a la gente (entrevista con mujeres de Totolapan).

Éste es un municipio con una población con mucha movilidad. Se nos informa que muchas mujeres trabajan en Oaxtepec o en Tlaxacapan en trabajos domésticos o puestos de comida, pero también trabajan en el campo, incluso han salido a trabajar fuera del país.

En la comunidad de la Cañada, municipio de Totolapan, realizamos un taller con un grupo de mujeres pertenecientes a la UPM. Se trata de una comunidad pequeña, de alrededor de 150 familias, y en la ayudantía existe una lista de 170 ciudadanos, personas mayores de 18 años. Nos informan que,

ante la variabilidad en las precipitaciones y la dependencia de la lluvia para el cultivo, el nopal se está convirtiendo en el cultivo principal, debido a que el jitomate y el tomate en los últimos años han generado quiebras entre los productores relacionadas también con plagas y falta de agua [...] todas sus tierras son de temporal [...] Ante esta precariedad, han optado por el cultivo del nopal que es más resistente a la sequía. Este cultivo ha reducido también la migración que ha ocurrido desde hace 15 o 20 años hacia Estados Unidos (Oswald, 2014: 104).

En las entrevistas colectivas que realizamos se nos señaló que siembran nopal y, a veces, jitomate, tomate, pepino, frijol, maíz y calabaza, cultivos que se han ido abandonando porque:

Ya no tenemos el mismo rendimiento; antes iban a cultivar jitomate y tomate, se sembraba más y duraba más, no sabemos a qué se deba, ahora se cultiva en los viveros, antes no había tanta plaga [...] El nopal se sigue sembrando y también participan las mujeres y los más pequeños de la familia; cortan el nopal verdura cada semana (Taller con mujeres de la UPM, La Cañada, Totolapan).

En los testimonios recabados de este grupo de mujeres queda de manifiesto su apego a la producción campesina, pero también los cambios en la percepción de la importancia de sus aportes a la economía familiar.

A partir de un video que se les presentó acerca de experiencias de mujeres campesinas de diversos países latinoamericanos, ellas opinaron que:

Es importante sembrar hortalizas porque lo que yo vi en el video es que, sembrando hortalizas, uno economiza porque se ayuda. Yo, por ejemplo, si siembro unas calabacitas, unos elotitos, un cilantro, ya no las voy a comprar al mercado y con eso uno economiza ese dinero que se iba a gastar, ya se lo ahorra uno.

Cuando yo me casé sí fui al campo durante un tiempo, ahorita ya no, trabajé en el campo y aprendí mucho en los cultivos. Ahora no voy porque ya son grandes mis hijos, pero sí puedo trabajar, no nada más los hombres pueden trabajar en el campo, las mujeres pueden trabajar en el campo y en otras cosas. Las mujeres trabajamos en la casa, ése es un trabajo. Las mujeres también tienen otro tipo de trabajo, también se trabaja en la oficina.

Yo trabajo los fines de semana, soy mesera en las fiestas en Tlayacapan.

Yo de vez en cuando, voy a hacer aseo.

Yo vendo, hago comidas, no voy al campo directamente pero también trabajo.

Ahora tengo la tienda, antes de que me casara fui al campo, iba aprendiendo, yo sí le hubiera entrado, pero, de todas formas, yo veo como sale en el documental, que nosotras seguimos ayudando al hombre; por ejemplo, yo estoy aquí en mi negocito y no por eso voy a dejar de hacer mis actividades de ama de casa, por ejemplo: barrer, trapear, administrar el poquito o mucho dinero que entra volverlo a invertir. Hay que ayudar a los hijos en la escuela, una va siempre a las juntas más que los hombres, trabajo más que los hombres, hay que hacer la comida siempre.

Nosotras podemos salir adelante, no nada más ellos.

Ya no somos tan dependientes del hombre como antes.

En la comunidad se han percibido cambios entre las nuevas generaciones:

Yo veo que las que apenas se casan ya no van al campo como antes, el hombre también ya cambió, ya tienen menos machismo, ya son diferentes. Todavía, de mi tiempo, como que se sufría un poquito, antes el hombre no dejaba trabajar a la mujer como a mí me tocó. Antes el hombre no nos dejaba trabajar fuera, como ahora, ya hay igualdad de condición, antes nos llevaban a todas a trabajar al campo. Yo era niña, como dice la señora, yo cargaba la bomba, el aguantador, yo fumigaba de 12 años, empacaba jitomate, pero ahora como es más moderno, ya no sé.

Íbamos al campo, llevábamos taco, íbamos con nuestros hijos, regresábamos a lavar y a hacer todo, trabajábamos el doble, porque el señor llegaba y él se sentaba o se acostaba y nosotras a hacer tortillas, a hacer de comer.

Esto ha cambiado.

Dicen que [antes] iban al molino quién sabe a qué horas de la madrugada, iban al molino, que con su mula o su caballo o caminando. Ahora

ya tenemos lavadora, licuadora, ya ni molcajetear, ya ni la servilleta, ni tortillero, ya ni las servilletas pagan, ahora les venden las tortillas envueltas en un papel.

La diversificación en la producción implicaba que las mujeres acudieran más a trabajar en el campo, pero con el impulso de cultivos comerciales, como el nopal, esto ha disminuido.

Antes había más siembra de lo que es jitomate y tomate; se sembraba más la milpa. Ahora ya se enfocaron mucho más al nopal, más comercial. Años anteriores, más hacia atrás, no era plantación de nopal. Toda la gente se iba con el maíz, principalmente para comer todo el año, el frijol, tomate, jitomate, los pepinos, había muchísimo más trabajo [...] Trabajaban más con hortalizas y maíz, ahora con el nopal, no.

Antes [los hombres] eran bien machistas, decían: los hijos que quieran, los hijos que Dios nos diera. Ya no, ahora se usa la planificación. Es que ya casi todos han pasado por el programa de Prospera, Oportunidades [programas de gobierno]; éstos dan talleres, entonces las mujeres ya abrieron los ojos, ya no sufren tanto de violencia. Antes había mucho machismo, ahora ya no, uno que otro, pero ya no es como antes.

La información a la que tienen acceso las mujeres gracias a una mayor comunicación, su relación con los espacios urbanos, su participación en la organización social y los programas de gobierno, como Prospera, han impulsado a las mujeres a que estén más pendientes de su salud que los hombres.

Nosotros nos hacemos todos los estudios siempre, casi siempre son mujeres, los hombres no van. Hay mujeres que ni se checan, los hombres no van a lo de la próstata; yo creo que aquí se mueren más hombres que mujeres, ellos no se cuidan. Porque, fíjense cuántos hombres hay y cuántas mujeres hay en el panteón. Aquí hay más viudas, los hombres no se cuidan. El alcoholismo es un problema y no se ponen a pensar que por eso se enferman; por el alcohol se les inflama la vejiga y luego les

afecta la próstata. Ahora toman los jóvenes, a ellos no les dan pláticas, eso sí hace falta. Son como varias cosas, son los que están sin escuela, son los que más caen, los que van a la escuela les dicen allá, algo se les queda.

Hay jóvenes que no van a la escuela, pero que sí trabajan.

Ahora las mujeres estudian más y se casan más grandes; antes se casaban a los 13 años, ahora ya no. Hay muchachas en el pueblo que estudiaron y que ya se recibieron.

Sin embargo, las mujeres no pueden aspirar a representar a su comunidad. Nunca han sido ayudantes y nunca se han propuesto serlo, porque no está bien visto que en estos cargos participen las mujeres.

Luego dicen que para qué vamos las mujeres. Nos corren, no dejan que esté uno allá, te empujan y te dicen para qué vas para allá, se enojan. Pero si va a haber faena [trabajo colectivo], sí nos dicen que sí, que trabajemos.

Las mujeres de por sí siempre somos más participativas [se refieren a su participación en la Unión de Pueblos de Morelos]; vamos a las reuniones, para todo nos quieren. Cuando iba yo, me paraba, digamos, a las 6 de la mañana para hacer el desayuno y dejar el desayuno ya hecho, a lo mejor parte de la comida, porque, si se nos hace tarde, a lo menos ellos ya comieron y ahora dicen los hombres que ya tenemos más tiempo. Les digo que ya me tengo que ir, me dicen es que vas a hacer de comer. Yo les digo, “¿por qué no lo haces tú?”, y dicen: “es que tú eres mejor, nosotros no sabemos”, y ahí está uno de mensa haciendo la comida para que coman.

Antes había más violencia en las casas. Antes sí se sufría de más de violencia. Pues sí, una palabra que te digan también es violencia, porque depende de cómo te la digan. A lo mejor no hay golpes, pero sí hay humillación, te echan de menos, eso siempre, es más violencia, ya no son golpes, pero eso sí te desprecian y eso es violencia. Ya no se deja uno,

ellos deben de respetarnos como mujeres. Las palabras se te quedan. Con los golpes hoy te duele, pasado mañana ya se te borró; pero las palabras, no. Hay cambios entre los más jóvenes, pero todavía embarazan a las mujeres y las dejan, si ven violencia en los padres, ellos hacen lo mismo.

Estas mujeres participan en organizaciones de la iglesia y de la escuela, como vocales en Prospera, pero no en la alcaldía, allí no las dejan.

Me ha dado que soy participativa, ayudar a mi comunidad, sé que sí soy capaz y por eso, de hacer algo por la comunidad, participando en la iglesia, en lo que pueda uno bueno, en lo que pueda yo. Nosotras podemos salir adelante, no nada más ellos.

En el pueblo de San Agustín, municipio de Tlayacapan, las mujeres tienen una participación muy activa en la economía familiar; combinan la producción agrícola con su trabajo en la casa y el servicio doméstico en las ciudades cercanas. Se nos mencionó que la mayoría de los habitantes del pueblo se dedican a la agricultura; también los jóvenes que no tienen estudios. Aquí ya hay jóvenes profesionistas, hasta una muchacha estudió para ingeniera agrónoma en Iguala. Las mujeres salen a buscar trabajo “para ayudar al esposo” y trabajan en limpieza en Cuautla, en Lomas de Cocoyoc, en Oaxtepec y en Tlayacapan, pero las mujeres también se van al campo (entrevista a mujeres en San Agustín, Tlayacapan).

Yo soy padre y madre y obligo a mis hijos a que me ayuden, todos estudian ingeniería y prepa, mientras yo trabajo. Las mujeres de los grupos de aquí hemos participado en diplomados en la Unicam y nos han enseñado a defender nuestros derechos (entrevista a mujeres en San Agustín, Tlayacapan).

Las mujeres trabajan regularmente en la tierra, en la producción, lo hacen mujeres de 15 años o más. Hay un vivero, por Santa Catarina, donde trabajan sólo mujeres.

Exponemos algunos testimonios de mujeres de esta población, en relación con sus actividades y su participación en la economía familiar:

Las mujeres trabajamos en el campo: ayudamos a sembrar, a cosechar el maíz y desgranarlo; ayudamos a alambrar en el cultivo del jitomate, llevamos el almuerzo.

Cuando los hombres siembran el maíz, las mujeres también participan, todos participan, las esposas, las hijas y los hijos. Los niños van al campo desde la primaria.

Ahora las mujeres se van a trabajar a Lomas de Cocoyoc, se van como tres o cuatro días a la semana.

También trabajan en la casa, hacen todavía sus tortillas de maíz; yo me paro a las cuatro o cinco y media y vamos al molino, regreso y hago de desayunar, lavo los trastes, lavo la ropa, hago de comer.

Nos apuramos a nuestro quehacer y vamos a la reunión.

El trabajo y el ingreso de las mujeres es una ayuda para que no falte de comer, sí es un ingreso importante (talleres con mujeres de San Agustín, Tlayacapan).

Estos testimonios fueron recogidos de mujeres con una larga participación en la Unión de Pueblos de Morelos (UPM) de la que han aprendido a ser más autónomas. Van frecuentemente a las reuniones, han tenido algunos cargos en esta organización y han participado en diplomados con diversos temas, como agricultura, medicina tradicional, derechos humanos y derechos de la mujer.

La colonia Bocanegra, en Tepoztlán, donde pudimos estar y compartir con sus habitantes y con algunas mujeres que también han participado en la Unión de Pueblos de Morelos (UPM) y en la Universidad Campesina del Sur (Unicam), es un ejemplo intere-

sante de población migrante que se ha integrado a las actividades productivas de la región y comparte con la población local la posibilidad de tener acceso a servicios que han mejorado sus niveles de bienestar. Esta población combina su trabajo jornalero con la producción directa al rentar parcelas y se reconvierte en campesina, participando al mismo tiempo en otros oficios. Convive con la población originaria, mostrando así la complejidad de la red de actores sociales del medio rural morelense, muy ligado ya con las urbes cercanas.

Estos migrantes del estado Guerrero se asentaron hace veinte años en Morelos, en el municipio de Tepoztlán, colindante con Tlayacapan. Se trata de población de lengua mixteca que llegó buscando trabajo como jornalera agrícola en el cultivo de la caña y, cuando éste descendió, se ocupó en otros cultivos de la región, como calabaza y jitomate, actividad que los ha relacionado con los productores de Tlayacapan.

En esta colonia hay testimonios de personas que van o han ido a Chicago y California, en Estados Unidos. En algunos casos, dicha migración forma parte de un circuito: indígenas mixtecos asentados en la colonia Bocanegra mencionan que son de Metlatónoc, Guerrero, y que, desde chicos, sus padres los llevaban a trabajar como jornaleros a Oacalco, Yau-tepec, cuando el ingenio todavía funcionaba, y trabajaban también con productores que cultivaban jitomate. Después, algunos se fueron a Estados Unidos para ahorrar dinero y regresar aquí a comprar tierras.

De acuerdo con un testimonio:

Estuve en California, cultivando uvas y duraznos; tuvimos un hijo que ya tiene papeles. Aquí, en Morelos, sembramos tierra que nos prestan o alquilan; sólo nos da para sobrevivir y nos ayudamos con el trabajo eventual como peones o albañiles. Consumimos lo que sembramos y lo que sobra lo vendemos; este año sembramos cacahuate, cempasúchil, jamaica y a todo le tenemos que meter dinero. Ahora nos hemos establecido aquí en esta colonia, hablamos tres idiomas: mixteco, español y también inglés. Vamos de vez en cuan-



do al pueblo, cuando hay oportunidad (entrevistas con habitantes mixtecos de la colonia Bocanegra, Tepoztlán).

Los jornaleros migrantes fueron conformando otra colonia, con trabajadores que llegaron a trabajar al ingenio azucarero de Oacalco, que cerró en 1994. Se llama Obrera y se armó con la compra de terrenos.

Otros testimonios nos indican que cada vez es más difícil ir a Estados Unidos: “Antes eran dos mil, ahora son 6 mil dólares para pasar; llegábamos a Tijuana y por allí pasábamos: tengo dos hermanos que son indocumentados y están allá trabajando” (entrevistas con habitantes mixtecos de la colonia Bocanegra, Tepoztlán).

Testimonios de habitantes de Totolapan señalan que antes venían más jornaleros de Guerrero, cuando había más producción de jitomate, y se quedaban alrededor de dos meses, entre junio y septiembre, pero no se ocupan mucho en la producción de nopal. La gente del pueblo, aunque no toda, opina que la gente que llega de fuera es “gente sencilla, humilde y trabajadora, pero agresiva cuando se emborracha y lo hacen muy seguido” (entrevista en Totolapan).

Un grupo de mujeres de la colonia Bocanegra ha tenido la experiencia de haber participado en las organizaciones sociales mencionadas; la UPM, que les permitió reconocer que sus problemas e intereses eran colectivos y que solo con sus acciones podrían obtener mejoras en su comunidad como una vivienda mejor. Tuvieron proyectos colectivos como molinos para el maíz, tiendas, cocinas económicas y créditos para la agricultura. También participaron en la Unicam, en la que tomaron talleres con temas como agricultura ecológica, medicina, derechos humanos, seguridad, gestión política, liderazgo y violencia intrafamiliar, que les sirvieron para ver su vida y la de las mujeres cercanas de otra forma, sabiendo que la pueden mejorar.

Las mujeres de esta colonia muestran cambios importantes debido a su participación en las organizaciones mencionadas.

Antes yo no era yo, antes de los talleres yo no era lo que hoy soy, era más sumisa, con miedo. Cuando entré a la organización, salí a otros lugares, conocí a más gente. Quiero que mi hija encuentre su propio camino, que sea más que yo (testimonio en la colonia Bocanegra, febrero de 2019).



## Reflexión final

Este trabajo se realizó desde 2016 en la región de los Altos de Morelos, donde se ubican pueblos que, si bien son de origen campesino, los integran actores sociales que forman parte ya de una espacialidad que no permite distinguir los límites entre lo rural y lo urbano; pueblos grandes y pequeños conectados por distintos vínculos con ciudades más grandes que no acaban de abandonar sus rasgos y su historia en la lucha agraria, como Cuautla o Cuernavaca.

Se ha transformado el paisaje regional y la ocupación de parte de la población morelense. Estamos en presencia de una espacialidad social dibujada por la convergencia de actores sociales diversos y el establecimiento de nuevas relaciones sociales entre los locales y fuereños de origen indígena y campesino, pero también de origen urbano. Algunos, los primeros, se mantienen compactos, pero influenciados por estas nuevas relaciones y el contacto cada vez más intenso con el medio urbano por trabajo, estudios y el acceso a otros servicios.

Estamos frente a una región muy dinámica que se ha ido transformando de acuerdo con las necesidades impuestas por el mercado y por la crisis de su economía, antes basada en una agricultura diversa y que proveía a la población local de bienes básicos para su alimentación. Los cultivos como el maíz y el frijol se han visto desplazados, porque sus precios no reditúan ya la inversión que se hace y se han ido cambiando, primero por hortalizas y después por el nopal, que requiere de menos agua, menos inversión y su comercialización es más segura. Sin duda, estos cambios se deben también al avance, en algunos casos, del proceso urbanizador, de una mayor comunicación, de los cambios en el clima y el acceso restringido a recursos como el agua y la tierra fértil.

De todas formas, la población local continúa con un gran apego territorial por su paisaje, sus hábitos, su tradición agrícola, culinaria y herbolaria, por sus vínculos familiares y de compadrazgo. Dicho apego se trabaja cotidianamente a partir de esas prácticas, de sus fiestas y rituales que los convocan a mostrarse a sí mismos y frente a los demás como pueblos con continuidad, con elementos culturales propios y una identidad.

En la región se presenta una agricultura trimodal con empresas agrícolas, empresas familiares mercantiles y unidades de autoconsumo plurifuncionales, como lo señalamos más arriba, de acuerdo con la propuesta de Cristóbal Kay. En el trabajo nos interesó contactar a un universo campesino que respondiera a los dos últimos tipos de organización productiva. Reconocimos, así, a familias de productores que pueden vivir de la agricultura y a otras que requieren de la venta de su fuerza de trabajo y de otras actividades para completar lo que hemos coincidido en llamar su “estrategia familiar campesina”.

Como ya señalamos, en la región se ha dejado de practicar una agricultura diversa con cultivos básicos para el consumo familiar o para festividades comunitarias, dando paso a una agricultura comercial que se fue amoldando a las necesidades implantadas por el mercado. Se desarrolló la producción de diversas hortalizas y del jitomate que colorea en una época los campos de riego y de temporal de diversas zonas de los Altos. Más adelante, se introdujo el nopal, que produjo ingresos seguros y una estabilidad relativa de los productores al no requerir tanta inversión como las hortalizas y no representar tantos riesgos económicos.

El nopal se instauró en los tres municipios a que hemos hecho referencia, ganando el espacio agrícola, y ha ofrecido mayor seguridad económica y estabilidad a la población campesina, sobre todo por los temporales erráticos y la escasez de agua.

La introducción de productos agrícolas comerciales, como algunas hortalizas, y del nopal, que se ha convertido en un monocultivo, ha generado plagas que obligan al uso de agroquímicos, dañando la salud de los productores y jornaleros, que se protegen muy poco, dañan la tierra y, claro, la salud de sus habitantes y consumidores. Los cultivos de

nopal y, ahora, de aguacate se han fincado ya sobre la tierra antes destinada a la agricultura diversa, al maíz y frutales, pero también sobre los bosques.

Es importante reconocer cómo, a pesar de todos los obstáculos que tiene la agricultura campesina –altos costos de los insumos, precios y ventas erráticos, poco apoyo de las instancias de gobierno que son insuficientes e ineficientes–, los productores prevalecen en sus actividades, combinando antiguos saberes con nuevas prácticas. De esta forma, se reproduce la economía familiar campesina, auxiliándose con ingresos que provienen del trabajo de las mujeres y de los jóvenes en los sectores secundario y terciario de la economía y con la venta temporal de la fuerza de trabajo de los propios campesinos en unidades más grandes. También, cabe señalar que las mujeres y los jóvenes de la casa trabajan en la parcela familiar si sus otras ocupaciones se los permiten, sobre todo en épocas de siembra y cosecha, cuando también se emplean jornaleros temporales. Persiste el apoyo familiar, base de la estrategia de producción campesina.

Es necesario señalar que, si bien el cultivo del nopal ocupa una superficie importante de la tierra disponible, en otros espacios, de acuerdo con el temporal y en las tierras de riego, los productores combinan y rotan cultivos que les permiten tener ingresos durante todo el año. Así, las familias de la región echan mano de diversas estrategias productivas con el fin de obtener mayor provecho de sus tierras, que están distribuidas en pequeñas parcelas, del agua de temporal y de riego en el ejido, de las materias primas e insumos que aplican, del esfuerzo familiar y de los jornaleros que las auxilian para obtener el ingreso suficiente para su manutención y para iniciar un nuevo ciclo agrícola.

Estas estrategias productivas se alimentan de la socialización de los aprendizajes heredados o bien adquiridos por los productores jóvenes y maduros ante las necesidades que les plantea el mercado. La población de productores ha envejecido, pero los hijos y nietos que conservan la actividad agrícola son propicios a la experimentación y a la innovación para tener mejores resultados y ser más competitivos en el mercado: hablan de la necesidad de proteger el medio ambiente a

partir de una producción más sana y de la necesidad de generar mayor valor agregado a sus productos. La unidad de producción campesina ha tenido que contar, además, con el empleo de parte de su fuerza de trabajo en sectores productivos no agrícolas, ya sea en la propia región o fuera de ella, en procesos migratorios o de movilidad geográfica a sitios cercanos de trabajo que no implican el desapego familiar o comunitario. Se busca con estas actividades un ingreso más fijo ante las eventualidades de una agricultura sujeta a los cambios en el clima, a la presencia de plagas y enfermedades o a los vaivenes del mercado.

De acuerdo con la información presentada, la población dedicada a las labores agrícolas y pecuarias ha disminuido considerablemente en el estado de Morelos y, en menor medida, en los tres municipios estudiados, a pesar de lo cual han ido ganando importancia en la integración del ingreso familiar, los empleos en otros sectores de la economía, tanto en el industrial como en el sector terciario.

La pluriactividad y el pluriempleo se han intensificado ante la crisis de una agricultura que no ha carecido de dificultades, aunque, sin duda, las estrategias de la economía familiar campesina cambian de acuerdo con las peculiaridades regionales y locales. Hay casos, como el de Tlalnepantla, en los que la producción nopalera ha promovido una mayor dedicación de su población a las actividades agrícolas y un menor flujo hacia otro tipo de actividades.

Se puede decir que en esta región del estado de Morelos hay una continuidad de la vida campesina sostenida, en parte, por la agricultura diversa que se practica en pequeños espacios y por la agricultura comercial en superficies mayores, pero también por los ingresos provenientes de otras actividades, becas y remesas. Las diferencias en los casos que analizamos indican que no siempre todos los hijos se incorporan al trabajo agrícola, por lo que las familias procuran dotar a los jóvenes de más herramientas para afrontar los cambios a que se enfrentan. Se procura que se califiquen para otros empleos y, de ser posible, que acudan a la educación media y superior.

Se generan así diversas estrategias de reproducción que la familia campesina tiene que afrontar al satisfacer su consumo, las necesidades familiares y las obligaciones comunitarias que van más allá del traba-

jo agrícola. El cumplimiento de dichas obligaciones implica no sólo la reproducción de sus condiciones económicas, sino también de su vida social y cultural.

Las mujeres tienen ya una participación importante en estas estrategias de reproducción social. Si bien siempre han participado en la agricultura, en las parcelas o en el traspatio, ya han empezado a colaborar con su ingreso monetario en la manutención de la familia. En los municipios estudiados ya hay un porcentaje importante de mujeres que son jefas de familia. Los datos de la participación femenina en la agricultura no se registran adecuadamente, pues es una actividad que se considera como ayuda sin retribución económica, pero que ya forma parte de las estrategias familiares.

Estas mujeres se mueven en un entorno rural urbano; tienen acceso a trabajos marcados por su flexibilidad, lo que les permite dividir sus tiempos con el trabajo doméstico, perciben mayores posibilidades de educación y comunicación, sobre todo para las más jóvenes. Sin duda, esta intensificación de la movilidad del campo a la ciudad, permitió a las mujeres empezar a tener un papel más protagónico en sus hogares y comunidades.

Vivir cerca de los centros urbanos, conviviendo con personas de distintos orígenes, siendo testigos de distintas costumbres y formas de vida que no se parecen a las suyas, ha permitido a las mujeres de origen campesino adecuar para ellas mismas y, sobre todo, para sus hijas rasgos de la cultura moderna que cuestionan algunos fundamentos de la familia y la vida comunitaria. Los cambios en su vida son más visibles a nivel personal o en el ámbito familiar, no así en las comunidades donde, a pesar de su fuerte presencia, sus opiniones no son consideradas ni pueden asumir cargos públicos.

El enfoque de Nueva Ruralidad nos ha permitido reconocer el ámbito en que se mueven los actores sociales de un medio rural cambiante, sujeto a las transformaciones que implican su contacto con urbes de importancia económica y cultural. Esta forma de analizar el medio rural nos ha permitido contemplar a las familias campesinas de los Altos en procesos sociales y económicos derivados de la historia de su contacto permanente con la modernización productiva y cultural,



participando en el desarrollo de núcleos urbanos con los que han permanecido vinculadas y en sistemas productivos asociados al mercado capitalista.

Las ciudades y los servicios urbanos y turísticos ofrecieron empleo en distintos oficios a los habitantes de los pueblos colindantes y también servicios como el educativo y de salud que mejoraron sus niveles de vida y ampliaron sus horizontes cognitivos con el desarrollo de los medios de comunicación.

La Nueva Ruralidad no se reduce a reconocer el momento en el que las comunidades campesinas empezaron a cambiar; implica reconocer que han estado inmersas en un proceso histórico de cambios y que debemos dejar atrás las visiones dicotómicas que aislaban lo rural de lo urbano, el mundo campesino del de las ciudades, que percibían una cultura campesina tradicional alejada de los procesos de modernización de los cuales ha sido partícipe.

Los autores consultados que estudiaron la región hacen referencia a un concepto de comunidad muy abierto, en el que se reflejan cambios en su conformación interna. Es cierto que persiste un apego importante en relación con los muertos, la iglesia, los sitios memorables y con gran significado; con el culto católico, reflejado en las fiestas y las obligaciones que implican la mejoría de sus pueblos, el cuidado y defensa del bosque y la permanencia de la elección de autoridades por usos y costumbres, pero también es cierto que hay conflictos internos entre las familias que se manifiestan de diferentes maneras. Así lo constatamos en las continuas visitas que realizamos, en la participación en sus eventos políticos y culturales y en las pláticas con sus habitantes.

El apego a la tierra es un elemento indicativo de la persistencia de la cultura campesina y, sin duda, ha sufrido cambios importantes debido a que la actividad agrícola no ha generado en todos los casos la seguridad ni los ingresos que requieren las familias. En algunos lugares, como Tlalnepantla, la tierra se mantiene como un bienpreciado y en otros, como Tlayacapan, los procesos de urbanización y de turistificación han ido ganando terreno, además de los cambios constitucionales que han permitido la venta de parcelas ejidales, como lo hicieron visible las autoridades del ejido, aunque otros de sus pueblos, como el de

San Agustín, siguen dándole a la tierra un uso agrícola. En menor medida se encuentra Totolapan, donde sí se registra la venta de terrenos para usos urbanos, pero conserva espacios importantes para las actividades agropecuarias.

En estos municipios la tierra se vende por las dificultades de la producción, por falta de interés de toda la familia ya dedicada a otras labores y porque su valor se vuelve superior al comercializarla para usos urbanos. Sin embargo, los productores y los migrantes indígenas que no tienen tierra o tierra suficiente mantienen la opción de rentarla y sembrar, hecho que vimos frecuentemente. Un caso aparte es el municipio de Tlalnepantla, donde la tierra es comunal y no se vende.

Los cambios ocurridos en el medio rural del estado de Morelos y, en particular, en estos municipios hay que revisarlos con mayor detalle, de acuerdo con circunstancias particulares. En el caso que nos ocupa, si bien ha disminuido el ingreso proveniente de las actividades agrícolas, los productores tienen gran aprecio por su actividad, la conocen, la mejoran, pretenden seguir viviendo de ella y lo harán hasta que, en verdad, las circunstancias ambientales o del mercado se los impida.

Si bien en la familia se diversifican las ocupaciones y los hijos estudian en los centros urbanos más cercanos y en la Ciudad de México, continúa la cooperación entre sus miembros cercanos y los de la familia ampliada cuando se intensifican las labores agrícolas, las actividades domésticas, de cuidado a los hijos y los ancianos, así como las labores comunitarias. Hay conocimientos antiguos que se han ido transmitiendo de generación en generación, como los saberes agrícolas, medicinales y culinarios.

Estos pueblos han sufrido ya transformaciones en muchas de sus actividades, lo que puede advertirse en el contexto histórico presentado. Nunca han estado aislados y siempre han enfrentado cambios, participando en procesos productivos ajenos a los que definían más su vida campesina, como la caña, y de influencias derivadas de su contacto con actores sociales de distintos orígenes. Perdieron su lengua materna, pero no han perdido la forma de organizarse para preservar su vida comunitaria.

La historia nos permitió reconocer esta dinámica de permanencia y cambio: el zapatismo y la reforma agraria se acoplaban a la forma en que estos pueblos concebían y practicaban la cultura campesina dado su apego a la tierra, a sus hábitos productivos y a la toma de decisiones en colectivo que se sigue practicando. Si bien, los productores desarrollan estrategias productivas individuales, están abiertos a tomar decisiones en colectivo cuando se trata de todo el ejido, de la comunidad o de toda la población.

Los medios de comunicación, la migración hacia Estados Unidos de por lo menos algún integrante de sus familias y, en el caso que presentamos, su participación en una organización campesina con cuarenta años de existencia y que las ha hecho desarrollar diversos proyectos productivos, de vivienda y culturales, han promovido cambios importantes en la manera en que valoran su actividad cotidiana, ven su futuro y reconocen sus derechos como hombres y mujeres.

Hay nuevas formas de concebir a la familia rural. Las mujeres tienen ya una participación económica importante, pero el reconocimiento a su esfuerzo es un camino todavía lleno de obstáculos y de inequidades. Si bien los límites de la economía campesina las han orillado a participar más en las estrategias de reproducción familiar, esta inserción económica no ha provocado una disminución de sus actividades domésticas que siguen siendo muy demandantes. A nivel comunitario se siguen reproduciendo normas antiguas mediante las cuales sólo los varones adultos pueden tener la representatividad comunitaria y, cuando alguna mujer ejerce un cargo, es criticada porque “no lo hace mejor que los hombres.”

Las mujeres que han desarrollado la conciencia de que sus derechos no están siendo respetados han tomado la decisión de separarse de sus parejas y de cuestionarlas con el fin de llevar una vida más sana y más justa. Sin embargo, en los espacios más públicos, las mujeres no han adquirido el derecho a ser escuchadas, a que su opinión sea respetada y a mostrar que pueden acceder al ejercicio de algún cargo de importancia en la representación comunitaria.

Los estudios del medio rural no pueden ya soslayar la necesaria incorporación de un enfoque de género, dada la importancia de la par-

ticipación femenina y los aportes que han hecho y que tienen que ser reconocidos en ámbitos de la salud, del cuidado familiar-comunitario y de su vinculación con proyectos sociales en que han tenido la oportunidad de participar.

La llegada de población campesina indígena a la región, mayoritariamente de la Montaña de Guerrero, ha constituido un soporte importante a la agricultura local que, a falta de brazos en temporadas puntuales, ha colaborado a cambio de un jornal más alto que al que accede al ocuparse en los campos del noroeste y occidente del país. Esta mano de obra es estacional, pero ya se ha ido asentando y conformando colonias; continúa con labores del jornaleo, pero trabaja también directamente en tierras prestadas o rentadas y se ocupan en otras labores, como la construcción, y en otro tipo de servicios.

Si bien el estado de Morelos no tiene la capacidad para absorber a la gran cantidad de migrantes de estas regiones que requerirían de trabajo, los que han podido establecerse han encontrado condiciones propicias para obtener ingresos y una mejoría en sus niveles de bienestar, por el acceso a servicios para toda su familia. Se trata de población ajena considerada como indígena por los habitantes locales sobre la que se extienden opiniones discriminatorias, pero, por otro lado, se les valora por el trabajo rudo y comprometido que realizan. En algunas ocasiones se mantienen sólo relacionados entre sí, aunque también se integran poco a poco con la población local, formando parte de la diversidad social y cultural de la región.

La dinámica regional ha permitido la presencia de nuevos actores sociales mediante los procesos de inmigración y su participación en la economía agrícola ha sido importante; ha rediseñado también los espacios con su presencia campesina indígena, con lenguas y hábitos distintos. En algunos casos, la población inmigrante logra integrarse a las comunidades donde ya se albergan, se hacen de tierra para producir y se van confundiendo con la población.

Por otra parte, a estas zonas ha llegado también población de origen urbano que busca en las zonas rurales una mejor calidad de vida en casas de descanso o de manera temporal en los centros turísticos. Pero

también la población morelense se ha ligado a otros espacios a partir de la emigración hacia otras ciudades o hacia Estados Unidos.

Los habitantes de estas zonas rurales intensamente ligadas a núcleos urbanos de distintas dimensiones mantienen una identidad abierta marcada sin duda por su pertenencia a una región sociocultural donde varias generaciones han convivido, se han relacionado, mantienen el apego a determinados geosímbolos, comparten valores, la misma historia y conocen sus vivencias y conflictos comunitarios. A estos elementos hay que agregar su pertenencia a distintas generaciones, al género e influencias étnicas diversas como marcajes identitarios singulares.

La realización de este trabajo nos permitió explicarla mejor a partir del conocimiento de su historia como una población de origen prehispánico, con una religiosidad marcada por la colonización española, partícipe de la Revolución mexicana y de los cambios agrarios posteriores. Población campesina que, de acuerdo con sus opiniones, ha presenciado los cambios propiciados por la modernidad urbana, que, si bien ha alterado su vida cotidiana y comunitaria, sigue fuertemente marcada por la cultura campesina. Se trata de una región inmersa en cambios tan rápidos que no puede ser reconocida, sino solo mediante estudios parciales.

La intención última de este estudio fue apreciar la diversidad de los actores sociales que colorean la región y que es necesario reconocer para implementar acciones más cercanas a su realidad desde el sector público, pero también desde las organizaciones sociales que han impulsado proyectos económicos, de mejoras a la vivienda y educativos.

Se trata de actores sociales que conocen su origen y su herencia campesina y que han cambiado sus formas productivas y sus ocupaciones por la necesidad de los tiempos, pero que tienen ya una gran experiencia que es necesario aprovechar, experiencia que le ha dado también su participación en organizaciones integradas al movimiento campesino nacional.

La presencia de la mujeres y jóvenes en la economía familiar y en estas organizaciones hace necesario que las acciones que los acompañen se inclinen a impulsar satisfactores más allá de los económicos y que

estén marcados por una perspectiva de género y etaria. Las familias y pueblos rurales han cambiado por factores que se han internalizado, por lo que nuevas investigaciones y acciones podrían partir de este reconocimiento.



## Bibliografía

- APPENDINI, Kirsten y Marcelo De Luca (2006). *Estrategias rurales en el nuevo contexto agrícola mexicano*. Roma: FAO.
- ARÁOZ, Luis (1984). “El sector agropecuario en Morelos”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos, cinco siglos de historia regional*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo (CEHAM), pp. 311-346.
- ARIAS, Patricia (2007). *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. México: Porrúa.
- ARIAS, Patricia (2013). “Migración, economía campesina y ciclo de desarrollo doméstico. Discusiones y estudios recientes”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 28, núm. 1, pp. 93-121.
- ÁVILA SÁNCHEZ, Héctor (2001a). *La agricultura y la industria en la estructuración territorial de Morelos*. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM).
- ÁVILA SÁNCHEZ, Héctor (2001b). “Ideas y planteamientos teóricos sobre los territorios periurbanos. Las relaciones campo-ciudad en algunos países de Europa y América”, *Investigaciones Geográficas*, núm. 45. Recuperado de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-46112001000200008](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-46112001000200008)
- ÁVILA SÁNCHEZ, Héctor (2009). “Periurbanización y espacios rurales en la periferia de las ciudades”, *Estudios Agrarios*, junio, pp. 93-123.
- ÁVILA SÁNCHEZ, Héctor (2015). “La periurbanización como fenómeno territorial contemporáneo”, en Héctor Ávila Sánchez, *La ciudad en el campo. Expresiones regionales en México*. México: UNAM, CRIM.
- BARTRA, Armando (2015). “Pasos, huellas, rumbos: ideas en movimiento”, en Francisco Hidalgo Flor Álvaro Márquez Fernández (coords.), *Contrahegemonía y buen vivir* [2ª ed.]. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades, pp. 15-61.



- CANABAL CRISTIANI, Beatriz (2008). *Hacia todos los lugares. Migración jornalera indígena de la Montaña de Guerrero*. México: UAM Xochimilco/CIESAS/SAI.
- CANABAL CRISTIANI, Beatriz y Cristina Pizzonia Barrionuevo (coords.) (2010). *Los dueños del agua. Un estudio en los Altos de Morelos*. México: UAM Xochimilco/Plaza y Valdés.
- CHAYANOV, Alexander V. et al. (1987). *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. México: Siglo XXI.
- CONAPO (2010). *Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos, 2010*. México: Consejo Nacional de Población. Recuperado de <https://www.gob.mx/conapo/documentos/indices-de-intensidad-migratoria-mexico-estados-unidos-2010>
- CRESPO, Horacio (1984). “El azúcar en el mercado de la ciudad de México”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos, cinco siglos de historia regional*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo.
- DE LA PEÑA, Guillermo (1980). *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*. México: Casa Chata.
- DELGADILLO MACÍAS, Javier (2000). “Morelos: indicadores básicos de su desarrollo”, en Javier Delgadillo Macías, *Contribuciones a la investigación regional del estado de Morelos*. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), pp. 19-68.
- DI MÉO, Guy (1998). *Géographie sociale et territoires*. París: Nathan.
- FERNÁNDEZ, Guillermina y Aldo Guzmán (2000). “Cambios en el espacio rural. Alternativas del turismo rural cinegético en la región pampeana argentina”, *Revista Geonotas*, núm. 4, pp. 1-24.
- GARCÍA JIMÉNEZ, Emilio (2017). *Zapata en el corazón del pueblo. Artículos, ponencias y testimonios sobre zapatismo y movimiento campesino en México y América Latina*. México: Itaca.
- GIMÉNEZ, Gilberto (1999). “Territorio, cultura e identidades”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, época II, vol. v, núm. 9, pp. 25-57.
- GIMÉNEZ, Gilberto (2000). “Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural”, mimeo.
- GOBIERNO del Estado de Morelos (2011). *Monitor agroeconómico*. Morelos, México: Subsecretaría de Fomento a los Agronegocios, abril.
- GÓMEZ, Sergio (2002). *La nueva ruralidad, qué tan nueva*. Valdivia: Universidad Austral de Chile.

## BIBLIOGRAFÍA

- GONZÁLEZ HERRERA, Carlos y Arnulfo Embriz (1984). "La reforma agraria y la desaparición del latifundio en el estado de Morelos", en Horacio Crespo (coord.), *Morelos, cinco siglos de historia regional*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo, pp. 285-298.
- GRAMMONT, Hubert C. de (2004). "La nueva ruralidad en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, número especial, pp. 279-300.
- GUZMÁN GÓMEZ, Elsa (2009). "Los productores campesinos de Morelos. Sobre estrategias de mercados", en Kim Sánchez y Adriana Saldaña (coords.), *Buscando la vida. Productores y jornaleros migrantes en Morelos*. México: Plaza y Valdés, pp. 19-60.
- GUZMÁN GÓMEZ, Elsa y Arturo León (2000). "La frontera rural-urbano como construcción de nuevas identidades", en Pablo Alberto Torres Lima (coord.), *Procesos metropolitanos y agricultura urbana*. México: UAM Xochimilco/FAO, pp.43-52.
- GUZMÁN GÓMEZ, Elsa y Arturo León López (2005). "Multiactividad y migración campesina en el poniente de Morelos, México", *Política y Cultura*, núm. 23, pp. 103-120.
- GUZMÁN GÓMEZ, Elsa y Arturo León López (2009). "Desarrollo campesino y construcción de ciudadanía en el norte de Morelos", *Argumentos*, vol. 22, núm. 61, pp. 223-246.
- GUZMÁN GÓMEZ, Elsa y Arturo León López (2014). "Desarrollo campesino, un concepto en construcción. Complejidades y paradojas de la articulación campesino-capital", *Veredas*, año 15, núm. 28 pp.13-40.
- HIERNAUX NICOLAS, Daniel (2000). "Las nuevas formas metropolitanas y su relación con el mundo rural", en Pablo Alberto Torres Lima (coord.), *Procesos metropolitanos y cambios rurales en México*. México: UAM Xochimilco/FAO, pp. 31-42.
- HOLT BÜTTNER, Elizabeth (1962). *Evolución de las localidades en el estado de Morelos según los censos de población, 1900-1950*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- INEGI (1950, 1960). *Censos Agrícola, Ganadero y Ejidal: 1950, 1960*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- INEGI (1970, 1980, 1990, 2000). *Censo de Población y Vivienda*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- INEGI (1996). *Anuario estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1996*. México: Instituto Nacional de Geografía y Estadística.
- INEGI (2015). *Encuesta Intercensal 2015*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recuperado de <https://www.inegi.org.mx/programas/intercensal/2015/>
- KAY, Cristóbal (2007). *Algunas reflexiones sobre los estudios rurales en América Latina*. La Haya: Institute of Social Studies.

- LOMNITZ ADLER, Claudio (1979). "Clase y etnicidad en Morelos. Una nueva interpretación", *América Indígena*, vol. xxxix, núm. 3, pp. 439-475.
- LOMNITZ ADLER, Claudio (1984). "La antropología de campo en Morelos, 1930-1983", en Horacio Crespo (coord.), *Morelos, cinco siglos de historia regional*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo, pp. 395-418.
- MARRONI, María Gloria (2002). "Pobreza rural, mujeres y migración masculina", en María Gloria Marroni y María Eugenia D'Aubeterre (coords.), *Con voz propia*. México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 15-44.
- MARTÍNEZ ACOSTA, Lilian (2005). *Globalización, tecnología y desarrollo regional: Los bioespacios e invernaderos en los Altos de Morelos* (tesis de maestría en Estudios Regionales). México: Instituto de Investigaciones "Dr. José María Luis Mora".
- MARTÍNEZ BORREGO, Estela (2008). "Las relaciones globalifocal en la transformación socioespacial de la región de los Altos de Morelos", *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, núm. 70, pp. 129-166. DOI: <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i70.1033>
- MARTÍNEZ BORREGO, Estela *et al.* (2015). *Reorganización del territorio y transformación socioespacial rural-urbana. Sistema productivo, migración y segregación en los Altos de Morelos* [1ª ed.]. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales/Bonilla Artigas.
- MUMMERT, Gail (1990). *Población y trabajo en contextos regionales*. México: El Colegio de Michoacán.
- OSWALD SPRING, Úrsula *et al.* (2014). *Vulnerabilidad social y género entre migrantes ambientales*. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM).
- PIMENTEL RIVAS, Pedro (2015). *Programa Operativo Anual Presupuestal 2015*. México: Secretaría de Desarrollo Agropecuario.
- PORTO GONÇALVES, Carlos Walter (2006). *El desafío ambiental* [1ª ed.]. México: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.
- RAMÍREZ, Blanca Rebeca y Liliana López Levi (2012). "Pensar el espacio: región, paisaje, territorio y lugar en las ciencias sociales", en María Eugenia Reyes Ramos y Álvaro López Lara (coords.), *Explorando territorios, una visión desde las ciencias sociales*. México: UAM Xochimilco.
- ROBICHAUX, David (2007). "Sistemas familiares en culturas subalternas de América Latina: una propuesta conceptual y un bosquejo preliminar", en David Robichaux (comp.),

## BIBLIOGRAFÍA

- Familia y diversidad en América Latina. Estudios de casos.* Buenos Aires: Clacso, pp. 27-75.
- RODRÍGUEZ OROPESA, Tania Elena (2005). *Construcción de una nueva ruralidad en los altos de Morelos a partir de los cambios de usos del suelo* (tesis de maestría en Estudios Regionales). México: Instituto de Investigaciones “Dr. José María Luis Mora”.
- RUEDA SMITHERS, Salvador (1984). “La dinámica interna del zapatismo. Consideración para el estudio de la cotidianeidad campesina en el área zapatista”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos, cinco siglos de historia regional*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo, pp. 275-283.
- SAGARPA (2010). *Informe del Diagnóstico Rural del Estado de Morelos*. México: Sagarpa/UNAM.
- SAGARPA (2015). *Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera* (Datos abiertos. Estadística de la producción agrícola de 2015). México: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación.
- SALGADO VIVEROS, Cecilia (2015). “*Andamos tras el trabajo porque a eso estamos impuestos*”. *Estrategias familiares de vida en contextos de pobreza rural, el caso de una familia migrante* (tesis doctoral). México: El Colegio de México.
- SÁNCHEZ SALDAÑA, Kim (2005). “La migración indígena en el Alto Balsas”, *Diario de Campo*, Suplemento, núm. 33.
- SÁNCHEZ SALDAÑA, Kim y Adriana Saldaña Ramírez (coords.) (2009). *Buscando la vida. Productores y jornaleros migrantes en Morelos*. México: Plaza y Valdés.
- TORRADO, Susana (1981). *Sobre conceptos de estrategias familiares de vida y de proceso de reproducción de la fuerza de trabajo*. Buenos Aires: PISPAL.
- TOURAINÉ, Alain (1987). *El regreso del actor* (Primera edición en francés, 1984). Buenos Aires y México: EUDEBA.
- VARELA, Roberto (1984). *Procesos políticos en Tlayacapan, Morelos*. México: UAM Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropología, Área de Relaciones Políticas (Cuadernos Universitarios 11).

## Entrevistas

- Productores de Totolapan, Morelos, febrero de 2017 a diciembre de 2018.  
Habitantes de la colonia Bocanegra, Tepoztlán, Morelos, febrero de 2019.

Productores y productoras de San Agustín, Tlayacapan, Morelos, abril de 2017 a enero de 2019.

Testimonios en talleres con mujeres de San Agustín, Tlayacapan y la Cañada, Totolapan, entre 2017 y 2019.

Comisariado ejidal y productores de Tlayacapan, 31 de marzo de 2017.

Productores y funcionarios de Tlalnepantla, Morelos, marzo de 2017.





# Pùblicasocial

---

A través de nuestras publicaciones se ofrece un canal de difusión para las investigaciones que se elaboran al interior de las universidades e instituciones de educación superior del país, partiendo de la convicción de que dicho quehacer intelectual se completa cuando se comparten sus resultados con la colectividad, al contribuir a que haya un intercambio de ideas que ayude a construir una sociedad madura, mediante una discusión informada.

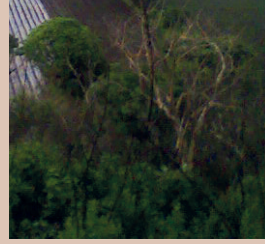
Con la colección *Pública social* se busca dar visibilidad a trabajos elaborados en torno a las problemáticas sociales para ponerlos en la palestra de la discusión.



*Estrategias campesinas de reproducción social  
en la región de los Altos de Morelos*  
editado por Bonilla Artigas Editores  
se terminó de imprimir en diciembre de 2020.

En su composición se utilizó el tipo Arno Pro.  
Para los interiores se utilizó papel creambook  
y para la portada papel couché de 300 g.

La edición consta de 400 ejemplares.



## Campeños / México / Trabajadores agrícolas

El objetivo central de este libro realizado entre 2016 y 2019 fue mostrar la manera en que los campesinos de la región de los Altos de Morelos se han conformado como actores sociales en un inter espacio que incluye sus propias comunidades y los centros urbanos próximos. En tanto que región historizada, su configuración está relacionada con los momentos clave que la han dibujado.

Un objetivo específico ha sido estudiar la importancia de la continuidad de las actividades campesinas en un contexto marcado por la relación campo ciudad que articula los antiguos espacios rurales con los urbanos. Al mismo tiempo, se ha pretendido dar cuenta de los cambios que han ocurrido en las estrategias de reproducción social entre las familias campesinas de la región y la diversidad de actores sociales que han estado surgiendo, reconociendo de manera especial, el papel de las mujeres.

Este estudio ha intentado reconocer de manera transversal los principales rasgos identitarios que asumen los habitantes que todavía se dedican a la producción agrícola y que los colocan como actores sociales con memoria, con experiencias aprendidas y con expectativas de futuro proyectadas a través de las redes y las organizaciones sociales de las que han formado parte.

Es interesante recalcar como en el contexto de continuos avances de la urbanización, persisten una cultura campesina que guarda celosamente sus saberes en el cultivo de plantas ancestrales para la tradición culinaria y medicinal, así como prácticas colectivas en actividades civiles y religiosas de los pueblos y barrios en esta región.



BONILLA  
ARTIGAS  
EDITORES



Casa abierta al tiempo

